



10

El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social





10

El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social

Contenido

- 04 Presentación
- 09 *Offenbach o El secreto del segundo imperio*
DE SIEGFRIED KRACAUER
- 23 *Outsiders. Hacia una Sociología de la Desviación: Reseña*
JAHIR NAVALLES GÓMEZ
- 27 *Henri, Serge... y la próxima generación*
TOMÁS IBAÑEZ GRACIA
- 39 La conciencia de los pies
JOSÉ EDUARDO VÁZQUEZ HERNÁNDEZ
- 41 Las preciosas
ELIZABETH SELENE HUERTA JUSTO
- 43 Según los dictados del ¿escaparate?
MÓNICA E. IBARRA URQUIZA
- 45 La juventud en 140 caracteres
ABRIL GONZÁLEZ ROMERO

REVISTA EL ALMA PÚBLICA, año 5, núm. 10, otoño – invierno 2012, es una publicación semestral editada por Angélica Bautista López. Concepción Béistegui núm. 1702, colonia Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P. 03020, Tel. 58044600, ext. 2764, www.elalmapublica.net, elalmapublica@elalmapublica.net. Editor responsable: Angélica Bautista López, Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2010-081810510200-102, ISSN: 2007-0942. Certificado de Licitud de Título y Contenido No. 14961, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Digicenter de México, S.A. de C.V., Avenida Plutarco Elías Calles núm. 1810, colonia Banjidal, C.P. 09450, Delegación Iztapalapa. Este número se terminó de imprimir el 18 de Noviembre del 2010 con un tiraje de 500 ejemplares. Distribuidor Angélica Bautista López. Concepción Béistegui núm. 1702, colonia Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P. 03020. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de la publicación sin previa autorización de Angélica Bautista López.

Directora editorial
Angélica Bautista López, UAM-I

www.elalmapublica.net

- 47 ¿Qué tan de boleto se puede leer en el metro?
RENÉ CHARGOY GUAJARDO
- 49 Anatomía de una muñeca
NISA QUETZALLI CASTRO SORIANO
- 51 ¿Cómo ensayo?
NALIVETT HURTADO GARCÍA
- 53 De memorias y retratos
BEATRIZ HERMOSILLO MARTÍNEZ NEGRETE
- 57 Politizar profesional: las posibilidades de *Sorge* y la ética
en el espacio público
MARÍA URQUIZA VILLANUEVA
- 73 La seducción del sistema de los objetos.
A propósito de Jean Baudrillard
CARLOS ARTURO ROJAS ROSALES
- 85 La sociedad de las escaleras
DE GEORGES PEREC

ΨS

Consejo editorial

Salvador Arciga Bernal, UAM-I
Claudette Dudet Lions, UNAM
Pablo Fernández Christlieb, UNAM
Ma. de la Luz Javiedes Romero, UNAM
Gustavo Martínez Tejeda, UPN
Jahir Navalles Gómez, UAM-I
Rodolfo Suárez Molnar, UAM-C

Cuidado de la edición

Abdel López Cruz

**Composición tipográfica,
arte y diseño**

Verónica García Montes de Oca

Asistente editorial

Osusbel Olivares Ramírez

Fotografía de interiores

Olinka Cervantes
Roxana Navalles Gómez

Certificado de reserva a título de derechos
de autor: 04-2010-081810510200-102
ISSN 2007-0942



Presentación

Antes de los antibióticos y las prácticas de higiene, a los niños que superaban la etapa de las enfermedades tempranas y llegaban a los cinco años se les felicitaba porque ya podían confiar en alcanzar la madurez. Todavía no se han descubierto los antibióticos para las revistas de psicología social, así que cuando cumplen cinco años de publicación, además ininterrumpida, hay que felicitarlas. En efecto, en ciertas circunstancias tercer mundo, bajo presupuesto, revista independiente es raro que una revista de psicología social rebase la barrera de los tres números (hay varias que se han quedado en el o). **El Alma Pública** llega al número 10. Ello no significa que ya se pueda dedicar a los problemas de la madurez.

Tal vez la causa de tan precoz mortandad generalizada radique en la misma psicología social, en el hecho de que, como ciencia o sabiduría, carece de lectores cautivos porque carece de contenidos propios o, dicho de manera más drástica, no tiene un objeto de estudio consensuado y reconocido, como si no hubiera alcanzado a constituirse en conocimiento, a cultivar un saber suyo, y puede diagnosticarse que la culpa es de ella y de nadie más.

Porque, en un momento dado del siglo XIX, a la psicología social, junto con sus psicólogos sociales, se le ofreció la alternativa entre dos opciones excluyentes: o convertirse en un saber institucional, esto es, que tuviera cabida en las universidades y, por tanto, fuera susceptible de presupuesto, financiamiento, cargos, puestos, plazas, títulos y oportunidades de hacer carrera, en suma, de constituirse en una psicología social disciplinada, con textos oficiales, planes de estudio y alumnado, opción plena de beneficios evidentes pero también con costos ominosos no del todo ocultos; o la opción de configurar una comprensión de la realidad social y de la vida en general sin pagar los costos ni obtener los beneficios, que equivale a hacer una psicología social desdisciplinada; ejemplos desdisciplinados son Le Bon o Simmel.

Probablemente, los psicólogos sociales a título personal podían jugar con la ilusión de una opción intermedia, pero la psicología social en su conjunto, por la misma fuerza de las circunstancias, no puede consolidarse de dos maneras al mismo tiempo.

Según concluye Wallerstein en su informe sobre las ciencias sociales, la psicología social sobra decirlo, tomó la primera opción. Su primer costo fue incorporarse o bien a las ciencias médicas y devenir una rama o inciso de la psicología general con todos sus avatares, cosa que de hecho sucedió en la mayoría de los casos (se puede localizar al departamento de psicología social al lado de, digamos, el de odontología) y, por lo mismo, dedicarse, quiera que no, a la ciencia de los individuos en sus relaciones con los otros y la sociedad; o bien acogerse a las ciencias sociales y, por ende, convertirse en una parte pequeña, medio marginal, no muy seria, de la sociología, como lo demuestra el hecho de que muchos temas, problemas, teorías o autores que podían reclamarse como genuinamente psicosociales, por poner un caso, el interaccionismo simbólico, aparecen como temas de la sociología y hay que ir a buscarlos en sus libros.

Como en los restaurantes donde primero le sirven y solo hasta después hay que pagar la cuenta, al principio solo se vieron los beneficios, pero, un siglo después, ya se evidencian, con claridad y desasosiego, los costos, cuyo desglose es como sigue.

En primer lugar, al quedarse jalonada entre las ciencias médicas y las sociales, pagó con su indefinición: no ser ni una ni otra, ni saber qué es. Algunos han propuesto la feliz solución de que la psicología social es una bisagra entre la psicología y la sociología, pero ser un herraje de la torre de marfil del conocimiento no ha de ser muy enorgullecedor. En suma, la psicología social no supo definirse o, en otras palabras, el objeto de estudio de la psicología social no existe. Decir que es la interacción no es decir gran cosa.

La psicología social carece de una manera peculiar de ver la realidad. No hay una descripción de cierta forma de ser del mundo que sea única de la psicología social, que le permita afirmar verídicamente que es distinta de la psicología general o de la sociología, de la antropología o del urbanismo. La psicología social no tiene un conocimiento que la haga necesaria, porque cuando se dice que algo es psicosocial, nadie sabe bien a bien a qué se refiere, ni los demás académicos ni los mismos psicólogos sociales. Y no podía ser de otra manera, porque si la meta de la psicología social fue constituirse en departamento universitario, lo otro, su razón de ser, nunca fue muy importante. Por motivos institucionales se puede insistir en que la psicología social es una ciencia, pero no se sabe ciencia de qué. A veces se puede proclamar que lo que distingue cabalmente a la psicología social es su metodología, pero en vista de lo dicho, se trata de precisos y sofisticados métodos de nada.

El segundo costo del desglose está más a ras de suelo, con todo lo peyorativo que eso implique, y es que los psicólogos sociales, al carecer de conocimiento alguno que defender, luchan por sus cubículos, es decir, la adquisición de plazas, engrosamiento de currículos vitae, obtención de becas, adquisición de equipo, búsqueda de jefaturas, compra de boletos de viajes para congresos, mediante los mecanismos tradicionales en estas lides. En fin, nada distinto de lo que sucede en cualquier oficina, taller o lavadero, todos los cuales, hay que admitir, son pequeñas sociedades.

No obstante, hubo, ha habido, hay y habrá una psicología social desdisciplinada, cuya opción e interés ha sido la comprensión de la realidad social, y que básicamente quedó fuera de la disciplina. A veces se le encuentra en la literatura, como cuando Octavio Paz o Italo Calvino se ponen a hacer ensayos sociales. A veces, por alguna razón coyuntural, se le encuentra en las instituciones, como, por citar un par de casos, en los años setenta, luego de lo ocurrido en 1968, la teoría de la influencia social minoritaria o, en los noventa posmodernos, el construccionismo social, aunque más pronto que tarde a ambos se les extirpó lo desdisciplinario y fueron absorbidos por la mainstream disciplinaria.

Si a veces no queda del todo claro el propósito editorial de **El Alma Pública**, se debe pues a que tampoco queda claro el objeto de estudio de la psicología social ni ninguna otra cosa. El proyecto de **El Alma Pública** consiste en hacer, poco a poco, una psicología social cuyo conocimiento no provenga de los intereses y los pasillos de los departamentos, sino que provenga de la cultura de la sociedad y de los libros y, con ello, ir dotando, en la medida de lo posible, a la psicología social de su razón de ser, de su manera de mirar.

LOS EDITORES



Criterios de publicación

- Los textos presentados para dictamen deben ser inéditos.
- Se pueden presentar traducciones para dictamen.
- Los textos tendrán una extensión máxima de 25 cuartillas (65 golpes x 23 líneas a doble espacio), incluyendo gráficas, tablas, anexos, etcétera. Se escribirán en fuente Times New Roman, a 12 puntos, en procesador de palabras Word o en formato de texto enriquecido (extensión .rtf).
- Es necesario cuidar la correspondencia entre el título y el contenido.
- Se requiere incluir ficha de presentación del autor que contenga nombre, institución, autopresentación en máximo tres líneas y forma de localización (dirección postal y de correo electrónico, número telefónico, etcétera).
- Las citas del texto se anotarán según el modelo: (Mead, 1991, p. 25).
- Las notas se escribirán al final del texto, numeradas, y las referencias se indicarán con superíndice (¹).
- La bibliografía se anotará al final, según el modelo siguiente.

Libros

Mead, G.H. (1991). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Barcelona, Paidós, 1934.

Le Bon, G. (1994). *Psicología de las multitudes*. Madrid, Morata, 1895.

Revistas

Synnott, A. (2003). "Sociología del olor", en *Revista Mexicana de Sociología*. México, UNAM, año 65, núm. 2, abril-junio, pp. 431-464.

Capítulo de libro

Paicheler, H. (1986). "La epistemología del sentido común", en S. Moscovici, *Psicología Social II*. Buenos Aires, Paidós, pp. 379-414.

- Para el uso de las abreviaturas, la primera mención debe incluir el nombre completo seguido de la abreviatura entre paréntesis: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt); en las siguientes referencias sólo se consignará la abreviatura: Conacyt.
- Las gráficas, tablas e imágenes deberán enviarse en archivos separados a 600 dpi de resolución. En el texto se indicará el lugar de su inclusión.
- Se reciben, para publicación en la revista, ilustraciones, viñetas y fotografías.
- Enviar las propuestas de textos, ilustraciones, viñetas o fotografías por correo electrónico, como archivo adjunto, a cualquiera de las siguientes direcciones electrónicas: elalmapublica@hotmail.com o elalmapublica@elalmapublica.net

NOTA DE LOS EDITORES

SIEGFRIED KRACAUER

De su biografía

Nació en Alemania, en Fráncfort, en 1989. Por su apellido, de inmediato lo categorizaron como judío, quizá de origen polaco. Este dato ha de ser muy importante puesto que aparece en todas las notas y biografías, lo mismo que su defecto del habla; ambos estigmas lo señalaban desde la infancia. Creció junto a un tío, profesor y especialista en historia de los judíos en la ciudad de Fráncfort. A pesar del consejo de G. Simmel, quien lo orientaba hacia la filosofía, razones de orden económico —debía trabajar y elegir una actividad práctica—, lo llevaron a estudiar arquitectura. Obtuvo el doctorado en ingeniería en 1914, y la ejerció hasta 1921. Estuvo profundamente interesado en la sociología, la historia y la filosofía, y las convirtió en especialidades secundarias, paralelas a su formación y ejercicio profesional.

En 1922, su actividad dio un giro: ingresó como editor de la sección cultural del *Frankfurter Zeitung* (FZ), periódico liberal, de izquierda, donde difundió textos de W. Benjamin y E. Bloch, entre otros. En este espacio publicó, por entregas, investigaciones y reflexiones propias, además de ensayos. Su orientación estuvo marcada por una perspectiva sociológica, humanista, mística incluso, siempre libertaria. A la postre se convirtió en marxista —*materialista*, como se calificaba— y su mirada crítica de la sociedad, del capitalismo, de los estilos de vida, de la intelectualidad, de la cultura, lo llevó a distanciarse cada vez más de lo establecido y a separarse del FZ en 1933. También el clima social había cambiado en la República de Weimar. En ese año emigró a París; en 1941 se trasladó a Estados Unidos de América, y jamás volvió a Alemania. Ya establecido, reditó algunas obras y publicó otras, sea merced a becas como la Guggenheim o la Rockefeller, o bien durante su estancia en el Museo de Arte de Nueva York, o como sociólogo en diferentes institutos, o redactor de reseñas y asesor en la Fundación Bollingen o como director de investigaciones aplicadas en Ciencias Sociales de la Universidad de Columbia. Murió el 26 de noviembre de 1966, en Nueva York. Casi había concluido el que habría de ser su último proyecto, dedicado a la investigación histórica, iniciado hacía tres años y publicado en 1969, incluyendo la reconstrucción de dos de sus ocho capítulos con base en sus notas y borradores preliminares. Lleva el sugestivo título *Historia: las últimas cosas antes de las últimas*. El reconocimiento y la difusión a su obra ocurrió en la última década del siglo XX, a partir de 1990.



Acerca del libro y sus ediciones

Escrito durante el exilio de Siegfried Kracauer en París, él mismo escribió el guion para la filmación de algunos pasajes, lo cual nunca ocurrió. *Jacques Offenbach und das Paris seiner Zeit* (*Offenbach y el París de su tiempo*) se publicó, completo, en alemán, en 1937; durante el primer semestre de ese año aparecieron fragmentos de esta obra en varios periódicos tanto alemanes como franceses y, simultáneamente, la edición francesa, con el título de *Jacques Offenbach, ou le secret du Second Empire*, la holandesa, con el mismo título que en alemán, y la inglesa como *Orpheus in Paris: Offenbach and the Paris of his Time*. Esta edición inglesa se publicó un año más tarde en Estados Unidos de América, con el subtítulo *Orpheus in Paris*. En este mismo año, 1938, se publicó en Suecia. En Italia se editó en 1991 y en 1994 se tradujo al polaco. A la fecha, en la base de datos de registros bibliográficos de WorldCat, aparecen 61 ediciones; a los idiomas señalados debe agregarse el ruso. Esto en un periodo que abarca de 1937, cuando vio la luz la primera edición, a 2008, año de la última edición, en alemán. En este registro no se incluyen ediciones en español.

Los fragmentos aquí incluidos provienen de la edición en español *Offenbach o el secreto del Segundo Imperio*, publicada en Buenos Aires, Argentina, en 1946, por Ediciones Siglo Veinte, traducida de la edición francesa por Leon Kopp.





Offenbach o El Secreto del Segundo Imperio (selección) DE SIEGFRIED KRACAUER¹

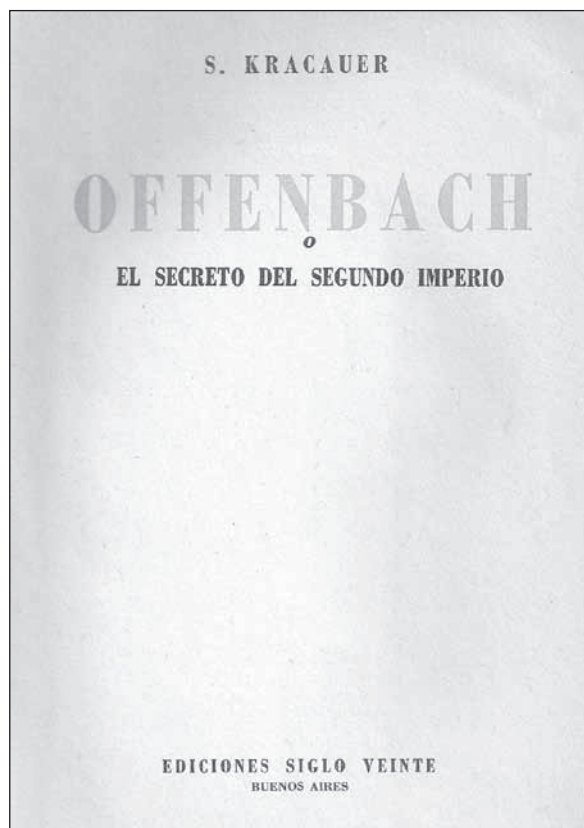


[De la] ADVERTENCIA

Este libro no viene a enriquecer la lista de las biografías habituales que se limitan sobre todo a describir la vida de algún héroe y, tales como las fotografías, representan un personaje que se destaca sobre una vaporosa decoración. Se distingue fundamentalmente de las obras de este género en que no es solo la biografía de una vida privada, sino la biografía de una sociedad —una biografía social—, pues por una parte hace figurar junto al personaje de Offenbach la sociedad que él animó, —y que lo animó a él— y por otra se dedica a subrayar las relaciones entre Offenbach y su época.

Francia o, mejor dicho, París. Escenario de una sucesión interrumpida de primordiales acontecimientos sociales, políticos y artísticos, París del siglo XIX es la única ciudad cuya historia sea al mismo tiempo la de Europa. Este libro, pues, debe ser asimismo considerado como la biografía de una ciudad. Es un ensayo sobre la vida de París que, partiendo de Luis Felipe para terminar a comienzos de la Tercera república, se detiene particularmente en el periodo napoleónico.

La ascensión de Offenbach no comienza sino en el momento en que se dan todas las condiciones indispensables para el advenimiento de la opereta. En cuanto a esta, se verá por consiguiente que es tributaria a su



vez de la dictadura, de la supremacía de la alta finanza, del nacimiento de una economía internacional, del bulvar y de la bohemia mundana que allí se da cita. No obstante, al exponer las relaciones que existen entre la opereta y la sociedad que ella flanquea, este libro pone igualmente en claro la dependencia de toda forma de arte respecto de las condiciones sociales imperantes.

¹ Extractos seleccionados de Kracauer, S. (1937). *Offenbach o el secreto del Segundo Imperio*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte, 1946.

III. UN MUNDO PRIMITIVO DE OPERETA

Alberto Wolff, cronista en *El Figaro*, decía acerca de Offenbach, de quien era amigo: “Le era necesario a su alrededor el movimiento y la vida. Sentía horror por la soledad y temía el silencio”. Lo que era cierto para el hombre de edad madura, lo era ya para el adolescente de dieciséis años, abandonado a sí mismo en un mundo desconocido. Si hubo un hombre capaz de vivir en la superficie y de captar todos sus cambiantes reflejos, ese fue seguramente Offenbach. Todos los ruidos, figuras, imágenes y escenas de la vida parisiense que su obra describió más tarde con maestría, los incorporó al salir de la infancia, en la época en que formaba parte de la orquesta de la Opera Cómica, y gracias a esta salvaguardia no zozobró.



Las calles de París ofrecían entonces un espectáculo creado a pedir de boca para un joven músico que frecuentaba los jardines de los restaurantes y que, entre la muchedumbre, se sentía dueño de sí mismo. El *Bulevar del Temple*, por ejemplo, al cual el atentado de Fieschi acababa de conferir una triste notoriedad, era una perpetua feria. Pues ¿no significaba acaso un continuo placer abrirse camino entre los hombres-sándwich, los tragasables, los enanos y los juerguistas? Pulgas amaestradas arrastraban un carro en miniatura, un perro erguido daba pruebas de su conocimiento: acompañado por la algazara incesante de la feria, el torbellino de monstruosidades, de suplicios y de acrobacias engendraba una alegría abigarrada, con toda gama de sensaciones.

Detrás de las barracas, tiendas y grupos, se alzaba una ininterrumpida serie de teatros de los que uno, el Circo Olímpico, sobrepasaba por sus exhibiciones de fieras, sus apoteosis militares y patrióticas, sus espectáculos deslumbrantes, todo el resto de la feria. La calle entera se dedicaba al placer, y Offenbach no debía tardar en establecer allí su cuartel general.

En cierto momento, los bulevares se orientaban hacia el Oeste, atravesaban la parte comercial e industrial de la ciudad para desbordar insensiblemente sobre barrios más elegantes. En esos lugares de intenso tránsito, de movilidad afebrada, pululaba una extraordinaria fauna humana de la que se espantaba Mme. de Girardin, al punto de declarar que se arriesgaba la vida al aventurarse allí. En suma, nuevos obstáculos surgían a cada paso ante los abribocas: mostradores de dioramas, exhibidores de monitos disfrazados, vendedores ambulantes, niños que vendían cintas o botones de nácar, turcos con blusas azules cuyas pastillas

llamadas del *serallo*, dejaban tras ellos una olorosa estela. La mayoría se componía, naturalmente, de cantores y músicos, que desencadenaban en conjunto una algarabía digna de rivalizar con el rechinar de los carruajes y el pataleo de los caballos. Mientras que por todas partes resonaban a la hora del almuerzo los acordes de arpas, la tarde se dedicaba a las panderetas y a los tañedores de triángulos; los organillos a manubrio no tenían hora fija. Un ejército de pordioseros, multiplicado por las sacudidas revolucionarias, poblaba la calle como vanguardia de la anarquía; salidos de no se sabe qué antros, se defendían por ingenios artificiosos: Con sus velos de luto una vendedora de mondadientes ostentaba desde hacía cinco años el mismo duelo patético y varios ciegos guardaban bajo sus párpados una vista intacta. Prototipos todos para las bufonadas futuras.

La pintoresca miseria de aquellos fenómenos contrastaba particularmente con la elegancia del Bulevar de los Italianos, que tendía desde entonces a convertirse en “el Bulevar” propiamente dicho. Su favor público aumentaba además a medida que se proseguía, por instigación de Luis Felipe, el saneamiento del *Palais-Royal*, hasta entonces centro de todas las actividades mundanas. Las muchachas que, al abrigo de sus galerías y sus espaciosas arcadas, buscaban relaciones sospechosas, acababan de ser expulsadas; la clausura de las salas de juego debía ocurrir a fines de 1837. En lo sucesivo, aquellos lugares de placer serían los de la buena conducta. Motivo suficiente para que el mundo de vividores, desposeído, se retirase también y emigrase hacia el Bulevar, que recogió la herencia del *Palais-Royal*. Cada vez que a Offenbach se le ocurría vagar, flanqueaba la elegancia y la fortuna, buenas para deslumbrar a un joven intruso. Por el momento, permanecían inaccesibles para él, y no podía ver entonces lo que veían los demás: la terraza colmada del Café Tortoni ante la cual se detenían los carruajes; las fachadas de algunos restaurantes de lujo; la rocalla de los Baños Chinos y los jóvenes dandies que, con el cigarro en los labios y calada la galera, atraían la atención, al menos la del espectador no prevenido. Los ojos asomaban bajo el ala del sombrero, pero el *chic* lo quería así. Exigía igualmente que cada uno de ellos fuese seguido por un “tigre”, es decir, por un *groom* de ser posible no más alto que una bota. Para aquellos señores ricamente provistos de dinero, el ideal era el *snob* inglés y no retrocedían ante ningún sacrificio para aproximársele. Se esforzaban en adoptar posturas impasibles, frecuentaban la sala de armas de Lord Seymour, se ejercitaban en el tiro al blanco y emprendían





expediciones hacia el *Bois de Boulogne*, de donde regresaban cubiertos de polvo de pies a cabeza. Sin embargo, dondequiera que se hallasen, volvían al Bulevar, su suelo natal. Fuera del Bulevar no se les encontraba casi más que en los parajes de los alrededores, apropiados para las citas y las charlas.

Quienquiera [que] se aventurase por esos parajes tenía la impresión de haber caído de pronto en una brecha del tiempo, y de haberse extraviado en una fabulosa gruta. Al punto, la brecha se cerraba. El mármol resplandecía, los dorados adornos brillaban y, detrás de las vitrinas, las flores iluminadas con arte, los frascos y las golosinas eran otros tantos tesoros. Allí como en ninguna otra parte, la ciudad desplegaba su poder cambiante; allí desembocaba un imperio igualmente alejado del cielo y de la tierra, desafiando todas las leyes de la naturaleza y prodigando, como sobre un escenario, las maravillosas posibilidades del sueño. O bien era la realidad misma la que se manifestaba en aquel dominio, situado en ninguna parte, allí donde también nacen los cantos...

VI. LA MÚSICA DEL ORO

La opereta no había podido nacer más que en una sociedad que llevaba existencia de opereta, en una sociedad que en lugar de tener presencia de espíritu ante la realidad, persistía, al contrario, en obstinarse contra ella. De hecho, en el primer periodo del Segundo Imperio, la burguesía estaba separada del resto del mundo por tantas capas aisladoras que ningún soplo de aire puro llegaba a rozarla: la dictadura barría con todas las opiniones y querellas y mantenía a los burgueses en una tutela tan estrecha que abandonaban cada vez más la vida pública por una existencia mundana apoyada en el vacío. Su huida ante las responsabilidades correspondía a su aversión por el libre juego de las fuerzas naturales; aversión que compartían con los *boulevardiers* bajo Luis Felipe “La naturaleza es mi enemiga”, se lee en el *Diario de los Goncourt*, y Laurent-Jean decía con humor: “El más bello espectáculo de la naturaleza no valdría nunca lo que la vista de un muro cubierto de “afiches”. ¿La guerra importaba al menos un contacto con la realidad? No, pues tenía lugar en lejanas comarcas, y el eco que llegaba a París era confuso y apagado. En el dominio de la vida económica los espíritus perdían el hábito de contar con los valores auténticos: la industria propiamente dicha estaba suplantada por una finanza capitalista cuyos sueños se esfumaban.





A pesar de las barreras interpuestas ante la realidad, aquel carácter de opereta no habría sido tan acentuado si una relativa prosperidad no hubiese preservado de la miseria a una gran parte de la población y hecho posible una prestigiosa ilusión. La sociedad del Segundo Imperio se desenvolvía además en el terreno de una cultura estrictamente ciudadana. ¡Y qué cultura! Solamente en París el trastrocamiento de la opereta podía disponer de medios de expresión gracias a los cuales alcanzaba su perfecto desarrollo. Especialmente la “agudeza”, producto original del ingenio francés, gozaba de un favor particularísimo: permitía a cada uno —a los poderosos, a los aprovechadores, a los simples, a los escépticos— hacer juegos de manos por sobre los abismos cavados por la dictadura y por la ruptura con la realidad.



Siegfried Kracauer (1889-1966)



Todas las cortes de las operetas de Offenbach estaban calcadas sobre la de las Tullerías. El archiduque Maximiliano, futuro emperador de México, que había crecido entre las tradiciones de la Corte de Habsburgo, fue penosamente sorprendido por la atmósfera alborotadora de la Corte de París. “El conjunto —escribía— da la impresión de una corte de aficionados donde los diversos cargos están ocupados por diletantes cuyo tacto deja a veces mucho que desear”. Esta atmósfera de alboroto era creada por la excesiva suntuosidad de los uniformes de Corte, con sus cien guardias, sus prefectos de palacio, sus chambelanes y sus maestros de ceremonias, por una multitud de aventureros, y por un modo de vivir que quería encubrir esta suntuosidad. ¿No habían sido imaginados por autores de operetas aquellos cortesanos deseosos de copiar el corte de barba, el pesado paso y velado modo de mirar del emperador? Por otra parte era superados por el conde de Tascher, cuyo maravilloso talento de imitador sabía metamorfosear para la ocasión la Corte en cabaret: se pavoneaba, soplabla como la tempestad, brillaba como el sol o afectaba la melancolía de un paisaje lunar. A estas bufonadas sucedían charadas por las cuales acontecía un reclutamiento en masa de todos los personajes mitológicos: de ahí las charadas en las cuales los reyes griegos pasaban también su tiempo en *La Bella Helena*. Esta sed de distracción revela qué precaria era la



existencia de la Corte. Le faltaban a la vez seguridad y garantías; podía ser absorbida tan de improviso como había surgido; era inestable, superficial, construida en pasta de cartón como las cortes de la Offenbachiada.

“... ¡Gobernaremos este país con el dinero en una mano y un látigo en la otra!”, declaraba Persigny a la condesa Le Hon, poco tiempo antes del golpe de estado. Por lo general, el látigo fue superfluo pues el dinero bastaba para la tarea; dinero que, naturalmente, no se trataba de ganar, sino de coger al vuelo. En lugar de apuntalar la realidad sobre un trabajo justamente remunerado, este diseño prometía otorgar a la masa todos los placeres sin esfuerzo, logrando por medio de este maleficio tener a raya la realidad. Había avidez de dinero se le erigían altares.

[...] pero sería injusto creer que la gente acudía a la Bolsa por su propia inspiración. Los magnates de la finanza moderna empleaban todos sus recursos para atraerla. Sabiendo que la multitud anónima también responde al llamado de los diarios, apuntalaban cada una de sus operaciones bolsísticas con una diestra campaña de prensa. Aquellos años vieron despuntar numerosas hojas financieras: por todas partes había roces y restregones de diarios vendidos a muy bajo precio, pues sus consejos y sus recomendaciones tenían por finalidad atrapar a los tontos. Especuladores de alto vuelo, Polidoro Millaud y Julio Mirés utilizaron el instrumento del periódico con singular éxito; habían actuado juntos hasta el comienzo del Segundo Imperio y en adelante cada uno de ellos continuó separadamente, en mayor escala, la tarea emprendida en común. Mientras que Millaud distribuía la publicidad financiera en *La Prensa*, que había comprado a Girardin, el grupo de Mirés subvencionaba sin asomo alguno de vergüenza diarios de todas las tendencias, ciertamente, de tendencias opuestas. Mirés, a cuyo lado el mismo Verón podía pasar por hombre de la vieja escuela, era un jugador sin escrúpulos. Poseía minas, construía altos hornos, financió los ferrocarriles de Roma, colaboró en la construcción del nuevo puerto de Marsella, sostuvo empréstitos extranjeros, etc., etc. Aquel bólido del firmamento de la finanza alcanzó el cenit cuando logró ceder, en 1860, su hija al príncipe Alfonso de Polignac. ¿No era él también, en su género, un soberano? Este hombre pequeño, ágil, nervioso, desplegaba en tiempos de su prosperidad el fausto de un príncipe de los infiernos y, como Millaud y los demás plutócratas, se complacía en pasar por Mecenas. Las fronteras entre el mecenazgo y la corrupción quedaban por otra parte bastante mal definidas.

Algunas veces, siguiendo en eso el ejemplo de los Rothschild, Mirés y los hermanos Péireire hacían caer sobre los escritores, periodistas y dramaturgos de nota una bienhechora lluvia de títulos de renta que no comportaba para los portadores ninguna obligación inmediata.

“Que haya baja o haya suba, he ahí lo importante...” La especulación no adquiría tanta importancia sino porque parecía aportar el mentís más flagrante a las prosaicas exigencias de la realidad. ¿Por qué permanecer prisionero de aquel prosaísmo cuando bastaba, para alcanzar fortuna, dejarse llevar por los embriagantes vapores de la especulación? El ingreso de Francia a la vida económica universal parecía poner aquel espejismo al alcance de la mano; de allí una concepción de la riqueza que reflejan en todo momento las composiciones de Offenbach. Indefinidamente en sus operetas anteriores reaparecían los juegos de azar y las loterías, que provocan repentinos cambios de fortuna. También la burguesía ensayaba especular sobre esta suerte, y Berryer pudo decir, hablando del crédito mobiliario, que era “la casa de juegos más grande de Europa”. Un literato contemporáneo declaraba tener la impresión de asistir, en un circo, a una representación de prestidigitadores, cuyas chispeantes bolas daban vueltas en el aire, rebotaban en el suelo y se elevaban nuevamente...

VII. ENTRE DOS PARAÍOS

Hacia mediados de febrero de 1860, en pleno carnaval y apenas tres meses después de *Genoveva de Brabante*, Offenbach montó, sobre un texto de Grangé, Felipe Gille y Ludovico Halévy, un espectáculo intitulado *El carnaval de las revistas*, que hacía desfilar en la atmósfera favorita del Bouffes algunos cuadros de la vida parisiense. Esa revista no cobró verdadera actualidad hasta que se le incorporó, a última hora, una escena cómica sobre Ricardo Wagner: “el músico del porvenir”.

El tema no carecía de atractivo. Después de haber tropezado en un comienzo con numerosas dificultades, Wagner había logrado organizar tres conciertos en la ópera italiana. Si el objeto de aquellos conciertos era imponer en París “la música del porvenir”, es necesario reconocer que su objetivo no había sido alcanzado. Aquellos conciertos habían fracasado, seguramente, pero provocaron sangrientas batallas en las cuales nadie permaneció indiferente, aun fuera del mundo musical, y consagraron de repente el nombre de Ricardo Wagner.



VIII. CORTESANAS, VIVIDORES Y PERIODISTAS

Cuando Francisco Sarcey decía del público al cual estaba dedicado el *Galop del infierno* que era un “público de desarraigados” designaba así a la bohemia mundana que, en el teatro de la opereta, se sentía verdaderamente en su medio. Comparada a la vieja bohemia de la monarquía de julio, la del Segundo Imperio se mostraba menos exigente. Casi no reparaba en los orígenes de quienes gastaban sin contar y acogía a algunos elementos cuyos excesos no eran imputables sino a la embriaguez general. Sin embargo, a pesar de su amplitud de ideas, la bohemia habitaba un mundo aparte, netamente distinto del de la burguesía. Y la frivolidad de la opereta no habría tenido jamás las mismas repercusiones si aquel mundo aparte no hubiese existido.

En verdad es él, y él únicamente, el que aspiraba al enredo de sátira social y de embriaguez característicos de la opereta de Offenbach. ¿Por qué? Porque los bohemios vivían al margen de la sociedad, de la que sin embargo dependían por completo. Sea que los salones les cerrasen sus puertas, sea que deliberadamente se hubiesen negado a llevar una existencia burguesa, no eran otra cosa que intrusos. Si su condición de entremetidos los incitaba a ridiculizar la dictadura, su burla tomaba siempre la forma de un juego. Aunque les alegrase ver ridiculizar al régimen, todos los bohemios sabían que le debían una áurea y querida libertad, y de ahí que se apresuraran, en su propio interés, en pasar de la crítica a un ebrio consentimiento. La frivolidad de la bohemia estaba condicionada por su situación social.

Desde 1860, es decir, desde el momento en que el emperador se volvió hacia las izquierdas y procuró establecer un compromiso con la realidad que había infamado tanto, el mundo de la bohemia se colocó en una situación cada vez más particular. La tensión política que, poco a poco, ganaba la vida pública, era la causa. Mientras la oposición aumentaba, se entenebrecía el horizonte europeo y la decisión del emperador era cada vez más vacilante, esta bohemia evolucionaba brillantemente en una atmósfera de indiferencia donde todas las dificultades parecían allanarse.

Su punto de reunión era el Bulevar que bajo Luis Felipe había sido la patria de los sin-patria. Allí se dedicaban como en el pasado al placer; allí, el aire estaba saturado de su espíritu. Entre tanto, el nivel del Bulevar había descendido medianamente, y su transformación habría sorprendido a los dandies de antes tanto como







ψS

su cosmopolitismo actual. La metamorfosis se debía a las crecientes facilidades de los medios de transporte, a la especulación, al advenimiento de una nueva economía mundial y a la orientación general de la política.

Era menester seguramente, para que las cortesanas del Segundo Imperio llegasen a una situación tan excepcional, que el dinero ganado en la Bolsa tuviese necesidad de ellas, si se puede decir así. Como todas las ganancias del juego, esta era precaria; cada uno se apresuraba, pues, a dispararla inmediatamente y las cortesanas constituían a este respecto una ocasión de primer orden: tenían tales apetitos de lujo que al menos con ellas el dinero no habría tenido tiempo de enmohecer. En esta época de fiebre especulativa, representaban en el mercado del amor un artículo muy solicitado por el consumidor. Y cuando, después de haber exprimido a sus compradores les abandonaban sin escrúpulos, su actitud era menos el efecto de su insensibilidad que de la inexorable oscilación de las alzas y las bajas. Ellas eran hechura del dinero y se conformaban a todas sus exigencias. Es así como a menudo les tocaba hacer el papel de “corredores” para algunos banqueros y, mediante una parte de los beneficios, reclutaban en su círculo personas susceptibles de interesarse en alguna operación bolsística.







Muchas de ellas tenían orígenes oscuros; habían sido descubiertas por hábiles celestinas, que se especializaban en lanzar jóvenes al mundo elegante. Las mediadoras alquilaban a sus protegidas todo el atavío indispensable para su honorable iniciación, desde los trajes hasta las alhajas, sin olvidar los billetes de banco, que no estaban destinados a ser gastados sino a dar la impresión del bienestar. Estas “ogresas” —así se les llamaba entonces— sacaban de su actividad considerable provecho.

El ambiente en que vivían las cortesanas correspondía en todos sus aspectos a las exigencias de la profesión. Canapés y sillones tapizados, cortinados por doquier, un pesado baldaquín de damasco sobre el lecho. Para hacer resaltar mejor la blancura de su piel, una *cocotte* reputada no dormía sino sobre sábanas de raso negro. En medio de este interior fastuoso servía una mucama, favorecida por tantas propinas de proveedores y clientes que podía economizar para los días de su ancianidad. Su ama tenía muchas veces una vejez menos serena. Incapaz de pensar en un provenir tan lejano, ella vivía al día como la cigarra. No bien abría los ojos, hacia mediodía, bajo su dosel de damasco, ya un enjambre se estrechaba a su alrededor: la manicura, la lavandera, la perfumista, los acreedores. Después de haberse dedicado a esas diversas ocupaciones de orden profesional, que comprendía también la dura tarea de la correspondencia, la cortesana se paseaba por el bosque en calesa, entraba un segundo en casa de la modista, o bien acudía a una misteriosa cita; el programa podía comportar también una taza de té a las cuatro o un alto en lo del librero. Era menester estar al corriente de las últimas novelas. La noche, que siguiendo el rito habitual comenzaba en un teatro cualquiera, se prolongaba en seguida en el Café Inglés hasta las primeras luces del alba. Entre tanto no se olvidaba mantener relaciones con la familia.

Cuando las mujeres del gran mundo y las del *demi-monde* se encontraban, en las carreras de Longchamp o en otro lugar público, las primeras se esforzaban de tal manera en imitar a las segundas que con gran esfuerzo se las podía distinguir. El abuso de los afeites les daba a todas un aire artificial que aumentaba aún la moda de los miriñaques, y que impedía reconocer a ciencia cierta su condición social. Los afeites y los miriñaques perseguían idénticos fines que la política: disimulaban la realidad física, como el régimen disimulaba la realidad social; el miriñaque era además el signo más aparente del rendimiento económico de la que lo



llevaba. A medida que el emperador se empeñaba en propagar la luz y la alegría, el miriñaque se difundía y su auge no disminuiría sino a partir de 1866.

Entre el *demi-monde* y las masas republicanas se abría un abismo. Así como no veían en Offenbach sino al “gran corruptor” las masas pensaban que las cortesanas pertenecían a las capas superiores y aborrecían en ellas a criaturas de lujo y de decadencia. Las masas no comprendían en efecto que la bohemia tenía respecto de la dictadura una actitud equívoca y que las cortesanas arruinaban a agentes que, del punto de vista de la masa precisamente, no merecían otra cosa. En cuanto a las cortesanas, ¿eran conscientes de la función que desempeñaban? El gusto que tenían por la frivolidad de la opereta parece probarlo.

La pandilla de vividores que rodeaba a las grandes cortesanas comprendía una centena de elegantes señores pertenecientes casi todos a la aristocracia y que en materias mundanas poseían incontestada autoridad. Su frivolidad les incitaba a llevar, fuera de las convenciones burguesas, una existencia de la que estaba excluido todo verdadero trabajo, y en manifestar así su desprecio a los burgueses. Muchos oficiales de la guardia imperial se encontraban entre ellos y el doble prestigio de su uniforme y de su jerarquía les permitía ejercer sobre el *demi-monde* un irresistible encanto.

En nombre de *cocodés* dado primeramente por Gramont-Caderousse a algunos íntimos, pronto se extendió a todos los vividores del círculo; naturalmente, sus amigas no debían tardar en ser llamadas *cocodettes*. No había ningún *cocodé* que no fuese miembro de un club y que, de vez en cuando, no hubiese ocurrido a los buenos oficios de Isabel, la florista discreta y mediadora. Durante años, ostentando los colores del último ganador del Derby, Isabel se estaba cada día a la entrada del Jockey Club, cada noche a la puerta del Café Inglés. ¿Cuáles eran las ocupaciones serias de los vividores? El juego, los caballos, los duelos, como bajo Luis Felipe. El marco solamente se había ensanchado. En el pesaje de Longchamp se ostentaba una elegancia insolente, y cuando Daniel Wilson ofrecía una cena, cada mujer encontraba bajo su servilleta un billete de veinticinco luis que debía gastar esa misma noche, al bacará o al lansquenete. Muchas veces, para sacrificarse al deporte, los hombres iban a remar una hora a la puesta del sol. O bien, aprovechando las ventajas que les ofrecía Baden-Baden, Epsom o Ascott, que poseían famosas pistas de carreras, trasladaban hasta allí el campo de su inactividad...


Filiberto Audebrand, notorio periodista de la época, menciona un café que era frecuentado en 1861 por periodistas de las más diversas tendencias: bonapartistas, republicanos, partidarios de la monarquía constitucional. En lugar de sentarse en grupos separados, como hubiera podido esperarse, formaban un solo conjunto hacia el cual afluían novelistas, redactores y representantes de profesiones liberales. Si entonces era posible reunirlos así debíase a que, en diez años de dictadura y de opresión, todas las reivindicaciones habían perdido su rigor; ese resultado era debido también a la influencia ejercida sobre los espíritus por las constantes transformaciones sufridas en el curso de los últimos cincuenta años por las monarquías, las repúblicas y los regímenes de fuerza. Los periodistas sabían demasiado ya como para hacer las veces de doctrinarios y partidarios. Diferían pues sus programas, decidían una tregua, y se aventuraban en una zona neutra donde la vida parecía más fácil. “Catón no se traspasa con la espada —dice Audebrand— se sienta ante una mesilla de café, allí bebe, allí fuma, mirando y escuchando como estoico”. A la profesión de fe de 1848 sucedió un escepticismo pleno de urbanidad. Con una frívola resignación, los





Los periodistas sabían demasiado ya como para hacer las veces de doctrinarios y partidarios.

periodistas se consolaban hasta el nuevo orden con la musiquilla organizada por los poderes públicos. Hasta el nuevo orden solamente, pues en el fondo de esta frivolidad, hervían para siempre las contradicciones políticas que, al primer choque serio, subirían a la superficie.

No había ningún periodista del Bulevar, principiante o experto, que no colaborase en *El Figaro*. Villemessant, “cuya vida agitada y ruidosa —decía Aurelio Scholl— ha sido hecha de lágrimas y retuécanos, de penas y de avisos...”, formó toda una generación de periodistas. Deseoso siempre de aportar novedades y mejorar a sus diarios, uncía a su carro todos los talentos jóvenes y les hacía saltar chispas. Si, por otra parte, se desembarazaba de ellos cuando ya no le servían, es necesario reconocer que les había despertado a la vida y les había proporcionado la excepcional ocasión de probar su suerte. Gracias a *El Figaro*, a ese *Figaro* que glorificó Offenbach, el Bulevar tuvo conciencia de sí mismo.

Antes de fundar su hoja satírica, *El enano amarillo*, cuyos juicios literarios eran inapelables en el Bulevar, Aurelio Scholl escribía en *El Figaro*. Scholl fue en el Segundo Imperio, la encarnación viviente del Bulevar. Pretendía que no se era necesariamente un mal escritor por mostrarse elegante y cuidadoso de su persona, y esta opinión parecía ser el fruto de la experiencia. Solía ir a Baden, luego a Monte Carlo. A menudo se le veía, con monóculo sobre el ojo, almorzar con el duque de Gramont-Caderousse. Tomaba el aperitivo en el Tortoni, escuchando devotamente a un viejo señor, de cuyas palabras confusas extraía cada día una buena historia para sus lectores: explotación sin indemnización, seguramente, pues el anciano había tenido cuidado en afirmar que él no leía las chismografías de los periódicos. Como tantos otros en esta pequeña falange, acosado por la necesidad, desparramaba su talento en breves artículos amasados con un espíritu de polémica que, por lo demás, no permitía prever que Scholl se descubriese más tarde una vocación republicana. 



09

ISSN 2007-0942



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social

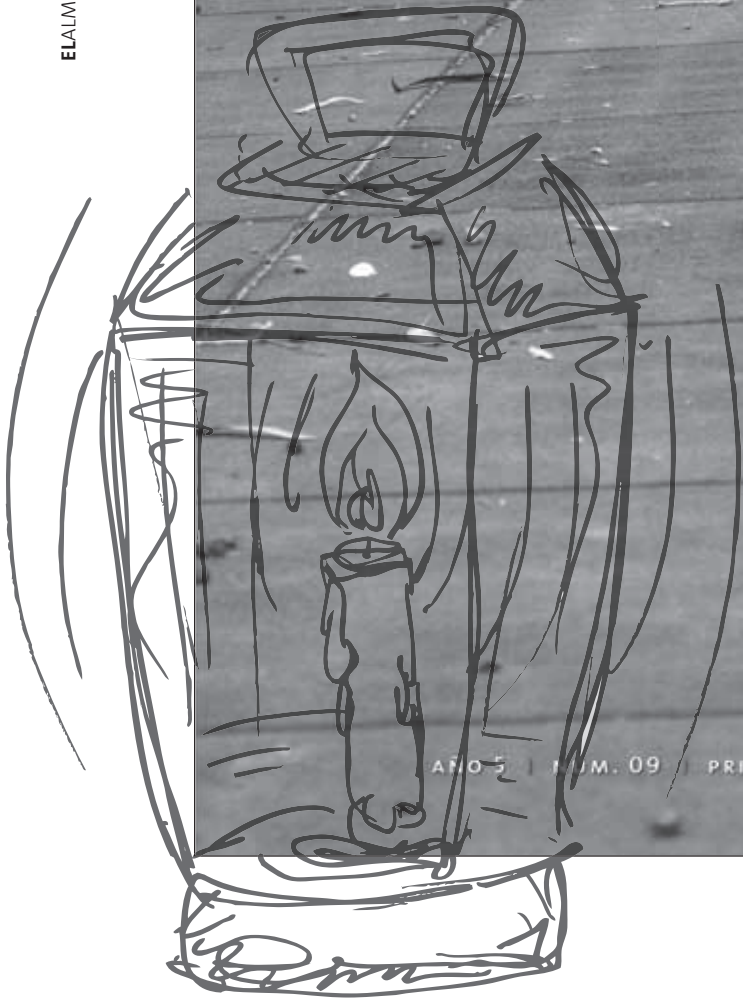


AÑO 5 | N.º 09 | PRIMAVERA-VERANO 2012 | \$85.00

OTOÑO-INVIerno 2012

22 23

EL ALMA PÚBLICA

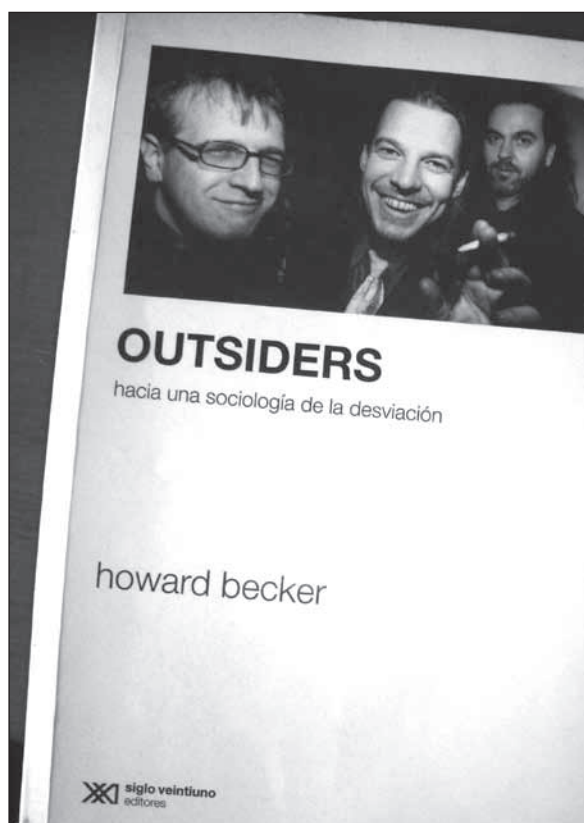


Reseña de *Outsiders*. *Hacia una sociología de la desviación*¹ de Howard Becker

JAHIR NAVALLES GÓMEZ

Este texto es una provocación, una constante insinuación a hacer las cosas bien. Casi podríamos llamarlo un *clásico*, ya que muchos lo citan pero pocos lo han leído, y no por falta de interés sino porque, descontinuado hace tiempo, los poseedores de alguna copia la resguardan en un lugar privilegiado en su vasta biblioteca personal y no lo comparten —sea por discursos o porque aspiran a ser los únicos especialistas en esta obra—. Howard Becker, su autor, se ha convertido en un referente en el ámbito de los estudios sobre la anomia, las normas y categorías sociales, los estudios en profundidad, la crítica a los juicios morales... para quienes lo hemos encontrado en el camino gracias a las sugerencias constantes de entrañables profesores o colegas que lo consultaron cuando se formaban en las aulas y han reconocido su influencia en las ciencias sociales, parte de una tradición interaccionista y de una reflexión crítica a la realidad social.

Cariñosamente, a Howard Becker (1928-20??) le llaman Howie, eso Luzma Javiedes lo ha compartido con nosotros,² y también nos dio un dato importante para discutir *Outsiders*: se publicó en 1963, la traducción al español, de 1971, fiel al original (*Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*), se editó por primera vez en Argentina, bajo el sello Tiempo Contemporáneo; esa edición está descontinuada, y no se encuentra ni en las librerías de viejo de la calle Donceles ni las de la colonia Roma, en la Ciudad de México. Por ello —por la discontinuidad, no por que uno busca y no lo encuentra— Si-



glo Veintiuno Editores lanzó en 2009 otra edición del texto, en la que se basa la presente reseña.

Son pocos los psicólogos o psicólogos sociales que han comentado *Outsiders*, quizá porque el subtítulo alude a la sociología, y aquellos solo leen a psicólogos o a

¹ Becker, H. (1963). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. México: Siglo Veintiuno Editores, 2009.

² *El Alma Pública*, 1, primavera de 2008.

mentalistas o a psicoanalistas, abogando por la especialización y obviando la interlocución entre disciplinas o campos de conocimiento. Como sea, este texto es parte del otro bastión académico e intelectual que gestó el interaccionismo simbólico,³ orientado hacia los estudios de personajes liminares, como lo fueron (¿lo son?) los drogadictos, los alcohólicos, los homosexuales, los músicos, los artistas, o cualquier “infractor” de normas sociales (si bien es preciso acotar que, a lo largo de su exposición, Becker señala que un outsider será aquel que transgrede, manipule, use en beneficio propio u omita algún apartado en la ejecución de una norma social; así, un político corrupto, un policía que se deja sobornar, un trabajador que no cumple sus labores, un familiar abusador pueden ser reconocidos como “desviados”).

La aportación de esta perspectiva es que aboga por la concepción que estos personajes tienen de sí mismos, de cómo ellos se definen y justifican, de sus estrategias para preservar en el secreto —o en el anonimato— esa práctica desviada, de la potencial (in)capacidad del investigador para adentrarse en las profundidades de la desviación, y plantea las sugerencias pertinentes para quienes pretendan hablar en nombre de o interceder por una práctica tal, y que esta no se quede en descripciones a la distancia, cargadas de prejuicios intelectuales y actitudes conservadoras, investigaciones donde la “población” está compuesta —por comodidad o por descargo— de universitarios o bachilleres que opinan de cosas que no han vivido y cuyo sesgo es obvio.

El mismo Becker hace una serie de acotaciones para leer el libro, y sumergirse en su misma investigación:

1. Dejar de acudir, como solían hacer los científicos sociales de antaño, a términos rimbombantes o abstractos que en realidad no dicen nada, sino que se utilizan para legitimar un discurso “académico” y a una comunidad que se entiende pero que no comprende lo que la gente común dice, o hace o describe, como su realidad.

³ Collins, R. (1994). *Cuatro tradiciones sociológicas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.

2. El interés en rastrear y configurar desde la experiencia misma, los datos que permitieran tornar comprensible el fenómeno a abordar, con base en aquella aproximación proveniente de los presupuestos interaccionistas en los cuales se formó, “la investigación sociológica debe tomar en cuenta las acciones de todos” (1963/2009, p. 14), acota el buen Howie. Y este texto es un ejemplo sugestivo de cómo hacerlo.
3. A diferencia de aquellos que consideran a Howard Becker un autor-investigador “de culto”, él mismo dice que su texto puede ser visto como una especie de libro de consulta entre las distintas generaciones, eso sucedió cuando se publicó, por dos razones: la primera es que da cabida a esas experiencias y situaciones mal vistas o desdeñadas del argot académico; la segunda es aquella donde es posible reformular el escenario sociológico, y entrelazar las investigaciones con el contexto político y cultural.

Según H. Becker, dos de las grandes omisiones en una investigación sobre la “desviación” y los “desviados” es aquella donde no se les vislumbra como un fenómeno ni político ni social, sino más bien desde una perspectiva médica o estadística, ambas insuficientes para explicar el fenómeno en su cabalidad, la gran confusión es creer —como lo podrían hacer los psicólogos— que la función de las opiniones de los otros, o la categoría en la cual se ubica al desviado, o los atributos físicos que este expone, o los prejuicios que provienen de pertenecer a un grupo o a otro, o la necesidad de un grupo de imponer y hacer explícitas las normas que lo identifican como tal, no son importantes. Así las cosas, un comportamiento desviado emerge de la interacción entre las partes implicadas y, sobre todo, está en estricta relación con la imposición de tal o cual grupo que para permanecer, debe predominar. Becker señala que “el hecho de que un acto sea desviado o no depende de *la naturaleza del acto* en sí [...] y en parte de la respuesta de los demás” (1963/2009, p. 33). Y si uno pone

un poco de atención, reconocerá aquellas premisas básicas de la escuela interaccionista.

Existe una interrogante respecto a los estudios sobre desviación: ¿A quién o quiénes les importan las conductas desviadas? Ciertamente al desviado no, o no en el



Howard Becker (1928)

primer momento, porque el mismo desviado no sabe que su comportamiento ha sido etiquetado como tal. Les importan a quienes los han referido como eso, y les dan seguimiento a aquellos que quedan fuera de sus normas.

Y entonces la etiqueta perdura y afecta su presencia pública, su desempeño, su identidad, su manera de interactuar con los otros y los obliga a decidir entre dos acciones: reincorporarse a la “normalidad”, delimitando estrategias que les permitan depurar la etiqueta que se les ha asignado; o adentrarse en situaciones con una connotación cada vez más desviada que la primera, por la que fueron etiquetados. Todo esto es consecuencia de, como dice Becker, la “puesta en marcha [de] una serie de mecanismos que conspiran para dar forma a la persona a imagen de lo que los demás ven en ella” (1963/2009, p. 53).

Una de las interrogantes en los estudios sobre desviación es relativa a la intencionalidad del desviado, y la pregunta común es por qué esa persona recrea ese comportamiento. Al respecto, Becker señala que quizá se deba al desconocimiento de la norma social cuya transgresión se sancionaría: no todos los actos desviados son intencionales, y mucho menos hay un plan siniestro, oculto, maquiavélico o “inconsciente” (excesos propios de una psicologización), de aquel que los comete; la explicación es más simple: esa misma persona ignora que su comportamiento, en esa situación, acarrea un conflicto y justifica una sanción. Toda norma social es un acuerdo de un grupo específico, ellos regulan y elaboran los dispositivos para su buen encauzamiento, y eso implica también establecer las estrategias para

cuando esto no sucede. La primera de ellas es la elaboración de la etiqueta social.

Esto es parte de las conclusiones y de la constante discusión de Becker en torno a los estudios sobre la desviación. Sin embargo, antes de esto, hay que reconocer

todo su trabajo empírico, porque durante este elabora su propuesta de una investigación consistente.

Describe lo que ocurre en el seno de la investigación sociológica, esto es, los estudiosos toman partido por un extremo u otro al analizar el fenómeno: defienden, justifican la conducta desviada o generan discursos y estrategias que confirmen acciones para erradicar o limitar ese comportamiento. Para ilustrar lo dicho, valga la siguiente cita: “Los personajes del drama sociológico de la desviación, incluso más que los personajes de otros procesos sociológicos, parecen ser héroes o villanos” (1963/2009, p. 192).

Y el villano siempre será el desviado, no así el grupo que formula la sanción ante la infracción de la norma. Ese grupo no es un espejismo, y sería un error, o mejor dicho, un exceso hablar de un grupo que está a la espera de la aparición de un desviado para castigarlo, no, el grupo es parte de un conjunto de estrategias que validan la aplicación de la regla, “la aplicación de la norma, de su ejecución, debe ser explicada” (1963/2009, p. 141).

¿Qué significa esto? ¿Que habrá quienes estén más interesados en que la regla se siga al pie de la letra, y habrá otros que no; entonces se gesta una pugna por hacer públicos la infracción, al infractor y la sanción. ¿Y quién regula todo esto? El grupo interesado en ello. Así, habrá comportamientos desviados que se ignoren, habrá otros a los que se les dará seguimiento, porque de ello depende la permanencia de los criterios que un grupo sostenga en la configuración de una sociedad.

Las normas provienen de los valores, y estos, en ocasiones, se confrontarán entre sí, porque, parafraseando a Becker, “una norma específica, si se deduce de un



valor general, puede entrar en conflicto con otra emanada de otros valores”, así que para evitar el conflicto no se genera una norma social. Y es que cada una de éstas se elabora con sumo cuidado, incorporando excepciones y salvedades que permiten obviarla en determinada situación o aplicarla tal como fue concebida.

Dos apuntes más: las normas sociales pueden servir a intereses personales o terminan por legitimar un acto espontáneo donde hubo aplicación de la ley o, dicho de otra manera, para todo acto de represión habrá justificación.

La represión siempre tendrá su atractivo, porque en los mismos estudios sobre desviación, un apartado — muy poco explorado por cierto— se refiere a los interesados en descubrir, rastrear o encontrar toda clase de comportamientos desviados susceptibles de sanción; lo que se debe de entender es que la sanción se torna una acción, un trabajo, una profesión. La ejecución de ley requiere de alguien interesado en su ejecución. Tal vez la siguiente cita sirva para esclarecer lo dicho: “Los agentes de la ley pueden ser más vehementes que nadie al insistir en que el problema en el que se supone que deben ocuparse está todavía entre nosotros, y que de hecho está más vivo que nunca. Con estas afirmaciones, los agentes de la ley justifican largamente la existencia del puesto que ocupan y el trabajo que realizan” (Becker, 1963/2009, p. 176). Las dos caras de la moneda en los estudios sobre desviación implican, por supuesto, a los desviados, pero también a aquellos que los “etiquetan” como tales.

Por ello, a Howard Becker le incomoda la conclusión simple a la que llegaron los críticos de los estudios sobre desviación, ya que estos terminaron por asumir que la gran aportación que esta hizo fue elaborar una “teoría del etiquetado”, como si cualquiera anduviera

por el mundo creando y proponiendo imponderables “etiquetas” sociales y viendo a quién o quiénes les queda mejor. Ese es el error común de los investigadores sociales, señala, creer que establecer una etiqueta sobre un comportamiento es suficiente, motivo por el cual reconsidera esas críticas y suposiciones, sosteniendo que de lo que hablan los estudios sobre desviación se basa en una “teoría interaccionista de la desviación”, cuyas partes estarían involucradas y uno de cuyos puntos relevantes es el reconocimiento de la función del sentido común, tanto académico como lego, en la elaboración de las descripciones sobre un comportamiento “desviado” y de las normas sociales, la mistificación de una etiqueta, los valores implícitos en la investigación, la construcción de los datos de manera empírica y las consecuencias de la asunción teórica de un acto desviado.

¿Qué implica todo esto? Que no porque algo se describa como tal lo es, que una teoría se basa en los *datos empíricos* que puedan corroborarla, que los datos empíricos cambian en cada situación, que la investigación social está permeada de los *prejuicios y valores* de los investigadores, que una etiqueta social no es incuestionable, que en la construcción de una norma social están implicados —y son responsables de ella— una cantidad considerable de personas, grupos y acuerdos pasados, que un comportamiento desviado no existe de antemano sino que se concibe en una *situación específica*, y que tanto la gente como el investigador deberán ser cuidadosos con la descripción del fenómeno social o *acción colectiva* a la cual hagan referencia. Por lo demás, es posible, con lo dicho anteriormente, rastrear las influencias evidentes de Becker: G. H. Mead, W. I. Thomas y H. Blumer. Si los leyó “bien o mal”, esa ya es otra historia. Y si yo lo hice, pues es una mera provocación. 🍷

Vencer parece una vía segura a la estupidez.

Günter Grass, citado por Carmen García Bermejo

Henri, Serge... y la próxima generación¹

TOMÁS IBAÑEZ GRACIA



RESUMEN

Las contribuciones pendientes de Tajfel y Moscovici para el mayor desarrollo de la psicología social han sido limitadas por la atribución implícita que contienen en cuanto a las suposiciones más básicas de la modernidad. La lealtad asumida en los principios concedidos de la “retórica de la verdad científica” moderna hace algún intento de dar una estimación social completa de la “dimensión social” faltante. En oposición a estos principios, la postura posmoderna acrecienta la naturaleza social de todas las producciones humanas, engrandece el alcance de las ciencias sociales y permite gran consideración a la dimensión histórica de los procesos sociales. Estas implicaciones subrayan la conveniencia de dar rienda suelta a la ideología modernista y atraer una fuerte orientación posmoderna.

1. DE PARTE DE HENRI Y SERGE CONTRA LA PSICOLOGÍA SOCIAL INDIVIDUALISTA, PERO...

En tanto no sea capaz de desplegar datos empíricos para certificar mi convicción, no tendré duda de que los psicólogos sociales de la Europa actual podrían clasificar a Henri Tajfel y Serge Moscovici como los autores más conocidos y los de mayor influencia en su campo. Esto

¹ Nota de los editores: Agradecemos al Profesor Tomás Ibañez el permitirnos reproducir una traducción libre de su artículo publicado originalmente en: Ibañez, T. (1990). “Henri, Serge... and the next generation”, en *BPS Social Psychology. Section Newsletter*, 24, 5-14.

L

vale, a fin de cuentas, para los psicólogos sociales de mi generación; esto es, para los instruidos en la disciplina durante las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Dejando de lado las bien conocidas diferencias entre ellos, no hay duda de que ambos han contribuido en gran medida para hacer sobresalir algunas deficiencias de la psicología social estadounidense. En sus análisis críticos, así como en sus formulaciones teóricas e investigaciones empíricas, han tenido éxito al poner en entredicho el punto de vista que prevalece: la desocialización de los procesos psicológicos. También han alimentado el desarrollo de una psicología social más social. El punto en cuestión es que ellos trajeron aire fresco a la psicología social en la mitad de los años sesenta y setenta, encabezaron la psicología social para hacerla más emocionante y atractiva para algunos de nosotros. Lo que hicieron en el campo teórico, y lo que Moscovici aún hace, es una referencia básica en la que uno debe neutralizar la influencia de la psicología social individualista.

Pero para usar una metáfora política, resulta razonable decir que la frescura que esparcieron en la disciplina fue más como una suave brisa reformista que una furiosa tormenta radical. Ambos trabajaron para **enderezar** el curso de la psicología social, no para alterarlo hacia algún camino revolucionario. En este orden, los cambios que encabezan, aun si se juzgan interesantes, también pueden considerarse cosméticos, ya que preservan los principios más elementales de la psicología social. No obstante, en este punto, ambos han contribuido y contrariado sus mejores intenciones al reforzar la tradición prevaiente en las ciencias sociales cobijando la existencia del statu quo en este campo de conocimiento científico.

Con seguridad, a ninguno de los dos se les ha clasificado como positivistas estrictos, en especial a Moscovici, cuya inquietud por las cuestiones epis-

temológicas y cuya sensibilidad por la historia de la ciencia es bien conocida. Aun así, arguyo que la razón principal de que sus esfuerzos por renovar esta disciplina sean limitados surge, por un lado, de su implícita suscripción en la concepción de la racionalidad científica, que ha dominado el escenario por más de tres siglos, y, por el otro, es al contrario, por su lealtad a la psicología social como una disciplina específica. Mi argumento más fuerte es que la ideología de la razón científica a la que pertenecen Tajfel y Moscovici, más o menos explícita, hace algún intento (incluyéndolos) de recuperar la dimensión social de la “dimensión social” que había alcanzado.

En este punto, he quedado por completo en una posición muy incómoda después de nombrar de manera tan campante “ordinarios” a Henri y Serge, y después de una explicación estática de lo que han hecho, ya que ellos han sido útiles para mí. Debo agregar de inmediato que la próxima generación de científicos sociales **no podrá** construir sobre las piedras que ellos dos se esmeraron en quitar. En realidad estoy convencido de que para lograr cualquier avance interesante en el mejoramiento de la inteligibilidad de los procesos sociales, esas piedras han de quitarse del camino o, si acaso, considerarse solo fronteras históricas muy respetables.

Pero ¿cuáles son las alternativas?, ¿cuáles son las bases sobre las que debemos trabajar?, ¿qué direcciones buscaremos para avanzar un poco más?

Bueno, si fuera menester definir las con una sola palabra, eliminaría el peligroso término *posmodernismo*, y diría cuál es la necesidad precisa para elucidar de manera radical la reorientación de las ciencias sociales no menos que en la postura posmoderna. Pero como *posmodernismo* es un concepto controvertido, de múltiples significados, enmarañado y revuelto, me siento obligado a detenerme explicando en qué pienso cuando me refiero a ese concepto. Para hacerlo, debo pasar por algunos comentarios preliminares acerca de la modernidad.

2. LA MODERNIDAD Y LA RETÓRICA DE LA VERDAD CIENTÍFICA

Para hacerlo breve, *modernidad* es el punto de encuentro de las actividades técnicas con el conocimiento científico, de la ideología de la Ilustración y de la retórica de



Tomás Ibañez Gracia (1944)

la verdad científica. Como sabemos, la modernidad como fenómeno social y como periodo socio-histórico comienza con la constitución progresiva de la razón científica de finales del siglo XVI y XVII, y recibe su principal legitimación ideológica durante el siglo XVIII con los trabajos de los pensadores ilustrados. Estos pensadores continuaron ligados muy de cerca a la razón científica en la lucha progresista contra la arbitrariedad y el oscurantismo. También continuaron ligando esta forma de racionalismo con todo tipo de valores sociales positivos, como la democracia, la libertad, el progreso, el bienestar social, y cosas por el estilo. Pero al mismo tiempo, y a pesar de su complacencia para fomentar la libertad humana, ayudaron a crear un recurso de poder totalitario, dejando la ciencia moderna en una posición hegemónica. Desde entonces, cada ataque contra la razón científica trae la sospecha de defender una postura irracional, que nutre políticas reaccionarias a favor de la arbitrariedad.

Desde entonces, la modernidad, no ha parado de afilar su fundamento ideológico para difundir su abrumadora influencia, permea todo tejido social en las llamadas *sociedades avanzadas*. Es necesario decir que nuestra época está total y oscuramente incrustada en la Edad Moderna.

La característica esencial de la modernidad es tener reemplazados a los retóricos de la verdad en formación por **nuevos retóricos de la verdad**, articulados alrededor de la razón científica y de los criterios utilizados para garantizar la validez de la descripción o la aseveración explicativa. Ha seguido con

toda fidelidad el establecimiento de la razón científica como el único proyecto productor de verdad para ser dotado con un plan social legitimado.

Pero como cada uno de los retóricos de la verdad que la ha precedido en el curso de la historia, la

retórica de la verdad científica se basa en la alegada existencia de un **metanivel** que trasciende la mera finitud humana, el cual **debe** ser del todo ajeno a la contingencia humana y en el cual se fincan los criterios absolutos utilizados para establecer el valor-verdad de las aseveraciones humanas. En efecto, la institución de un metanivel es la piedra angular de algunos retóricos de la verdad; todo su poder proviene de allí. Pero, una vez aceptada su existencia, pierden la libertad de deliberar acerca de qué aceptar o qué rechazar como verdadero. Solo aquellos con acceso al metanivel, las autoridades religiosas o científicas, gozan de plena legitimidad para decir la verdad, y cuando se ha establecido algo para ser verdad nadie puede dudarle. La única opción es asentir o, cuando mucho, demostrar que el mediador entre el nivel humano y el metanivel no está calificado para serlo, o está sitiado. El criterio en que algunos retóricos de la verdad se basan **no significa** que se use de modo relativo para las decisiones humanas. Si algo tiene la propiedad de ser verdadero, lo es con independencia de cualquier decisión humana. En otras palabras, si alguien tiene la verdad, así es, amén de lo que cualquiera piense, desee o haga. Más que eso, si el valorador de verdad de una aseveración es afectado por decisiones humanas, puede perder ipso facto su propiedad de ser “verdaderamente” verdadero. Los humanos entonces son capaces de seleccionar este criterio, pueden “descubrirse” al establecer una relación adecuada con el metanivel en que se localizan, pero no pueden construirse ni cambiarse. De inmediato, la independencia de los

La posmodernidad viene después de la modernidad y se detiene en una clara oposición dialéctica en sus factores básicos.

humanos será y, para las prácticas humanas es, una condición inevitable para considerar que un criterio se ha establecido.

En el caso del retórico de la verdad científica, el eterno, fijo y suprahistórico criterio del conocimiento verdadero (o del conocimiento “aún no refutado”, o del conocimiento de “alta verosimilitud”; sí, todo pertenece a la misma retórica) se encuentra en la razón científica, esto es, un tipo de razón que sobresale a la histórica contingencia humana. Es más, como todos sabemos, la piedra de toque para el conocimiento válido en términos científicos es que sea ajeno a las variables socioculturales. El criterio con que garantizamos la validez de este conocimiento no significa que sea relativo a **otra cosa**, ni a las creencias humanas ni a cualquier principio de época. Uno puede **encontrar** la verdad, uno puede aproximarse a la verdad, pero la propiedad de algo cierto es, por definición, que esté muy alejado de cualquiera de nuestras decisiones o de nuestras convenciones.

Es fácil ver que el alegato de los científicos de la retórica de la verdad involucra dos vertientes: la primera es **anticonstruccionista** y la segunda, **antihistórica**. Por un lado, esto implica la renuncia a **todos** los criterios humanos disponibles, en tanto que los criterios de verdad científica no lo son. Por otra parte, esto conlleva la negación de que **todos** nuestros criterios cuentan con fundamentación histórica, salvo los criterios científicos. Esta doble negación es inevitable si queremos escapar del desgarrador relativismo y recordar el asiento seguro de la retórica de la verdad impuesta por la modernidad.

No creo equivocarme al decir que las contribuciones de Henri y Serge para una psicología social

más social se oponen a las suposiciones ideológicas en que la modernidad está enraizada, y que su psicología social “reformista” se enmarcan en la retórica de la verdad científica. Esto es porque, en contra de sus mejores intenciones, son/eran excluidas para obtener una completa consideración de la dimensión social, tanto como para desarrollar una perspectiva histórica satisfactoria. Pero espero ahondar en esos puntos importantes más adelante.

3. LA POSTURA POSMODERNA: “SIMPLEMENTE HUMANA”

Tomé la *posmodernidad* en su más directo y **simple significado** para alejarme de las modas intelectuales que se crean y desvanecen alrededor de cada nuevo concepto. La posmodernidad viene después de la modernidad y se detiene en una clara oposición dialéctica en sus factores básicos. La perspectiva posmoderna se anuncia en los escritos de Nietzsche, y corre a través de Heidegger y el segundo Wittgenstein hasta Foucault, entre otros pensadores. En efecto, la posmodernidad representa un intento por **desmantelar las bases reales de cualquier retórica de la verdad**, incluyendo la retórica de la verdad científica. Este intento pasa por una refutación radical para aceptar la existencia de **cualquier** nivel trascendental donde la certidumbre pueda encontrar refugio.

La posmodernidad asegura que todo lo producido por la naturaleza humana es irremediable, inevitable y **simplemente humano**, esto es, contingente, variable, relativo a los cambios históricos de las prácticas humanas y modos de vida. Esto significa que no podemos encontrar algún lugar fuera de nuestras producciones para verificar su valor, debido a los estándares

En contra del idealismo se reconoce que “ser” es muy diferente de “ser conocido” (siempre que este no se encuentre en el campo de la realidad social).

usados para corregir el origen de nuestras producciones. Y esto se extiende también para el criterio que guía la razón científica. Y no es otro que **la producción humana** atada, en tanto que tal, a la contingencia de las decisiones humanas tanto como la historia escrita.

Pero en este punto, permítaseme aclarar dos cuestiones. Hasta que la posmodernidad enfatice la naturaleza **constructora** de la realidad social, y hasta que esta enfatice el carácter **convencional** de las prácticas de establecimiento de la verdad, no podrá vincular la aceptación del idealismo ni suponer que cada descripción o explicación es tan buena como cualquier otra. En contra del idealismo se reconoce que “ser” es muy diferente de “ser conocido” (siempre que este no se encuentre en el campo de la realidad social). Sería ingenuo negar que la mayoría de las cosas trabajan con independencia de las decisiones y acciones humanas. Más aún, este reconocimiento no entraña intenciones metafísicas. Las cosas pueden trabajar, en el sentido de que son afectadas por las decisiones humanas, pero la descripción de cómo trabajan y la explicación de por qué trabajan de tal o cual manera está llena de **intención humana**. No es posible dar una “descripción real” en el sentido de que es una descripción que podría estar en una **correspondencia** “objetiva” o “suprahumana” o “independiente de lo humano” con la forma en la que las cosas trabajan. Es obvio que, hasta que ese trabajo sea independiente del pensamiento humano, cualquier aserción acerca de él será tan científica como ordinaria, llena de producción humana, relativa a los cambios en las prácticas humanas.

Esto significa que hasta que el realismo ontológico sea compatible con la posmodernidad, el realismo epistemológico no sucederá, ni tampoco un idealismo.

Pasando a mi segunda aclaración, debemos reconocer, en contra del relativismo ingenuo, que podemos discriminar entre las distintas valoraciones de diferentes aserciones. Pero lo que nos dice la posmodernidad es que el valor de los varios tipos de descripción que la razón humana es capaz de producir no funcionan en correspondencia directa con las cosas en su modo de ser actual. Es solo una función del **uso** que pretendemos asignarles a esas descripciones. Podemos aceptar, en primera instancia, que las descripciones construidas mediante el razonamiento científico son quizá más valiosas cuando queremos obtener poder sobre algo de la naturaleza o de los procesos sociales y tomar ventaja de ellos por medio de los avances técnicos. Este tipo de descripción trabaja para este tipo de uso, pero nunca como resultado de una **mayor** cercanía con la descripción “verdadera”.

Cualquiera de los malentendidos que subyacen en la perspectiva posmoderna no es tan sorprendente si consideramos que esta manera de pensar rompe con la ideología que ha dominado por más de dos siglos. Al contrario de la ideología de la Ilustración y sus extensiones a largo plazo, la posmodernidad pretende ser congruente con la muerte de Dios en vez de secularizarlo creando nuevas trascendencias absolutas. Como incisivamente apuntó Bernstein (1983) cuando habló acerca del postempirismo, la posmodernidad dice adiós a la “ansiedad cartesiana” para fundamentar la absoluta certeza en la seguridad y fundaciones eternas. Al final, la posmodernidad nos deja **solos contra nosotros mismos**, privados de cualquier principio trascendental para solicitar consejo. Y estoy seguro de que esto es bueno. Esto es bueno, casi como cualquier



otra cosa para mejorar la posibilidad de construir una ciencia social que esté llena de “lo social”.

Las implicaciones de la perspectiva posmoderna en el campo de la ciencia social son muy numerosas, pero solo mencionaré dos de ellas. Primero, el aumento de la dimensión social de las prácticas humanas y su extensión correlativa al alcance de las ciencias sociales. Segundo, el redescubrimiento de la historicidad (la dimensión histórica de los fenómenos sociales).

4. EL INCREMENTO POSMODERNO DE LA DIMENSIÓN SOCIAL

Es curioso que estas implicaciones confieran mayor importancia a las ciencias sociales y, como efecto contrario, algunos científicos sociales se rehúsan a considerar la posmodernidad como una alternativa seria. Tal vez algunos de ellos son algo masoquistas y sienten placer mutilando el alcance y las potencialidades de su propio campo científico.

Observemos en primer lugar la ampliación social de las implicaciones de la posmodernidad. Es un hecho que el ataque posmoderno contra la existencia verdadera de cualquier principio trascendental no deja otra opción que considerar que todo principio es una **construcción social** y merece, como tal, un análisis social. De esta forma, la razón científica **por sí misma** se convierte en objeto susceptible de ser escrutado por la investigación social en vez de negarle la merecida herramienta que provee la ciencia social. Esto implica que los discursos científicos y las prácticas científicas deben analizarse como fenómenos sociales, negando cualquier privilegio absoluto sobre otros discursos y prácticas que suelen caer en el ámbito de la ciencia social. Además, son considerados como históricos, atados a las determinantes socio-culturales, dependientes de las convenciones sociales y variables como los son **todas** las demás producciones sociales. Con la mejor disposición, la Sociología del Conocimiento

Científico está haciendo un muy buen trabajo en esa dirección, pero **todas** las ciencias sociales deberían involucrarse en esta tarea. Por supuesto, estas consideraciones han de aplicarse también, de manera reflexiva, en las propias ciencias sociales. Estas ciencias deben cuestionarse, escrutarse y deconstruirse como una mera contingencia de la empresa sociocultural.

Sé que cualquier referencia a la reflexividad incomoda a algunos científicos sociales. *Reflexividad* es, sin duda, un concepto somnoliento, como lo son todos los conceptos autorreferenciales. Pero, viéndolo de cerca, es un buen método ante el vértigo que produce mirar dentro del vacío, aunque me temo que esto no sea la mejor opción cuando las dificultades emergen en el campo del conocimiento.

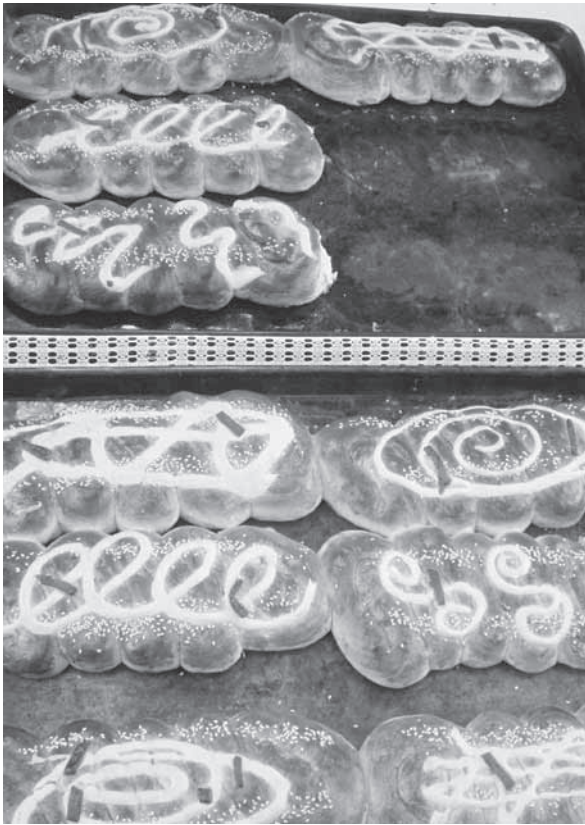
Déjenme mencionar sobre la marcha qué significa para mí una consecuencia interesante de la integración de las ciencias sociales en el reino de los objetos en el plano social. Es un hecho que la totalidad del reconocimiento de la naturaleza social de todas las ciencias, y en especial de la ciencia social, deja al descubierto la usual aunque distorsionada distinción entre aquellos colegas nuestros orientados hacia la investigación de procesos sociales específicos, y aquellos orientados hacia la investigación del conocimiento producido por estos pro-

cesos. Esto no implica llamarlos filósofos o meros epistemólogos, etiquetas que a menudo denotan desprecio, sino que los ubica como productores de conocimiento, esto es, como aquella instancia de la psicología social en la que es posible producir conocimiento acerca de un objeto incluido en el propio campo de esta disciplina. Aquellos que analizan la naturaleza, los fundamentos, la historia y las producciones de la psicología social están produciendo conocimiento acerca de un objeto que se convierte tanto en psicología social por sí misma como hacen otros objetos como la identidad social, las representaciones sociales o las relaciones intergrupales.

Regresando a mi materia, quisiera resumir las principales razones de por qué los modernos nos impiden avalar la dimensión social en toda su extensión.

Primero, excluyen un objeto social, llamándolo razón científica, del campo de las ciencias sociales como objeto de estudio. Esto es crítico, no solo en relación con la tremenda importancia social del objeto excluido, sino también porque, al aceptar esta exclusión, las ciencias sociales se ven involucradas en los poderosos efectos de una particular retórica de la verdad, y ellos dan pie a desenmascarar esos efectos. El hecho es que Moscovici, por dar un ejemplo, es sensible a la importancia social de la ciencia y sus efectos en el pensamiento social, lo que no invalida





lo que estoy diciendo. La ciencia no es un nuevo objeto de estudio para los científicos sociales, lo que se debate aquí no es el efecto de la ciencia en la sociedad, tampoco la organización social de las empresas científicas. Es la **razón científica** la que ha de ser investigada como un **simple objeto de estudio**.

En segunda, aquellos que abrevaron del paradigma moderno y su aquiescencia a través del establecimiento de un criterio de científicidad inducen a los científicos sociales a seguirlos acriticamente. Para extender este criterio sobre la deliberación humana, la libertad de discutirlos se restringe. Suponiendo que esos criterios fueran inadecuados para elucidar los procesos sociales, estoy convencido de que su naturaleza “suprahumana” previene a los científicos sociales de discutirlos y decidir algunas **alternativas más convincentes** para guiar su investigación.

En tercer lugar, el pensamiento moderno restringe la posibilidad de una **reflexión analítica**

completa de las ciencias sociales, en especial de sus efectos sociopolíticos, exceptuando la falta de reconocimiento a estas ciencias que resulta de una **construcción social contingente**.

Considero que si queremos avanzar en la construcción de una psicología social más “social”, debemos abandonar la ideología moderna y adentrarnos en la posmodernidad. Basta que este movimiento asuma el riesgo de alejarse del “mito de la objetividad” que opaca la razón científica así como de la prevalencia adquirida de nuestras prácticas corrientes de investigación para el contraste empírico de las proposiciones teóricas. Si no saltamos con decisión en el postempirismo, y si no abandonamos la retórica científica de la verdad, “la dimensión social” siempre **resultará incompleta** y la exhortación para tenerlo en cuenta podrá no ser más que un atractivo pero **vacío reclamo**.

La razón científica tiene que ser depuesta del metanivel en el que la ideología moderna la ha situado, y debe ser reintegrada al nivel **ordinario** en el que descansa todo lo que los humanos hacen. Esta es la condición correcta si somos congruentes con nuestra vocación para hacer una psicología social más “socialmente” completa.

5. “LA NUEVA ALIANZA” CON LAS CIENCIAS HISTÓRICAS

Ahora vayamos a la segunda implicación, conocida como el redescubrimiento de la historia. Los científicos sociales están prometiendo de nuevo un proceso masoquista de automutilación cuando, siguiendo la ideología moderna, limitan la historia intrínseca de todo lo que es producido por la condición humana. Aceptar que la razón científica escapa de la contingencia histórica es negar toda posibilidad de construir una ciencia social “social”. Todo significado de historicidad significa que cada producción nacida de la naturaleza histórica conlleva sus “condiciones de producción” incorporadas en sí misma. O si se

prefiere decirlo en una forma más antropomórfica, estas producciones están constituidas en parte por la memoria de su génesis.

Una producción particular puede durar mucho o poco, pero siempre está **registrada temporalmente** en un doble sentido.

Primero, todo lo construido por el quehacer histórico tiene un registro temporal por la extensión de su existencia, que nunca precede a cada momento de su producción por la existencia humana. Podría parecer trivial y tautológico, pero tendemos a olvidarlo con demasiada facilidad. Con mayor frecuencia consideramos el buen establecimiento y tomamos las grandes realidades que existen hoy como si siempre hubieran estado ahí, solo esperando el momento de entrar en escena. El mito del “descubrimiento” o el de la “existencia espontánea” de las cosas y la creencia extendida de que la esencia es distinta de la existencia nos impiden ser moderados acerca de que antes que el producto humano haya sido producido por la existencia humana, digamos un conocimiento, una práctica, una convención, una herramienta o cualquier psicología social, solo **está en ninguna parte**. Además, todo esto proviene de la existencia a través de las prácticas humanas, y existe, pero podría **no haber existido**. En contra de las **concepciones esencialistas**, debemos reconocer que el paso de la “no existencia” a la “existencia” es muchas veces el resultado de variaciones despreciadas y accidentales en el curso de la historia. Esto significa que no siempre subyacen en los productos históricos. Son contingentes de condiciones concretas y peculiares, las cuales hacen posible su construcción. Esto en el sentido de que esas condiciones son construidas en sí mismas.

Si la razón científica es una producción científica, ¿por lo que implica, o por causa de qué, debería ser también una excepción?

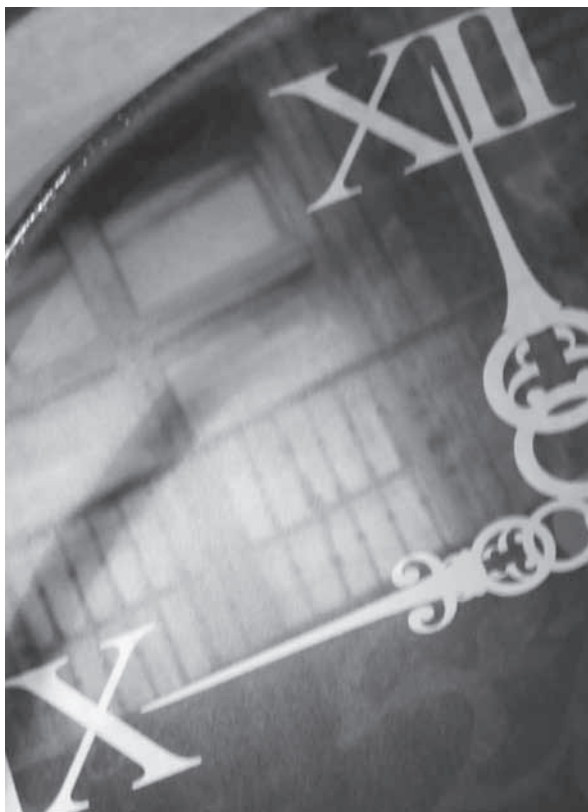
El carácter contingente de las producciones históricas, esto es, para todas las producciones huma-

nas, nos lleva a la segunda interpretación en la que estamos obligados a decir que son registradas temporalmente. Esto puede sonar de nuevo como una trivialidad, pero debemos insistir en que esas producciones están transcurriendo. Para entender que sus condiciones de producción fueron construidas dentro de ellas, estas producciones desaparecen cuando las condiciones cambian.

Y de nuevo, ¿qué implica para la razón científica, o porque debería tener alguna implicación?

Las **exaltaciones ahistóricas** inmersas en la modernidad, no solo limitan la posibilidad de que las ciencias sociales traten con la razón científica como una producción social absoluta, esto es, como un factor contingente e histórico, también lleva a las ciencias sociales hacia una sistemática **desvalorización** de la “dimensión social” de los procesos sociales.





En efecto, el ideal moderno de inteligibilidad que guía la racionalidad científica estipula que solo puede ser ciencia lo que es **general** y el conocimiento científico siempre trasciende los contenidos concretos y peculiares. Pero la historia en los fenómenos sociales implica que nada de lo que se llame “social” pertenece al dominio de lo universal porque cualquier cosa social, y desde la historia, es **determinado y particular**.

El fundamento del modelo moderno de racionalidad científica ha llevado a los científicos sociales a través de una estrategia de investigación centrada en el descubrimiento de principios generales. Esta estrategia requiere una **deshabilitación** de los procesos investigados y sus contenidos particulares, eso significa que el dominio de las ciencias sociales se vacía de todo su **contenido social**. La búsqueda de mecanismos generales y de formulaciones de leyes, aunadas a la resistencia a admitir que contiene la formación de

los procesos sociales —en vez de merecer parámetros solo especificando estos procesos— ha ido agotando el reclamo de una psicología social más “social”.

Este es el precio que se ha de pagar para ser admitidos en el prestigiado y cómodo club de la ciencia moderna, pero esto también es el precio que la próxima generación debería **negarse a pagar**. Lo que necesitamos para ganar conocimiento sobre los procesos sociales en nuestra dimensión social es asumir el plan de la historia. Debemos luchar por una reintegración de la psicología social dentro del alcance de las ciencias históricas, dejando de lado las ciencias positivas. Parafraseando a Ilya Prigogine y a Suzanne Stengers, debemos gestar una **nueva alianza** entre la ciencia social y la historia.

Estoy convencido, y enfocado en lo que fue Tajfel y es Moscovici, de que debieron ser posmodernos radicales quienes empezaron su trabajo teórico en los ochenta. Si algunos de sus pensamientos constituyen una aseveración irrefutable, significa que han caído en la telaraña de la ideología moderna. Porque para refutar algo no ha menester contrastarlo de manera empírica, solo necesita argumentarse con racionalidad. Y tal vez alguien demuestre de manera racional, por su clara postura opuesta, que ni Henri ni Serge podrían haber sido posmodernos.

Por mi parte, me inclino a señalar que si su propuesta en la tarea de hacer sobresalir la dimensión social en toda su extensión de la vida humana fue real —y estoy seguro de que lo fue— podrían analizarse las implicaciones de la postura posmoderna. Aun así, el periodo histórico en que empezaron a desarrollar sus propuestas teóricas les dificultó considerarlas.

Pero allí hay otro intervalo del periodo histórico que debemos considerar para explicar las limitaciones de su intento por renovar las perspectivas tradicionales. Empezaron por ser críticos cuando se debía reivindicar a la psicología social como disciplina específica, defenderla de todos los interesados



en menguar su importancia, plantearla como una nueva y prometedora visión en la psicología y sobre los fenómenos sociales. Mientras Henri y Serge se enfrascaron en actividades con otras ciencias —en especial en el caso de Moscovici— su postura en defensa y desarrollo de una psicología social les impidió avanzar por una ciencia social más integrada y comprensiva. La fractura de la ciencia social en un amplio rango de disciplinas específicas es resultado del interés empírico en el desarrollo del conocimiento productivo. Y no necesariamente significa esto. Dicha fragmentación también contrasta con la elucidación de potencialidades de un análisis social. Confío en los tiempos venideros, cuando la disciplina académica dé cuenta de qué ha de venir.

6. CONCLUSIONES

En este punto, quizá mi conclusión es fácil de anticipar. Estoy convencido de que viene la elucidación

de los procesos sociales mediante una perspectiva totalmente social; así, las próximas generaciones deberán dar la despedida a la valiosa legitimidad de Henri y Serge, y tal vez ellos tengan que empezar a decir **adiós a la psicología social** como una disciplina específica. Hasta que las exigencias académicas y el poder de las estructuras académicas hagan que suene como un reclamo utópico.

Finalmente, permítaseme decir que no existe contradicción cuando lo que pretendo aquí es una **forma convincente** que garantice el conocimiento satisfactorio acerca de los procesos sociales. No estoy sugiriendo algo así como una agenda negada cuando se construye con mejores descripciones y explicaciones de la realidad social. No he concluido esta discusión y eso es una buena alternativa para sugerir. Solo estoy reconociendo un camino que parece **hostil para ser explorado** hasta que no se arriesgue por sí mismo. 🙏

ISSN 2007-0942



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social

AÑO 43 NÚMERO 1 OTONO-INVIerno 2011 \$85.00



OTOÑO-INVIerno 2012

38 39

ELALMA PÚBLICA



La conciencia de los pies

● JOSÉ EDUARDO VÁZQUEZ HERNÁNDEZ

Me ha pasado que, mientras camino, solo traslado mi cuerpo, mis pies avanzan de un lugar a otro menos interesante, pensando en mi destino, con la única finalidad de llegar, de lograr la meta, incluso, con poco tiempo y pasos alargados, apresurados, como mis pensamientos fugaces, ocupado en cualquier otra cosa que no es ese momento, y mucho menos en mi paso vacío.

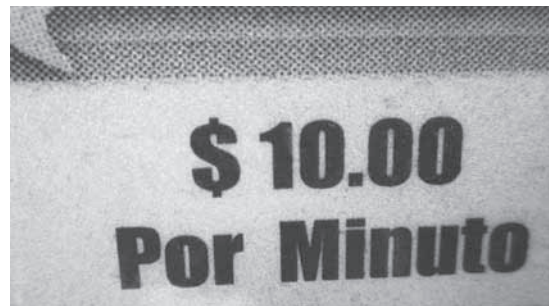
Es un caminar en automático, como el de la mayoría de los viandantes apurados, cuyo ritmo se percibe a poco de mirarlos, en sincronía con la prisa, con la monotonía, con la inconsciencia, en coordinación con la visceralidad, con la desatención de sí.

Me ha pasado que mientras camino me percibo dentro de una masa gigante de cuerpos, deslumbrante por su pesadez; como cuando el aire frío arrasa con las hojas caídas de los árboles hartos de ellas, tan secas, tan viejas... me ha pasado ser una de esas hojas que se dejan llevar por el ritmo de los caprichosos vientos.

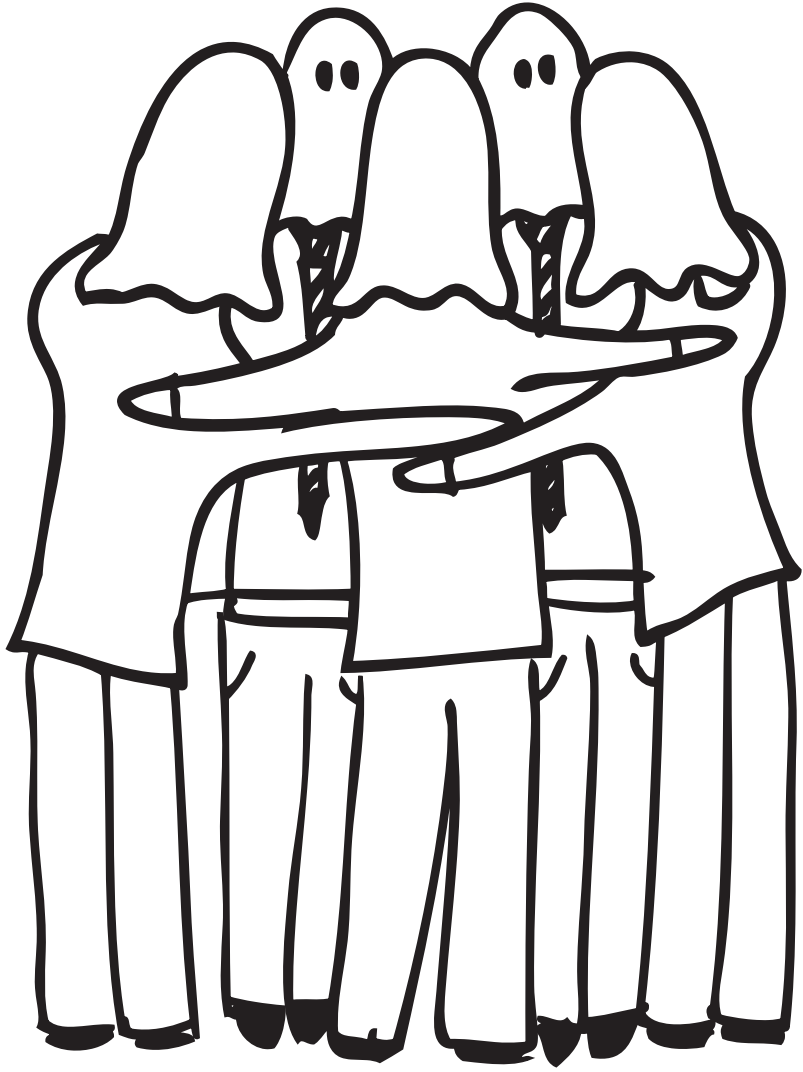
Desafortunadamente algún día me di cuenta de ello. Y digo desafortunadamente porque, el día en que lo noté, hice de mi mente una catástrofe. Ese día, no sé si prefería hacer cualquier cosa en el metro o pensar en miles de simplicidades, como lo simple que es el caminar. Y es que ver caminar a la gente en el metro es tan particular, porque aquel que no lleva prisa se adhiere al ritmo de la masa apresurada y aquel que lleva prisa considera a los demás un obstáculo en su camino. Lo curioso es que yo estaba tranquilamente sentado; llegando a la conclusión de que las cosas simples solo son; y el pensarlas no modificaría en nada, claro, la única diferencia era que había perdido dos

horas de mi vida en pensarlas y evidentemente me quedé dormido.

La diferencia real llegó cuando retomé este pensamiento, en ese momento, inútil; y comencé a pensarlo, a reflexionarlo, a vivirlo. Experimentarlo esta vez, dentro de la masa; y es que, ¿por qué yo iba con tanta prisa a donde llevaba cuarenta minutos de anticipación? Me noté un sonámbulo en la multitud y sonreí como tonto al preguntarme lo anterior, ¡claro! Ahora yo estaba dentro de los que se adhieren al ritmo de los que ahora considero entes ciudadanos vestidos con trajes y perfumes que no hacen otra cosa que reafirmar la condición de velocistas en la era del consumismo, queriendo competir con los minutos.



Desde aquel día me ha pasado que cuando me distraigo del andar, mi mente se dispersa. Desde aquel desafortunado día, me ha pasado que mientras camino, ando, me sumerjo en mis pasos, más que en el lugar al que llegaré con ellos, los voy hilando al mismo tiempo que fluyen mis pensamientos, voy formando caminos como ideas y sensaciones. Me ha pasado que mientras camino, me aligero en el ritmo, el ritmo que no es el de mis zapatos en el pavimento, sino de mis pies en el andar, los minutos están de más y desaparecen de repente. 🏰



Las Preciosas

● ELIZABETH SELENE HUERTA JUSTO

El amor es un sentimiento humano. Y es, como todo sentimiento, incierto, frágil e imperfecto.

Las respectivas funciones de padre, madre e hijo son determinadas por las necesidades y los valores dominantes de una cultura dada. Cuando el faro ideológico ilumina solamente al hombre-padre y le otorga los poderes, la mujer ingresa automáticamente en la sombra y su condición se asocia solamente a la del hijo. Así, las tradiciones y funciones en la actividad paternal valen más por la carga interior que conllevan, es decir por lo que la respectiva cultura les ha enseñado que es “correcto sentir, pensar y hacer” que por las motivaciones externas de esta.

Al analizar la función maternal a lo largo de la historia y en las diferentes culturas, notamos que el sentimiento de “amor maternal” se asocia casi automáticamente al ejercicio de procreación, casi como un “instinto” con el que solo se ha “privilegiado” a las mujeres y con el que es necesario cumplir para que se realicen intelectual y sentimentalmente, y por lo tanto para que encajen en la sociedad.

Pero en este caso expondré sobre un movimiento que, desde cierta perspectiva, se puede connotar con fuertes tintes feministas, y que contribuyó al refinamiento de la vida social, a la penetración de los intelectuales y de los artistas en los círculos aristocráticos culturales y, en definitiva, a la implantación del nuevo estilo de vida que caracteriza el clasicismo francés, este movimiento recibió el nombre de *preciosismo* y revolucionó la ideología de la actividad materna y sobre todo la definición del feminismo.

Desde comienzos del siglo XVII, las mujeres que quisieron destacarse y liberarse del lazo que las unía solo a la vida materna y que iniciaron una revolución cultural en contra de todo lo que las encasillaba como seres no pensantes encontraron su terreno predilecto en la galantería, ese movimiento de naturaleza barroca, conformado, al principio, por quienes seguían de cerca la última moda, pero cuyo desarrollo ulterior ocurrió en el plano intelectual y caracterizó el pensamiento de su época.

Esta “galantería” con la que se les denominaba se referiría a la renovación de las costumbres que provino de los salones aristocráticos dirigidos por mujeres. Precisamente esta vida de salón representó la vida parisina de ese siglo; estas mujeres con ambiciones nuevas revolucionaron socialmente al tratar de cambiar los sentimientos de una época por la racionalidad y el perfeccionismo del lenguaje. La primera causa de su movimiento era el afán furioso de distinción, y para distinguirse había que oponerse a todos los valores vigentes y sobre todo al único y más fuerte que las distinguía como mujeres: la maternidad. Si el más común de los mortales era propenso a gozar, a ser esclavo e ignorante, ellas trataron de ser platónicas, libres y sabias. Y encontraron que el mayor mal del ser era la vulgaridad, que se adhería al cuerpo y abandonaba el pensamiento, por lo que las *preciosas* se sintieron obligadas a cultivar el espíritu y dominar sus sentidos y, por tanto, sus sentimientos, ya que estos solo se podían concebir como las



ideas poco claras y confusas que chocaban con el principal mandamiento de su movimiento: el desarrollo intelectual.

Estas mujeres del gran siglo habían comprendido que su cuerpo era el sitio principal de anclaje a la esclavitud: esclavitud a una cultura que las subyugaba y trataba como inferiores. Al parecer, consideraron que la maternidad era una ocupación indigna de ellas, y optaron por zafarse de esta carga. Así fue como todo su arte consistió en hacerse desear sin dejarse poseer, sobre todo porque el cuerpo se representaba como algo sentimental, como algo táctil, cercano y, por tanto, vulnerable. Así que se caracterizaron por no tener límites para exigir pruebas de adhesión, de respeto y sumisión, siempre con la precisa distancia intelectual que las alejaba de sí mismas.

Las preciosas creían que en la maternidad el pensamiento del deber prevalece sobre todos los demás, de ahí que lo mejor fuera evitarlo. Esto les valió acres críticas, en incluso sátiras.


Según Moliere, eran “más vanidosas que sabias”, y el sueño de una Academia femenina las exaltaba más que el duro trabajo intelectual. Las preciosas se mantuvieron en el camino de la cultura y el saber. Por eso se describe a estas mujeres corriendo de un lado a otro, de salón en salón, de cursos a conferencias. Lo cierto es que gracias a su vida social, que ofrecía muchos diálogos (no olvidemos que una de las principales características del barroco es la conversación, solo por medio de ella se ascendía al conocimiento) pudieron acceder a los primeros rudimentos de las ciencias, algo que estaba prohibido para las mujeres de su época.

Todas estas estrellas leían mucho, aprendían lenguas, ya que solo mediante estas era posible entender la cultura y entablar comunicación con personas de valores y creencias similares, otrora extrañas. Así, pronto, en los salones de provincias alejadas, todas las mujeres acomodadas soñaron

con imitarlas; si no podían adquirir su talento, por lo menos imitaban su modo de actuar.

Su libertad consistió en someterse lo más enteramente posible a las modas y a los imperativos sociales. Su placer estaba limitado por la moral de aparecer libre de todos los vínculos sentimentales y, por supuesto, de todas las obligaciones económicas, siempre dominadas por una sed enorme de cultivar lo racional.

Su deslinde de sentimientos se refleja en que para ellas la libertad no es algo dado, sino algo que se adquiere mediante un prolongado trabajo de liberación intelectual. Así, las preciosas representan la cultura de su época, pues su comportamiento puede verse como una programación colectiva de la mente de las personas que vivieron el movimiento, y el cual distinguía a los miembros de este grupo. Por esto, las preciosas, al revolucionar el pensamiento y comportamiento femenino, se convirtieron en guía del desarrollo de la personalidad de las que vendrían posteriormente, ya que era preferible ser francesas que italianas, ser aristocráticas que obreras y ser intelectuales que amas de casa.

Este movimiento muestra en plenitud el sistema de ideas barrocas, que considera que la cultura no es un fenómeno material ni una cosa ni un pensamiento ni un comportamiento, sino la organización de todas esas cosas, es decir como un modo de interpretación de la realidad. Es el modelo que permite relacionar e interpretar la realidad y concebir este conjunto de hechos, organizarlo socialmente y entender el sentido, como pautas de significados históricamente transmitidos y encarnados en formas simbólicas, en virtud de las cuales los individuos se comunicaban y compartían sus experiencias, concepciones, creencias y actitudes. Las preciosas representan lo barroco en total amplitud y nos ayudan a entender el fuerte arraigo actual al sentimiento de amor maternal, algo que ellas aborrecieron. 

Seguir los dictados del... ¿escaparate?

(o de la construcción desenfrenada del deseo)

● MÓNICA E. IBARRA URQUIZA

Estas líneas empezaron a gestarse hace un tiempo, al subir a un autobús en el que recorrería más de la mitad del territorio de México en un viaje de unas quince horas. Me acomodé en el lugar que me vería dormir y despertar y me encontré en el asiento de enfrente, a manera de horizonte muy poco prometedor, un anuncio de telefonía celular que hacía las veces de recubrimiento de la cabecera de los asientos. Ante las pocas opciones de que disponía para enfocar mi atención, y ante el previsible tedio, tomé, con el permiso respectivo del amable pasajero de adelante, el recubrimiento. Durante un rato me dediqué a garabatear algo que me resultara no tan chocante a la vista, algo que por lo menos pudiera mirar con cierta ternura como producto de mi ocio, pero, más que nada, algo que se constituyera en una negativa y una pequeña protesta ante el hecho de estar estratégicamente colocada frente a un irritante anuncio por un número de horas tan escandaloso. El afiche terminó por ser una suerte de “obra” que podría haber firmado Miró, con ese estilo suyo desenfadado que tanto me gusta, y sirvió para, por fin, encontrar una verdadera utilidad al colorete y las pinturas para los párpados (hoy productos de primera necesidad) que llevaría a costas por esos 1500 kilómetros. Este hecho, de paso, me dio la oportunidad de reconsiderar algunas implicaciones que la construcción diaria de la feminidad puede ocasionar en cuanto al peso y volumen del equipaje, debo admitirlo.

Esta anécdota me remite al hecho de que el horizonte visual está cada vez más saturado de cosas que no elegimos mirar, ni lo haríamos si no las pusieran ahí, enfrente, ni desearíamos conocerlas si no es porque alguien decide pagar enormes cantidades de dinero para poner a nuestra amable consideración cierta información, tal es el caso de los logros políticos, partidarios y personales de algunos. No conformes con la presencia del escaparate por excelencia que ha sido la televisión desde su nacimiento y su llegada a cada hogar a partir de los años treinta del siglo XX, que se ha consumado como la gran creadora de conciencias, estilos de vida, creencias y formas de percibir y construir la realidad de los seres humanos, aquellos a quienes les interesa convertir un mundo de personas en un mundo de activos consumidores, apoyados por todos los medios masivos de comunicación, no han tenido por lo visto el menor reparo en convertir cualquier punto donde la vista pueda posarse en un potencial escaparate.

Esta situación, cada vez más común y más ofensiva, necesita cada vez más ostentación para lograr los mismos resultados. Sin lugar a dudas, lleva en sí misma el “espíritu” de nuestra época: saturado, apretado, interrumpido, falto de gracia. Sus efectos resuenan en el sistema de realidad que compartimos y poco a poco, aunque no con pocos esfuerzos, dirigen la percepción de los potenciales consumidores. La presencia del escaparate trastrueca sutilmente “el flujo de

la conciencia” de las ciudades y sus habitantes, instala objetos en lugares y situaciones que remiten a estilos, promueve productos que remplazan conceptos y que de manera casi imperceptible (y a veces no tanto) opaca la alegría de las cosas simples, como usar una vía, la que sea, de la ciudad y disfrutar mientras se conduce o se camina, y no digamos hacerlo de manera segura sin que un millón de distractores publicitarios se te interpongan en el camino; o la posibilidad de usar una prenda de ropa solo porque nos gusta o nos queda o nos sirve, y no porque lleva una etiqueta por fuera que confiere un estatus. Además de que las grandes firmas nos hacen pagar sumas absurdas por ostentar sus marcas en nuestra ropa, en lugar de pagarnos por ello, excepto claro si deportistas en una buena racha.

Al parecer, los escaparates van con nosotros día a día, nos llenan el espacio vital, nos sugieren, incansables, aquello con lo que podemos soñar. Esculpen casi minuciosa e imperceptiblemente el deseo, al igual que construyen el olvido de las ideas no tan redituables. Existe una insistencia particular en fundir al potencial consumidor en una extraña relación con el objeto del antojo provocado mediante el uso de la atmósfera, creando una estética del consumo, que por supuesto permea con lentitud, como cualquier otro elemento cultural, en nuestros juegos de lenguaje, de significado y en nuestras formas de relacionarnos (Wittgenstein). Para comprobarlo tenemos el número creciente de matrimonios que se divorcian porque al cabo de un tiempo no pudieron comprar la casa, el automóvil o los muebles de sus “sueños” y, por tanto, no son felices, por poner un ejemplo muy simple. El escaparate sin duda tiene el artificioso poder de crear cierta persistencia en las emociones y unas sólidas bases motivacionales que sostienen la maquinaria consumista en continua creación y recreación, con las ganancias correspondientes, aunque las cosas ya no alcanzan a ser cosas, sino

avisos de las cosas, o deseo de las cosas antes de esfumarse y dar paso a la cosa siguiente.

Baste asomarse a los centros comerciales importantes de cualquier ciudad para notar que en esta época la “felicidad” se encuentra al alcance de todos, “con el poder de su firma”. Estos centros de abastecimiento se han convertido lamentablemente en los nuevos centros de recreación familiar y el punto de encuentro social más socorrido, con su efímera y lujosa suplantación del antiguo mercado, pero donde por desgracia se paga diez veces el costo de lo que se adquiere. Y con base en el gran arte de vender higiene, frescura y suavidad en vez de una barra de jabón, ¿quién no habrá caído más de una vez en la tentación de querer ser “totalmente...” algo que no es? ¿O quién no habrá llegado a pensar que el amor por la lectura viene dentro de la bolsita amarilla con tipografía morada, como un separador llamativo más? Parece que queda poco o casi nada de espacio para la consideración del objeto per se y, sin duda, ningún espacio para la reinterpretación de los conceptos detrás de los objetos de deseo construidos dentro de toda esta saturación.

Este sentimiento de lejanía entre el que mira y lo mirado, que parece transformarse en cercanía prometida a partir del deseo, sugeriría que habría que detenerse más a menudo y en la medida de lo posible por mucho más tiempo, a elegir mejor lo que se mira y, tratando de ser más puntillosos, elegir con mucha sensatez aquello a lo que se le permite traspasar la barrera del deseo, aunque parezca esto una lucha desesperanzadora, pues tal vez sea un logro personal filtrarlo, pero habría que ir pensando en qué contestar cuando, luego de oír acerca de unas fabulosas vacaciones en Cancún, haya que explicar una y otra vez que eso, en lo personal, a uno no se le antoja por más fabuloso que suene. No vaya a pasar que en un descuido, como muchos de los que ha experimentado nuestra generación, los deseos del corazón se nos confundan con los deseos del escaparate incorrecto o, peor aún, se vuelvan la misma cosa. 🏰

La juventud en 140 caracteres

● ABRIL GONZÁLEZ ROMERO

Hoy es difícil ubicarse en el tiempo, y más cuando el tiempo ya pasó, y uno siempre se siente a destiempo. Las veinticuatro horas del día son insuficientes para poder feisbuquear, dormir, echar fiesta y estudiar. Paradójicamente, el tiempo me sobra, por eso me entretengo con cualquier cosa, para simular que hay algo que hacer, cuando en realidad el único hacer que se hacer es hacer nada.

Cuando se es joven uno cree que lo que sobra es tiempo, y cuando algo sobra, no pasa nada si ese algo se desperdicia, por eso me dedico a tirar el tiempo; de este modo puedo tener una sesión de internet, y hacer nada pero al mismo tiempo sentir que en esas ocho horas hice algo. Una noche concluí que la cibernada me hacía perder el tiempo, pero, como no sería capaz de abandonar el ciber mundo, opté por la opción más sencilla: decidí clonarme y vivir en las dos realidades.

Tome un cabello mío y lo herví con un poco de royal, quince minutos después había una minimí en la olla. La dejé en remojo y, como los dinosaurios de plástico que venden en el metro, en dos días ya había crecido lo suficiente. Cuando mi clon estuvo listo, la adiestré en el uso de las redes sociales. Ella se encargaría de la realidad cibernética, y yo haría cosas que se supone que se deben hacer en el mundo real-real.

Mi plan era aprovechar el tiempo al máximo, estudiar, pasear, limpiar la casa, etcétera, pero a los cinco minutos de empezada la lectura, me di cuenta de que no me concentraba; mis periodos de atención duraban lo que dura un tuit. No podía leer más de tres líneas seguidas sin desear cambiar de estímulo, como si mis pensamientos fueran estados de facebook que necesitan actualizarse.

Decidí salir de casa, si no podía hacer algo útil, mejor aprovecharía mi tiempo de la única forma que conozco: desperdiciándolo. Entre fiestas, bares y desmanes, pasaron dos días que no me fueron tan gratos. Primero, porque la culpa de sentir perdido el tiempo no me dejaba y, segundo, porque no pude deslindarme del ciber mundo. Hablar con otros dejó de ser divertido desde que se puede chatear. Las conversaciones largas ya no son funcionales, por eso fui a lugares repletos de gente, donde podía cambiar de interlocutor como de seguidor en Tweeter. Me metí en sitios ruidosos en lo que una frase de más de 140 caracteres se pierde en el bullicio. La forma de vivir el momento es postearlo mientras ocurre. Un evento se recuerda solo si se suben las fotografías, y el éxito de la pachanga se mide en relación con los likes, los comentarios y las nuevas peticiones de amistad.

Cuando regresé a mi casa, lo primero que quería hacer era conectarme, vi a mi clon en línea y me llené de envidia. Mi yo real estaba cruda, cansada y decepcionada, mientras la otra se veía bastante tranquila. No se había movido de lugar, tenía la mirada perdida, y babeaba un poco, pero en general se encontraba en mejor estado que yo. No pasaron ni cinco minutos, cuando le quité la laptop, y la mande a ella al mundo real. Después de todo, mis días de realidad real solo me habían servido como tema para actualizar mi cuenta en Facebook. Al final me di cuenta de que mi verdadero problema no es con el tiempo sino con el espacio. Mi generación ya no cabe en el mundo, el único lugar que nos han dejado es el ciberespacio, y uno debe aprender a acomodarse completito en los 140 caracteres de un tuit. 🍷



07

ISSN 2007-0942



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social



OTOÑO-INVIerno 2012

46 47

EL ALMA PÚBLICA

AÑO 4 | NÚM. 07 | PRIMAVERA-VERANO 2011 | \$85.00

¿Qué tan de boleto se puede leer en el metro?

● RENÉ CHARGOY GUAJARDO

Ya no es tan sospechoso ir leyendo en el transporte suburbano, lo que hay que admirar es el poder de concentración de los lectores, también amables usuarios, a la vista metálica de vendedores ambulantes que con voz gangosa y de altos decibeles se afanan por colocar sus baratijas entre los señores pasajeros, en abierta discriminación a las señoras también pasajeras, y que tanto unos como otras en el marco transitorio de un festejo mercantil se ven obligados/das a remitirse mentalmente varios enunciados atrás para no perder el hilo de su novela, nota roja o deportiva o papeles de trabajo o fotocopias desordenadas y subrayadas de cabo a rabo para dar a entender así que todo es igual de importante en la vida, sea este un acto consciente o inconsciente.

Lector leído en sus transfiguraciones anímicas por otros, y a quien se le checa con toda confianza como un ser que no oculta sus preferencias textuales, pues es evidente que se atrevió a salir de manera hartamente interesante de su confortable habitación, clóset incluido, a fin de hacer sus lecturas a la vista de extraños.

Hay lectores en el metro y también por metro cuadrado. Se dejan ver en lo suyo, pero son minoría frente al ejército atomizado de individuos que mediante un par de audífonos conectados a un MP3 o iPod practican con perseverancia la autohipnosis. También son parte de una escuálida matrícula ante los hábiles tecleadores de mensajes vía teléfono celular, y son todavía menos al compararlos con los que se hacen de la vista gorda.



ΨS

En el metro se hace como que se lee para no mirar a los ojos de los demás, o bien sentirse escudriñado por cualquier hijo de vecina que no sabe cómo matar el tiempo de aquí a que llegue a su transbordo o estación final. ¿Qué le queda a uno de lo que con fruición pasajera leyó de Pantitlán a la Merced? Para quienes focalizan su mirada en glúteos y otras redondeces de diferente nivel, quizá sea esto lo que resalte, para otros que buscan en alguien aún no identificado la sonrisa que mamá les ha negado hasta ahora, está la posibilidad de imaginar una historia que poco o nada tiene que ver con lo que se ha deletreado del texto que se lleva consigo.

Las lecturas en el metro que devora a sus hijos y que irremediamente los expulsa estaciones más adelante son un ejercicio de optimismo monsvaisiano para confirmar cómo la vida se resbala con gracia y candidez. Es la oportunidad para un suspiro vano en medio de tanta carambola citadina. Es una lectura sin presión, que evita cualquier examen de comprensión en un contexto de comprensión, por

¿Qué tan de boleto se puede leer en el metro?

más cacofónicamente horrendo que suene, si es que algo se oye.

De las mochilas, portafolios y bolsos salen más libros, que son un solo libro por vagón, el de la vida viajera.

¿Heidegger en Barranca del Muerto? Es una posibilidad de desocultamiento, aunque exigua frente a los titulares de decapitados y otras obscuridades domésticas. Sin necesidad de encuestas, que todo lo encuentran hasta lo que es una simple bocanada de sentidos, es numéricamente más observable la autoayuda encapsulada en un texto en forma de libro que se propone tranquilizar al pasajero de que la suya es una existencia efímera, pero que salvo este pequeño detalle puede ser exitosa si se piensa en positivo, se deja uno guiar para retener las fórmulas del secreto en voz de todos, y se inhala y exhala al mismo tiempo que se eleva su autoestima por decreto, aprovechando que fue arrojado sin su consentimiento a este valle de lágrimas que desembocan en depresión.

En cualquier línea, sea anaranjada, azul, verde o amarilla, más las que utilicen esta semana, se puede ser lector silencioso que capotea lagunas mentales, pies danzantes, gargantas en vendimia y sordos cantos que riñen con la afinación, semitonos involuntarios pero oportunamente justificados por las necesidades económicas que obstruyen vocaciones artísticas.


El lector del metro reverencia en su expectativa caminos cortos, y por obra y gracia de su renegado principio de realidad también asume largos trayectos horas/hombre que igualmente o en términos de equidad lo son horas/mujer, mascota o quimera. Lee como si portara un aislante casco urbano para no verse interrumpido por las emociones que convidan a la distracción.

Se trata de un lector que gesticula conforme lee un párrafo y el que sigue, cabe que haga una lectura en voz apenas audible o se obstine en presumir la portada de su libro de cuatrocientas

páginas, que quizá concluya cuando se inaugure la próxima línea del tren suburbano. Estas lecturas de gran grosor son para desconcertar al que está junto a él o a ella y que se rehúsa a aceptar que habita un cuerpo narcotizado por la banalidad, aun en horas de mayor aglomeración.

Leer en el metro ya no provoca ni a las editoriales. Este es un acto en el que se abandonan los pasajeros a su fe lectora y a su certeza siempre cuestionada de que más tarde que temprano llegarán mejor informados adonde lo esperan otros egos que le resultan familiares, si es que antes no los vence el sueño al fijar la mirada en el segundo o tercer párrafo que ya les es impenetrable. Valiéndonos de una redirigida imagen poética, es como si las ideas empezaran a roncar y la intelectualidad fuera un eficaz somnífero.

Para leer de boleto en el metro se requiere cualquier texto parlanchín, desistirse de cronometrar las palabras leídas por minuto, levantar de vez en cuando la vista para ventilar la mirada y poner cara de goce por la lectura, cuantimás si esta no contiene monitos o, lo que representa un mayor riesgo, al no encontrar explicación de cómo desaparece sin previo aviso el brillo de nuestros ojos, si lo que se lee es un libro de espíritu maligno y que solo inspira locuras pasajeras, gracias en mucho al verbo portátil que mancha las pupilas mientras uno se traslada metros y metros por debajo de la superficie. Y eso que ocurre se nos deja venir sin anestesia que nos ayude a editar la realidad de sabernos heroicos señores pasajeros, y desde luego que también heroicas señoras pasajeras, cada cual en su género.

De pronto algo detiene el acompasado cabeceo de lector en proceso de desocialización. Es la prédica ambulante con rasgos artificialmente guturales: "¡Llévese a la venta este libro económico con las mejores frases célebres, por solo diez pesitos! ¡Contiene frases como: el mundo está lleno de libros preciosos, que naiden leeeeee!". 

Anatomía de una muñeca

● NISA QUETZALLI CASTRO SORIANO


Uno va creciendo y caminando por la vida como si esta fuera una matrioska, una de aquellas muñecas rusas cuya originalidad radica en que están huecas y en su interior albergan otra muñeca y así sucesivamente.

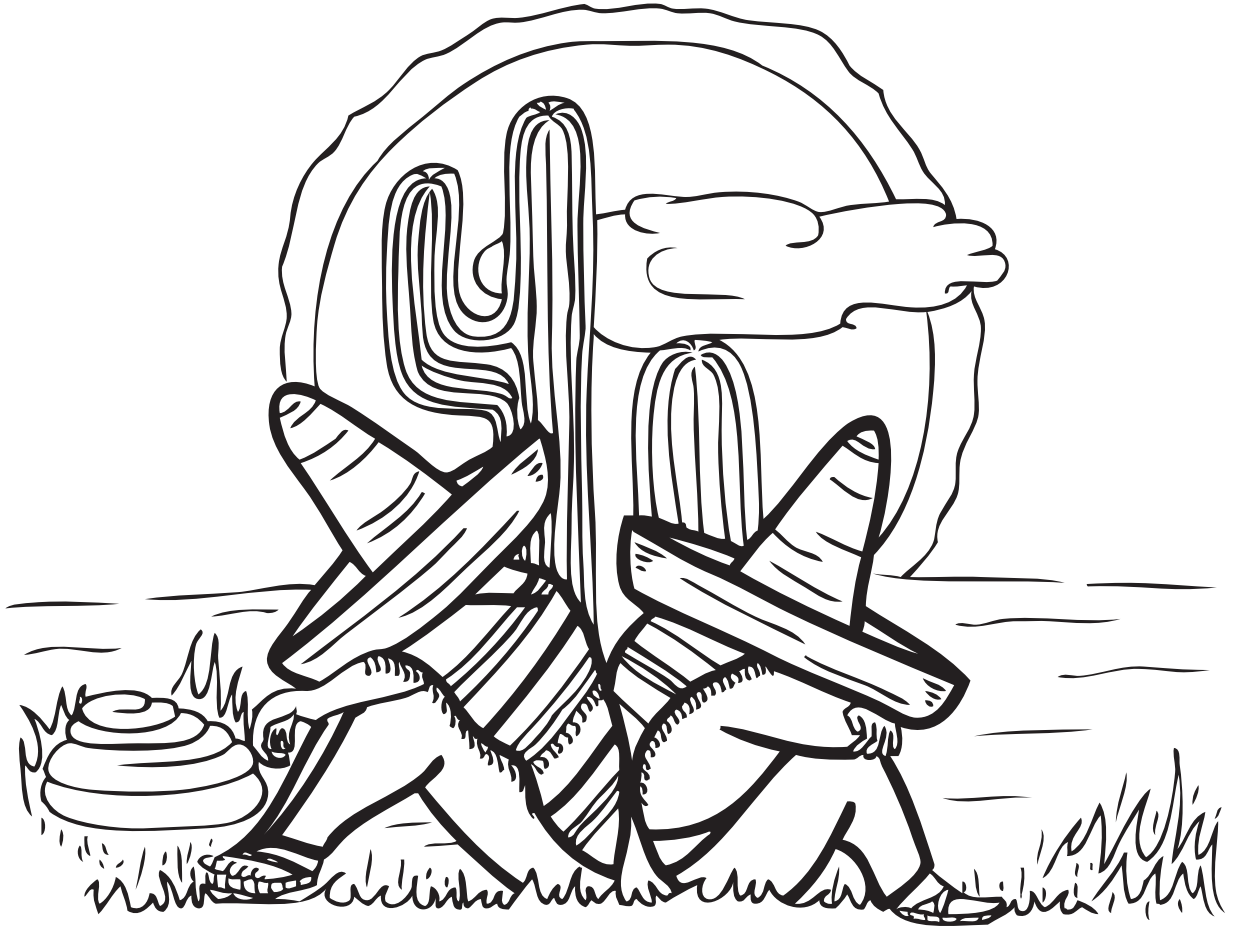
En esta modalidad en que se presenta todo lo interesante y digno de descubrir a lo largo de nuestro camino, lo primero que vemos es una sola cosa enorme llamada *todo* y aquí las cosas son muy bonitas, no hay rugosidades, es de color uniforme y agradable, sin nombre pero sabemos que es un color. La inquietud no existe, incluso desentonaría con la tranquilidad y armonía del espacio.

Normalmente, a cierta edad y con mucha alegría, dejamos este escenario que si bien no nos incomodaba ahora ya no es suficiente. Y así abrimos la primera muñeca. Encontramos dentro de ella una más pequeña, no tan brillante ni acogedora, pero sigue siendo aceptable. En este nuevo espacio, las cosas comienzan a levantarse del suelo y a salirse de sus siluetas. Uno empieza a preguntarse el porqué de todo, y lo primero que pasa es que uno se asusta en cuanto se formula una pregunta, las personas comienzan a verlo a uno como bicho raro, como si fuera de otro planeta o como si estuviera rompiendo el código ético de la paz en el mundo. Y aquí hay dos opciones: o guardar preguntas o abrir la siguiente muñeca. Por el bien del universo, hay unos cientos de personas que escogen abrir la siguiente muñeca. Esta es aún más pequeña, algo regordeta y tiene el ojo derecho un poco más grande que el izquierdo.

Aquí hay una transición: se trata de pasar al otro lado y solo hay una cuerda, todos inten-

tan caminar sobre ella con diez libros en cada mano. Aquí se pierde la mayoría de la tripulación, a algunos les da miedo la altura y mejor se regresan, otros se encuentran mariposas o flores en el camino y se quedan mirándolas. Los que logran llegar al final caen directamente a la siguiente muñeca, en la cual no hay un orden ni instrucciones que seguir; es aún más pequeña. Esto lo obliga a uno a caminar agachado. Las cosas, personas y pensamientos empiezan a flotar, se pueden comer y pintar de colores. Y vemos aquello que era invisible pues toda la luz está ocupada por los pensamientos que se han multiplicado por mil. Cuando te cansas de caminar agachado y empiezas a gatear... caes en la última muñeca. En esta solo te encuentras tú, con las rodillas pegadas a la barbilla, lleno de más preguntas que te llevan a otra. Huele feo y está estrecho, y te arrepientes de aquel día en que comenzaste a preguntar por qué las cosas son como son. Lloras y detienes el tiempo, para pensar las cosas, desmenuzarlas, romperlas y volverlas a armar. Te quedas aquí diez años y entonces entiendes la verdad que siempre habías buscado: que es mejor dejar en el corazón de la cabeza aquello que quieres saber pero que nadie sabe, y al saberlo, que nadie más que tú y los que tienen tu misma mirada lo sepan, porque si acaso aquello que sabes fueran palabras, y cobraran forma, el mundo se volvería un oscuro y frío inmueble.

Al final, solo te queda levantarte como puedes, y poco a poco volver a meter las muñecas en el orden en que estaban para regresar a la armonía de cuando naciste. Para entonces, solo tú te darás cuenta de que dejaste de ser el mismo. 



¿Cómo ensayo?

● NALIVETT HURTADO GARCÍA

Escribir un ensayo implica ordenar ideas para analizar, interpretar o evaluar un tema. Parece sencilla su elaboración, mucho más cuando la elección del tema es libre y no hay que seguir patrones que aprueben la corrección de lo que se escribe. Puesto que así lo pienso, me visualizo escribiendo un ensayo sin la mayor complicación. Pero parece que lo complicado es la elaboración, ya que al haber imaginado que me sería muy fácil, pretendo que la mejor idea se me presente de forma clara y definida, mas en su lugar aparece todo el río de ideas de mi conciencia.

Ahora bien, decido que lo ideal es tomar cualquiera de esas ideas, pues todas parecen moverse al unísono, y no habría por qué equivocarse. Tomo la primera, pero de inmediato siento que no es la correcta. Está bien. Palmo la segunda, y nuevamente no siento que sea la adecuada. De pronto me encuentro en un profundo mar donde persigo un tesoro, y todo indica que para descubrirlo debo llegar al fondo. Me aventuro en su búsqueda, y la visión que tenía se difumina cada vez más, se me dificulta encontrarlo en ese oscuro y amplio espacio, no obstante me resulta más atractivo.

Pero sigo pasando, y el tiempo me restringe, así que debo darme prisa. Esta vez tomo la indicada, y la traigo a flote, ahora aparece y puedo verla, puedo definir sus bordes, llegó el momento de transformar esa idea en lenguaje. Esta inversión se inicia. Y mientras sucede, dejo que mis emociones se esparzan en ella, voy avanzando pero es inevitable regresar para pulir las palabras.

Mientras escribo, tomo una dirección que me lleva a retomar recursos e instrumentos que

ya tenía pero con los que no había obtenido una composición similar, lo cual resulta muy innovador para mi pensamiento, así que considero que lo estoy haciendo bien.

Poco después busco la manera de que mi escritorio sea agradable y le doy vueltas para encontrar la mejor manera de que cada idea embone con las otras, de manera que obtenga el equilibrio y orden deseados.

Quando por fin considero que he terminado, porque además el espacio que tengo se terminó, decido revisar y descarto las ideas cuyo ritmo no es el esperado. Entonces llega el momento de determinar si realmente lo que escribí me complace. Me preparo y pienso que de cualquier forma si no me agrada debo de escribir algo más. Leo las líneas que formaron mis palabras y ahora comienzo a separar mis ideas, me veo mientras escribía, pero por alguna razón no puedo imaginar que alguien más lo lea. Siento un poco de temor a lo que pueda pensar e intento regresar para escribir algo más; pienso si realmente el estilo es el mismo que hubiera deseado o si realmente puedo pensar que tiene un estilo. Rectifico y le doy forma.

Muy bien, creo que terminé de revisarlo y realmente me gusta y me satisface lo que escribí, y no puedo asimilar que para obtener este resultado haya tenido que abordar algo que parecía estar en lo profundo para convertirlo en algo tan claro para mí.

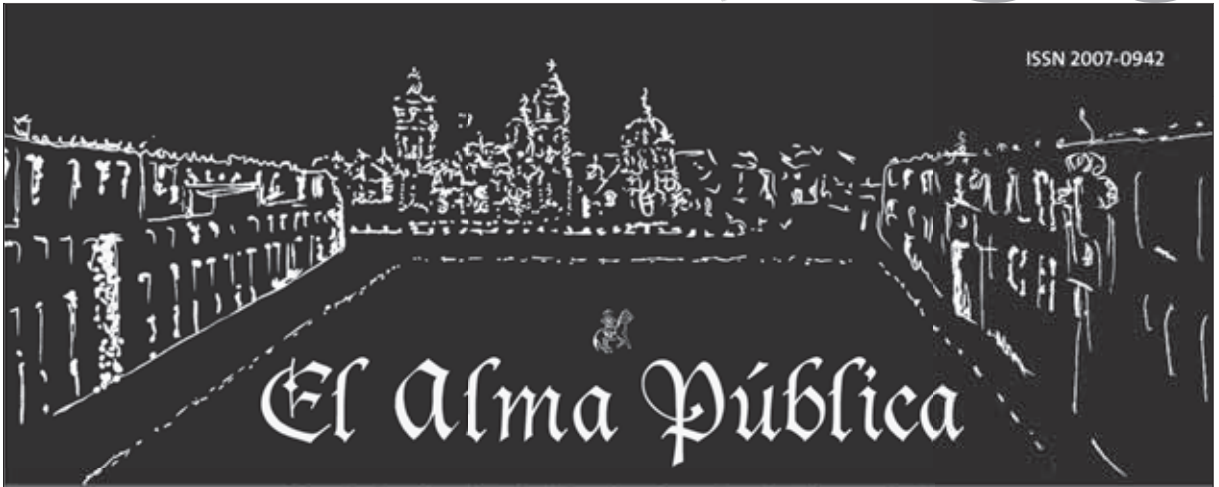
Concluyo que escribir un ensayo no es más que el ordenamiento de ideas para analizar, interpretar y evaluar un tema, pero la elección del tema puede abordarse de diferentes maneras y complicarme la tarea. 🏰





06

ISSN 2007-0942



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social



AÑO 3 | NÚM. 06 | OTOÑO-INVIerno 2010 | \$85.00

OTOÑO-INVIerno 2012

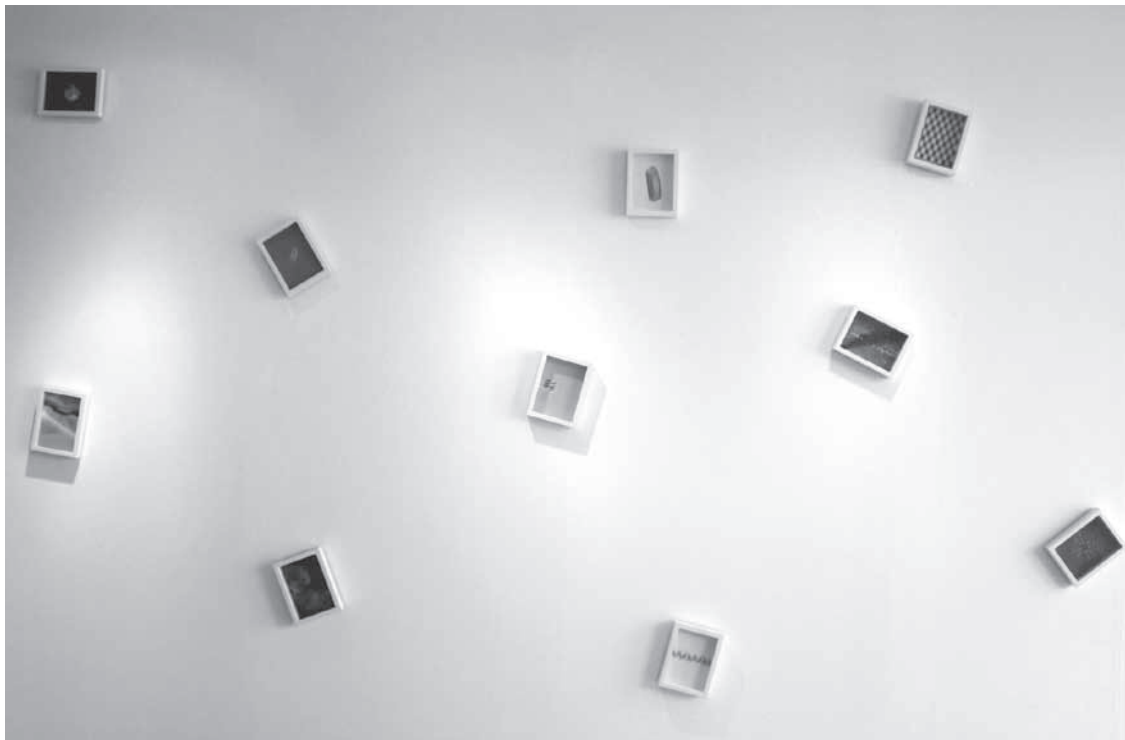
52 53

EL ALMA PÚBLICA



De memorias y retratos

● BEATRIZ HERMOSILLO MARTÍNEZ NEGRETE



SH

Quando uno viaja, piensa en disfrutar la gastronomía del sitio visitado, su clima, su gente, sus tradiciones, las atracciones que alberga y el ocio en un lugar desconocido. El viajero experimenta diversas sensaciones que estimulan el cuerpo y el pensamiento. Conoce una nueva mezcla de sentimientos que se guardarán en algún lugar de su memoria y que más tarde recordará con gusto y nostalgia: “Cuando estuve en Barcelona me sentí mejor que nunca, conocí personas extraordinarias de la manera más mundana, comí los mejores pinchos... quiero volver, pertenezco al barrio gótico”.

El turista goza de tener tiempo libre y estar en un sitio lejos de casa, ahí puede darse el gus-

to de mirar los detalles de la vestimenta y los gestos de personas desconocidas, puede decidir entre montón de actividades posibles la que más se adecue a sus intereses, e incluso puede desistir de todo tipo de atracciones e invertir su tiempo caminando por las calles de la ciudad ajena sin mayor motivación que la de mirar. Cualquiera que sea el caso, el turista disfrutará las pequeñas y grandezas que se presentan siempre ante alguien receptivo. Fotografiará cuanto cosa aparezca: monumentos, fachadas, animales, paisajes, comida, personas; sonrisas que expresan lo bien que la pasa en ese lugar. Las fotografías le permitirán, más tarde, recordar y involucrarse de nuevo en esas sensaciones provocadas por lo que en ese momento se encontraba a su alrededor,

aunque aquello que desencadenó la emoción no se muestre necesariamente en el cuadro de la fotografía. Viajará en el tiempo y el espacio, la foto funciona como una ventana que regresa al turista a su condición. John Berger escribió una vez que las fotografías son un medio de transporte y la expresión de una ausencia, y este es el caso. Además, le permitirán al turista hablar de sus experiencias a cuanta persona quiera: a los amigos, los familiares y a los contactos de sus redes sociales. Podrá inclusive, sin palabras, decir que visitó la Sagrada Familia y que entró en ella, que es seguidor de Joan Miró, que tomó el sol en la Barceloneta, y las imágenes lo ayudarán a explicar la atmósfera que se respiraba en esa playa a cierta hora. Una manera distinta de contar lo vivido, y que cada quien lo interprete como quiera, las pruebas ahí están.

Las fotografías son una ratificación. Confirman al turista que no fue una fantasía, que lo que vivió es cierto, tan cierto que se puede ver en un pedazo de papel que permanece en el tiempo. Tal vez por eso, y con ayuda de la tecnología de la fotografía digital, los turistas miran y revisan tanto su pantalla que muestra la imagen recién capturada: para verificar si en verdad los píxeles están haciendo justicia, si están mostrando lo que se espera que salga, la combinación de luz perfecta, el agua que el viento mueve tan sutilmente. O quizás —realidad más triste—, están viendo lo que más tarde enseñarán como sus pruebas de viaje, como manifiesto de lo bien que saben tomar fotografías, y lo bien que la pasaron. Si este es el caso —si las fotografías pasan de ser un relato personal a uno explicativo, a pruebas y no expresiones—, entonces se puede afirmar que el objeto de la fotografía se ha desviado bastante. Ya no significa retratar lo que emociona al idiota sorprendido, sino lo que puede ser considerado como atractivo para otros, ausentes. Cabe preguntarse para qué se toman fotografías de un viaje. Lo gacho no es que se tomen fotos para enseñarlas más tarde a los amigos, sino que, si uno las toma pensando en los demás, se empapa

de la mirada del otro y de lo que el otro podrá ver en ellas, así pues, el hecho de congelar un espacio del mundo no se basa en la fascinación ni en el asombro, ni en la intención de tener una imagen que lo regrese a uno a las sensaciones provocadas por el momento, sino en la presunción, de mostrar que se estuvo en tal lugar y encima, que sabe tomar fotografías muy buenas. Función actual del Photoshop casero.

Por esto y otras razones, como la sorpresa y la espera ansiosa, es absolutamente necesario que se vuelva a la fotografía análoga, uno no solo piensa más las imágenes que quiere conservar, sino que se deposita en tales momentos capturados, todo el afecto que invitó a que se fotografiara, debido a la economía de fotogramas se hace un solo clic y no diez de una imagen. Las fotos dejan de ser abstracciones para ser objetos tangibles: son rollos de película hipersensible que se deben cuidar para no perder lo que se quiere almacenar en el tiempo. Con la fotografía análoga siempre existe el miedo de haber hecho las cosas mal, de no haber calculado bien la entrada de luz o el enfoque, de encontrarse frente a algo que pide ser retratado y carecer de película. La cámara y el rollo cobran vida, parece que sus caprichos llenan de incertidumbre al fotógrafo. Y, cuando llega el momento de ver el revelado y la impresión, de tocar el resultado de la entrada de luz en un objeto fotosensible, tanto la satisfacción como la cólera pueden envolver al turista fotógrafo. Si uno tiene el placer de encontrarse con las imágenes inmortalizadas en papel, se puede sentir tranquilo y admirar, una y otra vez, lo que la cámara decidió retratar en conjunto con el dedo y los errores de quien la manejó. Pero en cambio, si lo que se encuentra es un negativo y una serie de imágenes que solo dejan ver atisbos de luz y susurros de siluetas, la decepción y la impotencia serán de las peores; sin embargo, ante la falta de nitidez y coherencia, uno se podrá hacer de esos papeles que a nadie le dicen nada —solo quién uso la cámara reconoce lo que pudo haber salido y no salió—, y quererlos, coleccionarlos, recordar e inventar, a la



vez, imágenes y emociones que no existen en el papel pero sí en la memoria, finalmente la foto cumple su cometido.

Las fotografías son el producto final de un proceso impulsado por la necesidad de recordar algo que ya no es o ya no será. Resultan de una mezcla de químicos y luces sobre el papel, proceso mágico por sí mismo, que recuerda en la espera de su aparición, la fascinación inicial por la gracia de la fotografía: un momento, un instante, puede ser guardado e impreso en un pedazo de papel estático que muestra tiempos lejanos y vivencias insólitas.

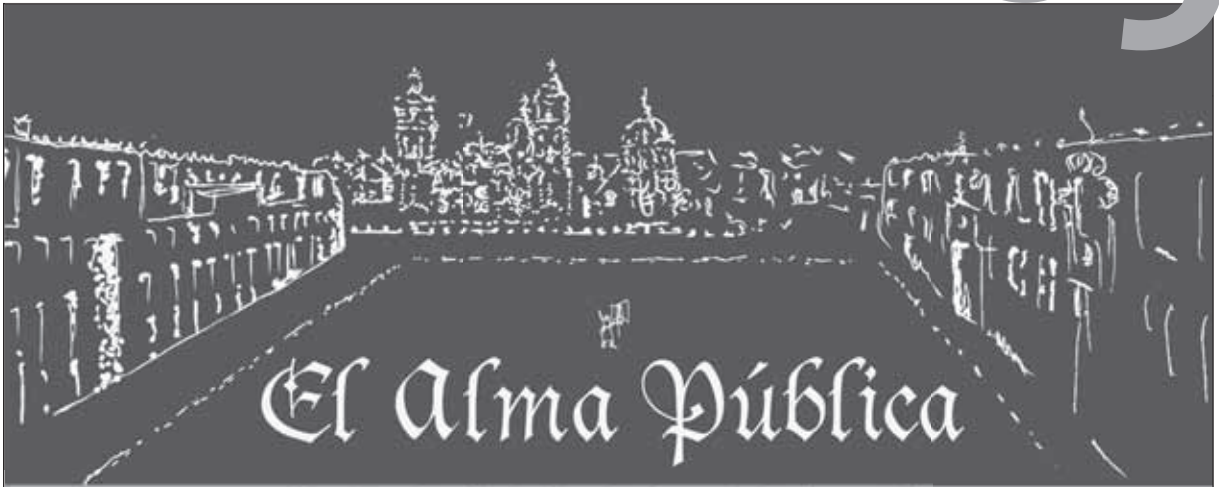
Cuando el proceso —digital o análogo— ha terminado, el “residuo” final es, como ya se sabe, las fotografías, y lo que se hace con ellas también depende del tipo de proceso que las produjo. Las digitales van a parar a un archivo en el disco duro de la computadora, que además de estar sujeto a problemas del ordenador y virus entrometidos, pierden con el tiempo su resolución: se van deteriorando hasta el punto en el que una serie visible de píxeles dan mala forma a los objetos. En tanto que las físicas, terminan en el cajón de las chucherías, en algún álbum, o llenando las paredes de las casas. Y los efectos del tiempo

sobre ellas no residen en un depauperamiento de su resolución, sino en el cambio de los colores a través de los años, la emergencia de un olor a viejo que los impregna y demás reflejos de los descuidos de quien las guarda. Estas fotos a menudo hacen de las suyas en apariciones inesperadas, están a la merced de ser redescubiertas cada que se acude al cajón en busca de algo más, cada que un visitante se entretiene mirando las fotografías familiares y señala alguna curiosidad, cada que quieren. Por otro lado, las digitales solo aparecen cuando se les busca en el archivo adecuado, no suponen ningún asalto al orden cotidiano.

Lo más increíble de la fotografía análoga es que, con el tiempo y al reconocer los errores de las decisiones en el papel, el fotógrafo puede imaginar donde residen, qué es lo que hizo mal y entonces, planear una estrategia que le asegure retratar todo aquello que lo llama. Comienza a pensar como la cámara: qué hace la cámara con cierto tipo de luz, cuáles son sus necesidades y sus limitantes, cómo se pueden potencializar sus defectos y de qué elementos se puede ayudar. A la vez, la manera de pensar las fotografías es otra. El fotógrafo análogo termina por entender que las fotos no se toman, sino que se hacen. 📷



05



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social

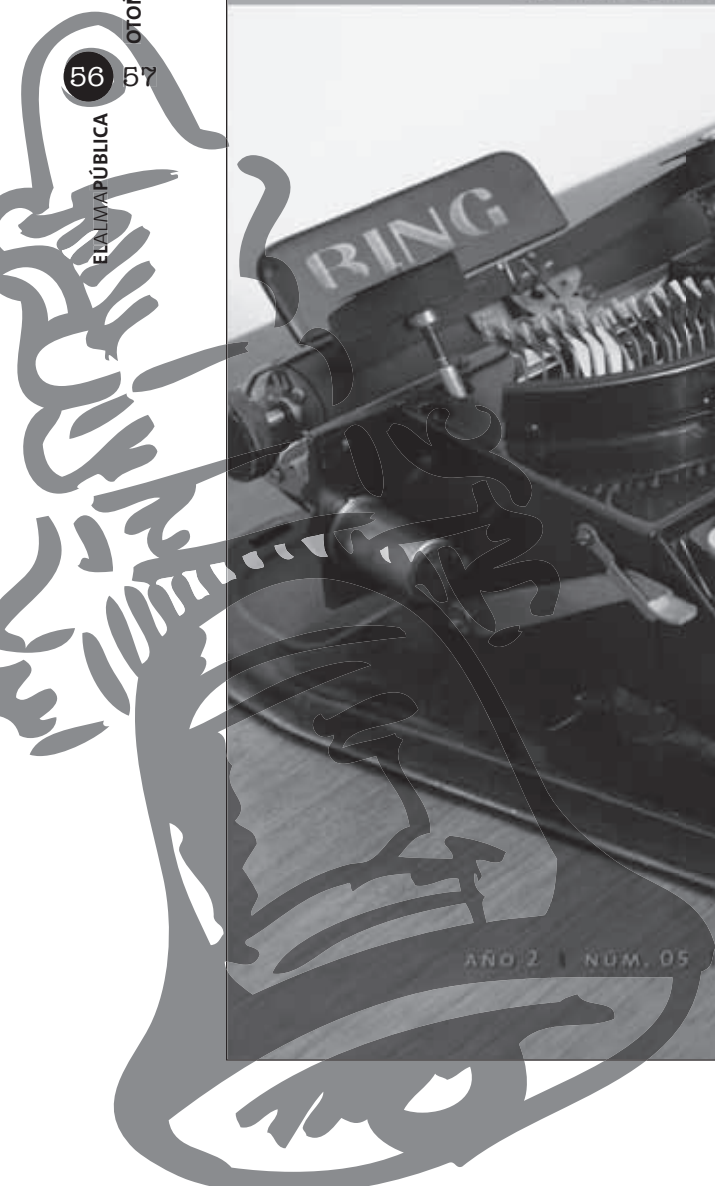


AÑO 2 | NÚM. 05 | PRIMAVERA-VERANO 2010 | \$50.00

OTOÑO-INVIerno 2012

56 57

EL ALMA PÚBLICA



Politizar profesional: las posibilidades de *Sorge* y la ética en el espacio público



MARÍA URQUIZA VILLANUEVA

INTRODUCCIÓN

Tanto en el país como en el mundo se ha reconocido la relevancia de la salud mental, no solo para el desarrollo del individuo, sino también de las sociedades y las naciones. La OMS, por ejemplo, nombró el 2001 el Año Internacional de la Salud Mental con la frase “la salud mental, abandonada por largo tiempo, es crucial para lograr el bienestar de los individuos, sociedades y países y debe ser vista desde una nueva perspectiva” (OMS, 2001). Sin embargo, señaló también que en la mayoría de los países, sobre todo en los de ingresos bajos y medios, los servicios de salud mental adolecen de una grave escasez de recursos humanos y económicos, pues se destinan en mayor medida a la atención y el tratamiento especializados de trastornos psiquiátricos, con lo que se auspicia la hegemonía de estos.¹

¹ De acuerdo con la OMS, del presupuesto total asignado en el periodo 2007-2012 al sector salud en México, solo 2 % se orientó a salud mental, de lo cual 80% se destinó a la operación de hospitales psiquiátricos (OMS, 2011, p. 4).

² Más de 50% de los pacientes es atendido en servicios hospitalarios, sin importar la gravedad de su estado el principal, por lo que el eje del tratamiento son los hospitales psiquiátricos, que en México tienen capacidad para atender a 47 usuarios por cada 100 000 habitantes (*ibid*, p. 7).

Tanto en el proceder profesional como en las acciones públicas se materializa una forma de comprender el mundo, una afectividad, un lenguaje y ciertos valores, es decir, un pensamiento.

Lo anterior trae consigo complicaciones típicas que se originan en la aproximación a problemas multidimensionales a partir de una única perspectiva. En el caso de la salud mental, la desautorización de la voz de otras disciplinas como la psicología clínica² redundan en condiciones desfavorables para su procuración: costos elevados; concentración de los profesionales en los servicios hospitalarios; atención enfocada en el tercer nivel —rehabilitación o restauración— y no en la prevención y la atención primaria, entre otros (ibid). Motivo por el cual se hace relevante la inserción de otros discursos que contribuyan a nutrir el campo de la salud mental.

La psicología clínica es una disciplina que sin duda ha comenzado a reivindicar su lugar en la materia, aunque aún no lo ha conseguido del todo. Todavía son necesarias iniciativas que se traduzcan en acciones contundentes, encaminadas a entablar un verdadero diálogo interdisciplinario con otras perspectivas enfocadas en lo psíquico. Sin embargo, este intercambio y cualquier modificación que se pretenda en el estado del campo dependen, en parte, de las condiciones que se marquen para los servicios psicoterapéuticos, no solo desde el seno de la comunidad de psicólogos, sino desde otros espacios sociales, en especial el espacio público.

Por otro lado, las circunstancias actuales del espacio de la salud mental han sido consideradas un asunto de interés público, al grado de que ha sido reconocida como un derecho en la Ley General de Salud, por lo que el Estado está obligado a promoverla. Sin embargo, la manera de procurarla no se deriva de una normatividad, sino que implica deci-

siones tomadas por quienes ejercen la profesión y por agentes de poder, a partir de un sistema de valores que las justifican. En otras palabras, los caminos que tome la promoción de la salud mental y las condiciones que estos generen obedecerán a cierto pensamiento y a un modo de ejercicio del poder.

Tanto en el proceder profesional como en las acciones públicas se materializa una forma de comprender el mundo, una afectividad, un lenguaje y ciertos valores, es decir, un pensamiento. A lo que apuntamos en este ensayo es a debatir con el espíritu que ha caracterizado a nuestra época, a detenernos en los elementos que contribuyen a mantener el statu quo del campo, y a preguntarnos cómo, a partir de una comprensión distinta, podríamos modificarlo.

Que la psicología tuviera presencia en la esfera de lo público querría decir que cuenta con la potencia necesaria para insertar su perspectiva en los planes de acción que servirán para garantizar ciertos derechos. Sin embargo, para lograr esto es necesario el interés y el compromiso de los propios psicólogos, pues son ellos quienes viven en este saber teórico-técnico, y se encuentran en posibilidad de impulsar su desarrollo a favor del tratamiento integral de problemas de interés social.

Generar este interés es un tema apremiante, dado el grado de fractura social que vemos en nuestro país, y las propuestas que se perfilan como soluciones a problemas tan importantes como la trata de personas y la protección a víctimas del delito.

Sin embargo, el proceder profesional de los psicólogos muestra un conjunto de prioridades distantes a estas cuestiones. Esto, aunado a la dificultad de

las profesiones para aportar soluciones pertinentes a los problemas humanos que se les plantean, y el déficit cada vez más evidente que presentan frente a lo que el contexto histórico y la sociedad requieren de ellas, nos obliga a preguntarnos por su sentido, para después reflexionar acerca las posibilidades del vínculo de las profesiones con el espacio público, en particular en el caso de la psicología clínica.

I. PENSAMIENTO Y UTILITARISMO PROFESIONAL

Esta es la época de los servicios [...] Faltaba un servicio más a la comodidad moderna: una manera decente y fácil de salir de escena; una escalera excusada a la libertad o, como dije antes, una puerta secreta a la muerte.

Stevenson, R. L. *El club de los suicidas*. 1882

Es fácil ver que en la actualidad tanto las pretensiones educativas como las laborales tienden hacia la profesionalización universal: cada vez es más difícil imaginar prosperidad y una nación moderna sin relacionarlas con el quehacer profesional. Sin embargo, esta masificación profesional no está arrojando los resultados esperados de ella y, como nos dice Schön (1998, p. 19), las profesiones parecen estar padeciendo las consecuencias de una sobrecarga por la creciente demanda de sus servicios, que se ha aparejado con el abuso y el uso acrítico de su teoría y su técnica.

Si bien se supone a los profesionales poseedores de un saber que los capacita en la toma de decisiones relevantes para los individuos y las comunidades, los resultados de distintos eventos dirigidos profesionalmente han mostrado que o no cuentan con las herramientas suficientes o no tienen verdadero interés en encontrar soluciones pertinentes a los problemas. Lo que es más, sabemos de no

pocos casos en que la guía de los profesionales ha terminado por producir problemas mayores a los que apuntaba a resolver, o consecuencias nocivas no previstas.³

Pero ¿debemos atribuir esta crisis a la complejidad de un contexto que rebasó a las profesiones? ¿O podemos pensar que estas nacieron ya con una contradicción de origen, que solo se está mostrando? De hecho, es probable que estemos mencionando dos dimensiones del mismo fenómeno, que sin embargo tienen al menos un punto en común, al que tomaremos como el primer eje de nuestro análisis: el uso del conocimiento.

El devenir de las profesiones se puede analizar desde dos perspectivas ligadas: su sentido y su relación con nuestro modelo económico, que favorecen ciertas dinámicas sociales. De acuerdo con esta última, las profesiones actuales son resultado de la organización racionalmente capitalista del trabajo (Weber, 1998, p. 57). Desde este punto de vista, la

³ Existen multitud de situaciones en las que proyectos dirigidos por profesionales ponen en duda su ética y eficacia. Podemos citar en el campo de la explotación de recursos naturales para la producción industrial, por ejemplo, el derrame de millones de barriles de petróleo que se produjo por la explosión de una plataforma petrolífera en el golfo de México el 20 de abril del 2010, que ocasionó la muerte de once personas y un daño inconmensurable a la naturaleza (Milenio, 2011). En otro campo, el de la salud mental, también sobran muestras de esto, una de ellas puede ser la demanda que interpuso el psicólogo Robert D. Hare, creador de la escala *Psychopathy Checklist Revised*, contra los autores de un ensayo publicado por la APA (Skeem, J. L.; Cooke, D. J. (06/2010) *Psychological Assessment*, 22(2), pp. 433-445), en el que se cuestionaba la reducción de un concepto complejo como la psicopatía a categorías enlistadas (Carey, 2010). El asunto levantó dudas acerca de los motivos del demandante, puesto que es difícil explicar esta censura a la crítica académica por otra vía que no sea la del ego o la conveniencia económica. El interés regente en este caso no parece ser la aportación al conocimiento sino el mantenimiento del propio estatus.

profesión es un tipo de trabajo especializado que requiere un largo periodo de educación y que, al remunerarse mejor, permite mayor capacidad para concentrar la atención, promueve la iniciativa y un sentido de responsabilidad por el trabajo: la dedicación al trabajo como si fuera un fin en sí mismo.

Si bien el pensamiento profesional no puede definirse solo en términos de dependencia de la forma capitalista de una economía, la historia sí ha demostrado su congruencia y apoyo en ella. Es también ese mismo sistema capitalista el que califica la idoneidad de las profesiones de acuerdo con el rédito obtenido (*ibid.*, p. 49). Es decir, que el compromiso del profesional con su actividad se haría observable gracias a —y se retroalimenta con— la ganancia obtenida. Y esta a su vez, liberaría la mente del profesional de las preocupaciones económicas, para dedicarse al desarrollo de su trabajo.

Esta supuesta interacción, sin embargo, no determina por sí sola el sentido de las profesiones. No obstante, el hecho de que las cosas no sucedan así y que las expectativas respecto de las profesiones, hoy por hoy, no se cumplen,⁴ sí nos arroja elementos de análisis respecto de una crisis en su ejercicio: ni podemos afirmar que en efecto la ganancia obtenida refleja el compromiso, el talento o el empeño; ni que la profesionalización promueve el compromiso profesional.

En este escenario se juega además otro elemento: la formación de los profesionales a partir de un principio, solidario con el capitalismo, que ha marcado su sentido y también una ética: el principio de razón.

En *Las pupilas de la universidad*, Derrida se pregunta por la razón de ser de la universidad, retomando lo reflexionado por autores como Leibniz,

⁴ La OCDE en su Panorama de la Educación 2012 en México, encontró que la población joven con índice más alto de desempleo son los graduados de la universidad, aún mayor que la población que no alcanzó secundaria (OCDE, 2012).

Kant y Heidegger, en sus textos *¿Qué es metafísica?*, *El principio de razón*, y *el Discurso del rectorado*, y encuentra a la razón como fundamento de la universidad. Según Derrida, una hermenéutica de la razón debería seguir el recorrido semántico que va de la ratio, que indica que todo tiene una razón o causa —de la razón como principio— a la razón como facultad, o “racionalidad”, como aptitud e inclinación hacia la búsqueda de los principios. A partir de este paso, Derrida señala a la razón como motivo, como fundamento, de la universidad: la razón como facultad del sujeto cognoscente es el principio de la universidad.

En su origen, las universidades se preocupaban por diferentes tipos de saber y la formación de individuos integrales, se trataba pues de comunidades orientadas, como dijo Boccacio, a “refinar el espíritu” (Balderas; Plascencia, 2006, p. 135). Sin embargo, en el siglo XX esta perspectiva se vio modificada con la institucionalización de la epistemología positivista en las universidades modernas.

El positivismo surgió como consecuencia del desarrollo de la ciencia, la tecnología y el movimiento industrial, que pretendía aplicar los logros científicos y tecnológicos para el bienestar de la humanidad. Desde el punto de vista del Círculo de Viena, que impulsó este movimiento, la ciencia empírica era la única forma de conocimiento válida, así que se dedicó a buscar una definición absoluta de lo que este admitía, y terminó por imponerla y descartar otros saberes que se salían de sus parámetros, pues apuntaban a depurar la mente humana de toda forma de misticismo, superstición y cualquier pseudoconocimiento, para, en cambio, extender sus métodos incluso a la política y la moral. Es decir que, al tratar de combatir el dogmatismo en el pensamiento social, instituyeron su propio dogma: el pensamiento científicista.

Para el pensamiento positivista, solo lo objetivo podía ser verdadero y, así, útil para el progreso. La



realidad que conocía este conocimiento era pues, una abstracta, bien comportada, ajena al sujeto y a la construcción social, que es necesario dominar en beneficio del hombre. En esta lógica el hombre no se sume en el mundo, sino que se vale de él para procurarse ciertas condiciones de vida, e incluso se toma a sí mismo como un objeto de estudio más, manipulable como el resto de su entorno.

Los logros de la medicina y la ingeniería a partir de la Segunda Guerra Mundial perfilaron a estas disciplinas como prototipos de las profesiones, e incluso las ciencias aplicadas, como las sociales, intentaron emular ese tipo de práctica técnica basada en la ciencia empírica. De tal manera que se consideró a las profesiones como una actividad instrumental que, con base en el conocimiento empírico, podría determinar los medios más adecuados para

la mejor elección y consecución de fines, incluso en problemas sociales.

Sin embargo, para muchas disciplinas, esto ha resultado en un “dilema de rigor o relevancia” (Schön, 1998, p. 49), es decir, que los problemas se simplifican tanto para manejarlos que pierden relevancia social, y los que son relevantes se componen de un entramado de factores muy diversos e intrincados, cuya solución deseable resulta permeada por perspectivas valorativas dependientes de un contexto y un momento histórico que se le escapan al positivismo puesto que ni siquiera es posible fijar un fin claro.

Esos casos, junto con las dificultades metodológicas con que se encontró el positivismo lógico, hicieron evidente que las decisiones tomadas por los profesionales, además de apoyarse en un corpus teórico-técnico, son la manifestación de una

Las universidades han también padecido lo propio: la asimilación de la cultura occidental con el desarrollo de la ciencia se vio en mucho favorecida por la explosión de una “industria del conocimiento”

construcción cultural cargada de valores, por lo que el camino “correcto” no podría determinarse por una verdad exterior, y la ética de los profesionales no puede evaluarse solo de acuerdo con ella.

Por otro lado, el pensamiento positivista se solidarizó con el “espíritu del capitalismo” (Weber, 1998, p. 41), puesto que sobre la base de ese conocimiento científico se suscita el desarrollo tecnológico necesario para la producción de mercancías. De hecho, se encuentran tan imbricados que el autor señala al espíritu del “trabajo profesional” como fuente de la energía expansiva del capitalismo (*ibid*, nota 21).

La promesa del progreso en este marco trajo consigo una cierta comprensión de lo que significaba el bienestar, que asimiló al pensamiento objetivante y mercantilista favorecido por el desarrollo industrial en el marco del capitalismo. El comercio y el consumo implantaron pues sus propios valores en distintas áreas de la vida humana, y la ética se comenzó a comprender dentro de esta lógica como ajuste conductual a un camino normativo marcado por una verdad exterior, que permitiría al sujeto funcionar de manera correcta.

Las universidades han también padecido lo propio: la asimilación de la cultura occidental con el desarrollo de la ciencia se vio en mucho favorecida por la explosión de una “industria del conocimiento” (Schön, 1998, p. 19), que se ha dedicado cada vez más a la producción en serie, y se ha concentrado en la cantidad y no en la calidad de egresados. De tal manera que tanto la formación de los profesionales como su ejercicio se han concebido

como mercancías, cuyo fin poco a poco ha dejado de ser la entrega a la disciplina.

De ahí que, como dice Robert Perucci, “entre los profesionales más jóvenes y los estudiantes, hay muchos que encuentran las profesiones sin un interés real en los valores que ellas, en apariencia, promueven: los abogados no tienen un interés real en la justicia o la compasión; ni los médicos en una justa distribución de la asistencia sanitaria de calidad; ni los científicos y los ingenieros en los beneficios y seguridad de sus tecnologías” (Perucci; en Schön, 1998, p. 23). Y lo mismo con los psicólogos y la promoción de la salud mental.

La ineficacia de la “posición tecnológica” y la fragilidad que mostró la perspectiva de la que se derivó han llevado a pensar que las soluciones a problemas públicos han de ser propuestas no mediante la técnica, sino entendiéndolos como dilemas cuya solución podría encontrarse solo por medio de la elección moral y política (*ibid*, p. 21).

II. DEL ESPACIO Y LA ÉTICA

Alan: Gods don't die.

Dr. Dysart: Oh yes, they do.

Equus; en Paz, 2003.

En efecto, en su lucha contra los dogmas, el positivismo ha instaurado los propios, y la producción tecnológica al servicio del consumo ha adquirido también cierta mística. Los dioses que adoran los hombres no se encuentran ya en el cielo, no les queda nada de divinos, pero igual rigen su vida.

Habitar la tierra como mortal quiere decir que el hombre es consciente de su finitud y, por tanto, del tiempo y del cambio, que lo llaman a la elusión de la muerte y la búsqueda de la trascendencia...

Sin embargo, frente a ellos y al pensamiento utilitarista, otras voces se han levantado para hacer notar sus límites y la necesidad de cultivar modos más integrales de pensar. De tal manera que a mediados del siglo xx comenzaron a surgir lo que llamaremos teorías críticas, que cuestionaron los modos de existencia resultantes de la razón obesa, como la llama Troncoso (1994, p. 45). Se trata de un clamor social que se pregunta por su propia construcción *epocal*, el cual retomamos en este trabajo para replantearnos el sentido de las profesiones como un modo en que el hombre actual se relaciona con su mundo, y hacer notar que, a pesar de su historia, estas pueden rebasar los valores del capitalismo voraz.

La índole de los vínculos que hasta ahora el hombre occidental ha establecido con su entorno no es la única posible, y para dar cuenta de esto hacemos caso del concepto heideggeriano *Sorge* (Heidegger, 1927, cap. IV), que indica que el hombre también es capaz de relacionarse con su entorno de una manera que procura propiciar las condiciones que lo otro —léase mundo, prójimo, comunidad y conocimiento, por ejemplo— requiere para desplegarse en todas sus potencias, en vez de someterlo para utilizarlo. Esta propuesta, lejos de ser un discurso de carácter normativo que define un *bien hacer*, apela al reconocimiento del propio momento histórico de manera que las respuestas dadas surjan del contexto e impliquen al sujeto en su tiempo-espacio. Finalmente, el sentido de la responsabilidad (un modo de entender la ética) es esta: la asunción de la propia respuesta ante aquello que nos confronta.

Sorge es pues un modo de vincularse que no domina, que no impone la propia naturaleza a la de lo otro. El conocimiento científico hizo lo contrario: confundió un modo de ser del hombre con el ser de las cosas, y asumió que lo que su razón le permitía conocer era la realidad, postura de la que se derivan las verdades universales que descartan las visiones que se les escapan.

Pero para comprender un poco mejor el complejo *Sorge*, y vincularlo con la ética profesional, debemos comenzar por el “habitar”. El hombre, nos dice el pensamiento heideggeriano, es habitar, es la experiencia cotidiana de morar la tierra como mortal. Habitar la tierra como mortal quiere decir que el hombre es consciente de su finitud y, por tanto, del tiempo y del cambio, que lo llaman a la elusión de la muerte y la búsqueda de la trascendencia, lo que logra vía la creación artística, social y cultural. Es decir, que habitar la tierra como mortal es ser histórico.⁵

Esta experiencia, conformada por *habitus* o actividades y prácticas cotidianas, es posible gracias a que el hombre refiere su vida respecto del espacio; o, en otras palabras, es a partir de plexos de referencias espaciales que se orientan las prácticas cotidianas, o creación humana, pues las referencias son construcciones simbólicas: lo simbólico, que se desprende de nuestro andar por el mundo, es el pensamien-

⁵ La naturaleza del ensayo no nos permite ahondar demasiado en las profundidades del pensamiento heideggeriano, sin embargo, tratamos de tocar los puntos primordiales de forma sintética.



to (no confundir con la razón o el conocimiento únicamente), que se materializa en lo que se realiza en la vida diaria. Las actividades que se vehiculizan gracias a esta construcción simbólica son de distintas índoles, sin embargo, podemos identificar los servicios, el trabajo diferenciado y distribuido, como un modo privilegiado de transitar de lo privado, lo propio, a lo comunitario: la distribución del trabajo es un elemento fundamental en la construcción del vínculo y la organización social.

Si, a manera de ejercicio, hacemos un símil entre conocimiento y espacio,⁶ entenderemos el quehacer profesional como la práctica cotidiana que consti-

⁶ Por los objetivos de esta reflexión, nos referimos en específico al conocimiento que resulta del tipo de trabajo académico y disciplinar.

tuye ciertas formas de ser y como generadora de vínculo social, en vez de como una simple mercancía; y a *Sorge*, como su cuidado, como un propiciar, de manera voluntaria, las condiciones óptimas para que la disciplina se despliegue en todas sus potencias, lo que significa llevarla a su libertad. Y ahí, la ética profesional, que entonces no se reduce a una cuestión de definir, para evitar, la *mala praxis* (sin quitarle importancia a estas cuestiones), sino a un activamente reflexionar y generar condiciones cada vez mejores de acuerdo con el contexto actual, para ese espacio-conocimiento que habitamos.

Sin embargo, hay que considerar que las condiciones de la práctica profesional, al ser un servicio, y en particular el quehacer relacionado con la salud mental, que es además un derecho, se organizan y establecen de acuerdo con una lógica y un discurso que se suscitan en un espacio específico: el espacio público.

De acuerdo con la experiencia que ofrece, podemos hacer una clasificación del espacio para entender mejor sus dinámicas (Fernández, 1991): tenemos el espacio privado, concerniente a la intimidad del individuo, a su inmediatez, el espacio en el que uno se examina, se preocupa, hace introspección y piensa en sí mismo; el espacio semiprivado, en el que la vida privada se enlaza con la vida en comunidad y que permite la convivencia que se mantiene en lo familiar; el espacio semipúblico, también de reunión, pero que rebasa la familiaridad y convoca a la comunidad; y el espacio público, donde se ordena de manera formal la vida de esa comunidad.

Cada uno obedece a su propia lógica y tiene su propio lenguaje, aunque sin desvincularse por completo de los otros. De ahí que para que las preocupaciones privadas, que pueden ser estudiadas y discutidas en espacios semipúblicos, se consideren asuntos relevantes para la sociedad y reciban apoyo del Estado deban trascender a un diálogo en el espacio público, en términos que comprenda la administración pública.

Por tanto, si, como hemos dicho, a partir del pensamiento y las actividades sociales se crea un mundo, y en el espacio público se organizan y establecen las condiciones en que se suscitan dichas actividades, y queremos llevar a este mundo a la libertad plena —lo que significaría un estilo de vida solidario con Sorge— requeriríamos el matrimonio entre cierto tipo de pensamiento social y el espacio público. Esto para Heidegger se debe a que los distintos modos de habitar se expresan de facto como actividades sociales organizadas en instituciones, que es el caso del servicio que se da bajo el modo del saber hacer en las profesiones.

III. APUNTES SOBRE LA FORMACIÓN Y ÉTICA PROFESIONAL

Antes dijimos que los problemas de interés social poco a poco se consideran menos como cuestiones que podrán ser resueltas a partir de la técnica, y más como asuntos concernientes a la ética, la moral y la política. Esto no quiere decir que la ciencia o la tecnología queden excluidas del proceso, sino que ellas no regirán sobre las decisiones que se tomen y los pasos que se sigan, pues estos dependen, en última instancia, de construcciones valorativas que definen un estado que se considera mejor que el *status quo* actual, no de una verdad universal.

De ahí que sea necesario preguntarnos por el pensamiento del que emergen estos valores, de acuerdo con los cuales llevamos a cabo nuestras prácticas cotidianas y, en particular, las realizadas por los profesionales. Si el ejercicio profesional, tal como se entiende ahora, ha agotado lo que tenía que ofrecer, entonces es necesario planteárnoslo de manera diferente, y construirlo de manera diferente.

La relevancia de atender las dificultades que aquejan a la sociedad mexicana no se finca solo en el sufrimiento individual, que sin duda es relevante y es materia de la psicología clínica, sino que se



54

arraiga en las repercusiones sociales de estas, lo cual también atañe a la misma disciplina. Muchos de los problemas que nos plantea nuestro contexto actual, urgentes de resolver en México, tales como la migración forzada o la trata de personas, quizá podrían beneficiarse de un involucramiento más contundente de los psicólogos, incluso a nivel preventivo.⁷

Sin embargo, no hay muchas muestras de una propensión generalizada a implicarse de manera

⁷ La ausencia de la perspectiva de la psicología clínica en este y otros problemas sociales puede dejar desatendidos algunos fenómenos involucrados en sus causas, como la desintegración y la dificultad de ajuste a nuevos roles familiares, en caso de la migración; o la violencia intrafamiliar, en el caso de la trata. (Ceidas.org, 2011), así como en los efectos de estos en los individuos, y su posibilidad de integrarse funcionalmente a la sociedad.



04



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social

OTOÑO-INVIerno 2012

66 67

EL ALMA PÚBLICA



AÑO 2 | NÚM. 04 | OTOÑO-INVIerno 2009 | \$50.00



Es evidente que no toda posibilidad de cambio reside solo en la educación superior; sin embargo, esta sí tiene una capacidad demostrada de influencia en el pensamiento social.



efectiva en este tipo de conflictos. Si bien esta tendencia no es la que promueve nuestro sistema económico-educativo, iniciativas desde una postura crítica pueden perfilarse como estrategias que favorezcan el advenimiento de una nueva manera de pensar, en la que las personas se reconozcan como agentes de la historia; y la universidad, que ha funcionado como creadora, reproductora y difusora del pensamiento, podría ser un eje en este cambio. Si en su seno la epistemología positivista extendió sus principios y

valores, lo consiguió través de una enseñanza congruente con ellos: la enseñanza instructiva que dota a los alumnos de un corpus teórico-técnico ajeno a las personas. Así que si apuntamos a algo diferente, el estilo educativo también debe cambiar.

Es evidente que no toda posibilidad de cambio reside solo en la educación superior;⁸ sin embargo, esta sí tiene una capacidad demostrada de influencia en el pensamiento social. Además, los jóvenes ingresan a esta etapa de su formación en un momento coyuntural de su vida, pues se encuentran en proceso de forjar criterios propios y en posibilidad de cuestionar todo lo que antes dieron por sentado, lo que puede ser muy benéfico para la promoción de una educación de corte reflexivo.

Un ejemplo de una propuesta tal lo encontramos en la Facultad de Psicología de la UNAM, en el contexto del cambio curricular llevado a cabo en el 2008. Se trata de dos proyectos, el primero de los cuales quedó excluido de la implementación del programa⁹: el Área de Fortalecimiento y Apoyo Curricular (H. Consejo Técnico, 2006) (AFAC) y el Área Contextual (AC).

⁸ Incluso este adjetivo puede revelar la autoridad conferida a quienes de ella egresan, y no solo eso, sino la superioridad con la que pretenden conducirse respecto de los otros.

⁹ Esta es una muestra de cómo son referentes valorativos y políticos los que definen los planes de acción que afectarán a comunidades enteras, pues no puede afirmarse que era objetivamente mejor dejar fuera un área con tan importante aporte humano, ético y formativo.

En primer lugar, el AFAC se perfilaba como una estrategia formativa capaz de referir el lenguaje especializado que se aprende en la carrera a la vida cotidiana, de manera que gracias a este el estudiante comprendiera mejor las distintas dimensiones de su propio mundo, a saber, la dimensión personal, interpersonal y disciplinar, para desarrollar habilidades extradisciplinares a partir de contenidos disciplinares, y así aprender a pensar en términos psicológicos, o en otras palabras, constituirse en un psicólogo.

El Área Contextual, por su lado, se ocupa en integrar lo aprendido en un panorama histórico, promoviendo el sentido de comunidad. De tal manera que, entre ambas áreas, integrarían los contenidos teórico-técnicos a una formación como persona-profesional (ser-psicólogo) perteneciente a una sociedad a la que se debe la posibilidad de las propias prácticas cotidianas.

La forma y el contenido de estas estrategias, además, son solidarios con el establecimiento de una disciplina reflexiva, esto es, con la formación del hábito de reflexionar acerca del contexto y nuestro accionar sobre él como creador de mundos posibles. En esta disciplina se encontraría entonces el germen de la ética profesional, de la vida en *Sorge* con nuestro espacio-tiempo-conocimiento; y puesto que esta no puede sostenerse solo en incentivos externos, sino que se funda en un pensamiento incorporado, encarnado, por las personas que lo materializan, desde esta perspectiva la formación sería eso: tomar la forma del conocimiento que habitamos.

IV. ÉTICA Y ESPACIO PÚBLICO

Relacionar conocimiento, ética profesional y espacio público tiene sentido si tenemos en cuenta que el hombre —y todas sus creaciones— es el espacio-tiempo de su existencia. Debido a que somos históricos, y a que la historia es creación de mundos, se hace necesario reflexionar acerca de los caminos que hemos tomado para llegar al mundo actual. Pero, aunque la trayectoria se ha definido a partir del pensamiento social, el tránsito se ha posibilitado gracias a poderes fácticos e instituciones.

De acuerdo con Habermas (2005), la integración de las sociedades, en particular a partir de la Modernidad y en un marco democrático, depende tanto de la fuerza vinculadora de las convicciones del ciudadano, de lo legítimo, como de la coerción fáctica ejercida por ciertos poderes, como instituciones, el mercado o el poder administrativo. Así, la coordinación de las interacciones sociales en las que no se manifieste positivamente la violencia se genera a partir de un diálogo entre el pensamiento social y lo fáctico, que se instituye en el espacio público, creando entre ambos un cierto tono epocal.

El espacio público es en el que el aparato del Estado define las vías y los medios por los cuales garantizará la seguridad y el bienestar de una nación, y aunque no parezca evidente, es también un espacio en el que los psicólogos clínicos podrían tener incidencia. Esto pueden hacerlo no solo analizando y promoviendo las condiciones óptimas para su práctica, por ejemplo, vía legislaciones, sino con el emprendimiento de acciones orientadas a colabo-

Relacionar conocimiento, ética profesional y espacio público tiene sentido si tenemos en cuenta que el hombre —y todas sus creaciones— es el espacio-tiempo de su existencia.



rar en la construcción de un espacio público que responda de manera eficiente a los problemas que le plantea su espacio-tiempo, que sería una forma de Sorge, puesto que además muchos de esos problemas tienen aspectos que caen en el campo de la psicología clínica. Es decir que el espacio público es el ámbito donde el conocimiento se historiza y se vuelve *habitar*.

La manera en que los profesionales, de la disciplina que nos ocupa o de cualquier otra, podrían lograr lo anterior sería participando a lo largo del proceso de políticas públicas. Estas, dice la OCDE (2010), son el diseño de planes de acción pública que responden a las necesidades de una sociedad, y van desde la construcción o selección de problemas de una comunidad, hasta la evaluación de las acciones emprendidas. Es decir, son las vías por las que una comunidad atiende los problemas de interés social, como es la salud mental, y que, aunque en América Latina no se hace mucho, permiten el diálogo entre el Estado y el sector no gubernamental.

Sin embargo, los problemas que ameritarán la intervención del Estado —y el empleo de recur-

sos—, como hemos dicho, no son cosa dada, sino que deben construirse. Es decir que estos dependen de los criterios adoptados para evaluar la realidad, por lo que la selección de un problema depende de un sistema de decisiones en el que entran en juego distintos intereses y valores. Y este es el primer punto donde los profesionales podrían intervenir, contribuyendo con otras disciplinas en la investigación y la explicación de motivos por los que una situación social debería ser considerada un problema público (Merino, 2010, p. 14).

Aquí, de nuevo se evidencia la relevancia de las referencias éticas y del reconocimiento del pensamiento al que se adhieren nuestras prácticas, pues si las decisiones se toman desde la óptica del espíritu del capitalismo, por mucho que no se incurra en conductas corruptas, los resultados seguirán dentro de una lógica utilitarista y privilegiarán los valores de mercado.

El planteamiento de la dirección que debería tomar un plan de acción, es decir, de una situación meta que resultará de la intervención del Estado y su justificación, sería el siguiente momento del



proceso, y también entra en la competencia de los profesionales. Del mismo modo, podrían participar en las etapas subsecuentes como la implementación, en la que cuadros de profesionales podrían actuar como entes de vigilancia de la efectiva congruencia entre procesos; en la evaluación, donde podrían desarrollar y proponer herramientas para llevarla a cabo, así como ser observadores de que esta se vincule en verdad con los objetivos de la política pública. También en la interpretación de resultados y el diseño de los ajustes necesarios, los profesionales organizados podrían funcionar como organismos gerenciales que asesoraran a los tomadores de decisiones.

En este contexto, otra figura se hace relevante: el analista de políticas públicas. El diálogo interdisciplinario con estos profesionales es clave, sin duda, pues ellos se especializan en reflexionar acerca de aquello a lo que una comunidad puede aspirar, en conformidad con lo que se puede alcanzar. Estos

constructores y argumentadores de problemas y soluciones en el espacio público serían un enlace fundamental con otras disciplinas preocupadas, como la nuestra, con los que podríamos colaborar en la traducción de nuestro lenguaje al del espacio que nos ocupa.

Finalmente, es fundamental reconocer que toda empresa o destino elegido, ya sea mediante la aplicación del conocimiento o por otras vías, corresponde a una afirmación de valores, por lo que no es posible aspirar a la neutralidad ética. Aun cuando los actores involucrados en las decisiones del Estado se conduzcan con corrección moral, esto no garantiza el éxito de una política pública ni una conducta solidaria con *Sorge*, debido al pensamiento que sirve como referencia para justificar un curso de acción. De ahí que la disciplina reflexiva sea una manifestación de ética profesional, pues esta posibilitará el ajuste entre la situación y la intervención, con lo que se tendería a *Sorge*. 🙏

Cuando no tengas ideas inventa palabras.

Mefistófeles a Fausto; en Goethe, *Fausto*



BIBLIOGRAFÍA

- Esparza, E. M., Grynberg, B. (2009). "Evaluación del Programa para Optimizar la Formación del Psicólogo Clínico". *Revista de la Educación Superior*, 152(4), 97-112.
- Carey, B. (12/06/ 2010). "Academic Battle Delays Publication by 3 Years". *New York Times*, p. A13.
- Cejudo, G. M.; Merino, M. (2010). *Problemas, decisiones y soluciones. Enfoques de política pública*. México: CIDE/FCE.
- Derrida, J. (1997). "Las pupilas de la universidad. El principio de razón", en *Cómo no hablar y otros textos*. Barcelona: Proyecto A.
- Fernández, P. (1991). *El espíritu de la calle*. México: Universidad de Guadalajara.
- Fernández, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. España: Anthropos.
- Fernández, P. (2004). *La sociedad mental*. España: Anthropos.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. 2ª. Rev. México: Siglo XXI.
- Freire, P. (1970). *La pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Habermas, J. (2005). *Facticidad y validez*. Madrid: Totta.
- Heidegger, M. (2001). *Conferencias y artículos*. 2ª. Rev. Barcelona: Serbal.
- Heidegger, M. (2005). *El ser y el tiempo*. México: FCE.
- Heidegger, M. (2009). *Arte y poesía*. México: FCE.
- H. Consejo Técnico de la Facultad de Psicología (2006). "Informe de avances y tareas pendientes al H. Consejo Técnico". UNAM: documento inédito.
- Jurado, S., Rodríguez, M. (1986). "Las asociaciones profesionales de psicólogos en México". *Revista Mexicana de Psicología*, 3(2), 197-202.
- Mota, G. (2011). *La negociación en psicología social*. Nuevos campos, nuevos conceptos. México: CAEIP.
- Narro, J., Galván, D., Aróstegui, J. y González, L. (2009). "Perspectivas y retos actuales de la autonomía universitaria". *Revista de Educación Superior*, 4(152), 65-94. ISSN: 0185-2760.
- Paz, O. (1993). *La llama doble*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (2003). *El laberinto de la soledad*. Madrid: Cátedra.
- Plascencia, G., coord. (2006). *Palabra libre: condición de la universidad*; Memorias. México: Universidad Iberoamericana.
- Ramírez, G., coord. (2007). *La educación superior en derechos humanos: una contribución a la democracia*. México: UNAM/UNESCO.
- Schön, D. (1998). *El profesional reflexivo*. Cómo piensan los profesionales cuando actúan. España: Paidós.
- Stevenson, R. L. (1996). *El club de los suicidas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Supee (1974). *La estructura de las teorías científicas*. Madrid: Editora Nacional.
- Troncoso, A. (1994). "Introducción a la occidentalidad". *Revista Logos*, 22 (65). México: Universidad La Salle.
- Weber, M. (1998). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Itsmo.
-
- ## REFERENCIAS ELECTRÓNICAS:
- Asamblea Legislativa del Distrito Federal (2011). Recuperado de <http://www.aldf.gob.mx/comsoc-mesas-trabajo-por-reglamento-salud-mental--7614.html>
- Compendio de Normas Oficiales Mexicanas (2011). Recuperado de <http://www.facmed.unam.mx/sss/nom/normas%20oficiales.htm>
- CEIDAS (12/2011). Programa de Prevención de la Trata de personas. Recuperado de <http://www.ceidas.org/derechos-humanos/trata-de-personas/programa-integral-de-prevencion-de-la-trata-de-personas.htm>
- Milenio (10/05/2012). *Catástrofe ecológica*, derrame de British Petroleum. Recuperado de <http://www.milenio.com/cdb/doc/noticias2011/562a77fdb11ec7137554a9298bf78b61>
- OCDE (10/2010). *Formulación de Políticas en la ocde: Ideas para América Latina*. Unidad de Reducción de la Pobreza y Gestión Económica América Latina y Caribe. Banco Mundial, Ministerio de Economía y Hacienda de España. Informe 59207-LAC. Recuperado de <http://siteresources.worldbank.org/EXTLACREGTOPPUBSECGOV/.../OECD>
- OCDE (11/09/2012). *Panorama de la Educación 2012*; en CN-NExpansión. Recuperado de <http://www.cnnexpansion.com/economia/2012/09/11/los-ninis-aumentan-en-mexico-ocde> Organización Mundial de la Salud (2011) "Salud mental: un estado de bienestar", disponible en http://www.who.int/features/factfiles/mental_health/es/index.html
- Plan de estudios (2008). http://www.psicol.unam.mx/descargar/plan_new/PlandeEstudios.swf
- Salazar, P. (2011). *¿Qué participación para qué democracia?* Recuperado de www.iis.unam.mx/pub_elect/zic/salazar-ugarte.pdf
- Subsecretaría de Prevención y Promoción de la Salud (2011). Programa de Acción Específico: Salud Mental. Recuperado de <http://www.spps.gob.mx/programas-y-proyectos.html>



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social



AÑO 2 | NÚM. 03 | PRIMAVERA-VERANO 2009 | \$50.00

EL ALMA PÚBLICA

20

OTOÑO-INVIerno 2012

73

La seducción del sistema de los objetos a propósito de *Jean Baudrillard*



CARLOS ARTURO ROJAS ROSALES

RESUMEN

Este texto es una especie de crónica a propósito de un libro muy interesante de Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos*, publicado en 1968. Su tesis fundamental es que los objetos de la producción destinados al consumo se han convertido de satisfactores en signos de un juego acerca de las más profundas motivaciones humanas: el hombre, enajenado al producirlos, se recupera al consumir los objetos que ya solo son signos, nacidos caducos, ante los cuales se mira como superviviente. Y más allá, describen una sociedad que paulatinamente pierde y simula la alteridad, que poco a poco pierde su principio de realidad, y se vuelve una sociedad de control, donde, vueltos individuos, los hombres coinciden punto por punto con el sistema, una colusión donde el estado actual de cosas es siempre ya, algo que había sido deseado de antemano en una especie de positividad absoluta.

DEL PROYECTO AL OBJETO: LA PARTE MALDITA

Valga de introducción un breve contexto: cuando en la teoría social posmoderna se habla de “la muerte del sujeto” se alude el debate acerca del estatus metafísico del concepto *sujeto*, consistente en que a menudo se identifica al tiempo, y en particular a la historia, como el sujeto protagonista, fuente y determinante del sentido de lo verdadero.

E



Al asumir de esta forma las cosas, el fundamento del pensar pasa por la dicotomía sujeto/objeto como la base en que la modernidad ha pensado el concepto *razón*, lo cual constituye un problema.

Una lectura dominada por Nietzsche llevará este problema a un dictamen en términos de que esta forma solo es una perspectiva, y que, según se piense, de ello se puede practicar una ruptura que se encamina a consecuencias similares a las que tuvo en su momento la teoría crítica: emplazar a generar un nuevo discurso de la diferencia, que dé la palabra a quienes históricamente no la han tenido.

Baudrillard, en torno a este debate, salta del problema metafísico para hacer, como se exige desde el giro que desarrolla Heidegger, una ontología del presente, cuyo tema central son los productos de consumo como objetos que encarnan significaciones con las que creará un sistema descriptivo cuya taxonomía presente cada objeto como una especie en la sociedad contemporánea.¹

¹ Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.

Esta forma de articulación descriptiva, de principio en el ámbito de una explicación estructuralista, es dirigida por Baudrillard a una proyección mucho más profunda, la ontología del presente mostrará llanamente la venganza del objeto, que al ser siempre aquello que el sujeto obsesivamente quiere como algo inerte y pasivo, verá irónicamente como la parte más activa, silenciosa y vengativa.

A la par, el sujeto, en este orden de cosas, resulta tentado a pensar que la relación sujeto/objeto implica un antagonismo radical, irreconciliable y no dialéctico. Y mientras, el objeto encarna en todas las figuras de la alteridad: niños, locos, mujeres, salvajes, productos de consumo poseedores todos de esa aura de objetualidad irreverente y autoextrañamiento, total y absolutamente seductores.²

Es el aura de una alteridad soberana devoradora de sujetos, apasionante como concepto y lugar co-

² Baudrillard, J. (1996). *El crimen perfecto*. Barcelona: Anagrama. Baudrillard, J. (1984). *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama. pp. 86-139. Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós, pp.137-146.

tidiano a la vez que espacio predestinado en el que desaparece el sujeto.³

Es precisamente la alteridad la que se vuelve un problema siempre reducido y conjurado en su peligrasidad, sometiendo al otro a la lógica de lo Mismo, y dedicando la glosa del pensamiento pro liberación y emancipador con la idea de tornar a esa alteridad un sujeto con plenos derechos.

Se trata de un código y su semántica, que será punta de lanza en todos los discursos pro liberación y emancipación de las iniciativas que quieren darles la palabra a las minorías sociales silenciosas, de los proyectos de humanizar al salvaje, de las iniciativas de reconocimiento de todo Otro: masas, indígenas, etnias, etc.; código y semántica que está en el origen de la antropología y de cierta clase de sociología. Y que son plenamente aquello que impulsa todas estas necesarias conquistas que se han reconocido como parte de lo moderno.⁴

Entonces, el proyecto de esta ontología del presente es criticar la metafísica de la presencia que consiste en el sometimiento de lo Mismo que reduce al Otro a lo Mismo. Es decir, ese deseo de buscar la Identidad aunque eso implique destruir el desafío que constituye la Alteridad. De esa forma de exclusión, que marca el estatus privilegiado del sujeto y donde al objeto se le considera la parte maldita.⁵

SIN SUJETO O DE LA APARIENCIA PURA

Ese proyecto de dar voz a los marginados de ese estatus, en términos de subjetividades con reconocimiento e históricamente situadas, implica un llegar tarde a la historia y por ello mismo un diferencial de incorporación, víctimas por causa de no ser sujetos, desde el principio, víctimas de sí mismos, nadie es el

victimario criminal, al fin que ya son sujetos iguales que los demás, ¡haya perdón!

Una forma de desviar la atención hacia el reclamo de que las nuevas subjetividades sean reconocidas y que solo hacen referencia a que es el propio sujeto lo que desaparece del horizonte del sujeto es el que paradójicamente cae bajo el peso de sus estrategias fatales.⁶

Si bien toda alteridad supone algo contrario al estatuto del sujeto, a la idea de ciudadano, ahora que es capturado y está en boca de todos, la promoción de la alteridad generalizada por obra de los medios de comunicación, es obvio que habrá que volver a la alteridad invisible en el corazón de los medios de comunicación.⁷



³ Baudrillard, J. (1991). *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama. pp. 123-134 y 183-185. Baudrillard, J. (1984). *Ibidem*.

⁴ Baudrillard, J. (1991). *Op. cit.*, pp. 123-185.

⁵ Baudrillard, J. (1991). *Op. cit.*, pp. 90-120.

⁶ Baudrillard, J. (1984). *Op. cit.*, pp. 25-74 y 121-126.

⁷ Baudrillard, J. (1978). *Op. cit.*, pp. 107-168.

La ironía es brutal pues esta exigencia de reconocimiento de la mujer como sujeto, radicaliza su condición de objeto, la lleva a desempeñar perfectamente el juego de la manipulación, la posesión...

Misma situación de la mujer como reivindicadora de la historia del género desde la posición de sujeto asumiendo el acceso a la iniciativa sexual: le ha sido retirada su seducción, ya no puede ser indiferente al deseo y ya no tiene la capacidad de nunca presentarse a ese momento sexual. Mientras que cuando era objeto era la soberana del juego de los sexos y dueña de la seducción.⁸

La ironía es brutal pues esta exigencia de reconocimiento de la mujer como sujeto, radicaliza su condición de objeto, la lleva a desempeñar perfectamente el juego de la manipulación, la posesión y la inmoralidad, redoblando así la apuesta, llevándola a un estadio supremo: absoluta y totalmente seductora e inalienable.

Ese discurso será castigado y señalado vejatorio por parte de los intelectuales y sectores que apoyan la liberación femenina. No obstante, lo patente es la declaración de que lo femenino es lo que constituye y está presente en toda otredad como la parte privilegiada y que por ello mismo encarna la seducción en los *alteri*, como un juego de la apariencia.

En esa lógica del estar y no estar, de la presencia ausente que ya había escrito Heidegger sobre el ser o Simmel como coquetería, se señala un hecho: la metafísica de la presencia se eclipsa, la mujer en todo caso, desde la perspectiva de Baudrillard, es la figura por excelencia de la seducción, que revela el

juego del eterno desplazamiento que dilata las cosas, el manifiesto de la ausencia que hace estallar el sentido. Donde lo verdadero se vuelca sobre el sentido de la ilusión y ya no será confirmar los hechos, sino no fatigarse dando sentido a los actos.

Esa Ilusión no está inmersa en el azar, sino que es respuesta al desafío del ritual, el adorno, la teatralidad, el desafío, la estrategia.¹⁰ Como es el espacio de la apariencia pura se trata de solo reconocer su soberanía para no romper el secreto o la ilusión misma; el objeto es un atrayente extraño.¹¹

EL SUJETO CONSUMIDOR COMO CONVERGENCIA DE PRODUCCIÓN Y CONSUMO

Esta ontología del presente describirá a la sociedad de consumo, haciendo el nexo entre los objetos de consumo por la posición que tienen en la sociedad, remitiéndolos a una taxonomía de los modelos a las series desde el punto de vista de su caducidad-mortalidad.

Cada objeto se transforma en un signo que motiva la recuperación de su sujeto, que también es un signo, como consumidor, y que temporalmente caduca menos rápido y es el superviviente, después del proceso de alienación que existe para producir los objetos.¹²

Esto significa, a final de cuentas, que pueden coincidir fuertemente la producción y el consumo,

⁸ Baudrillard, J. (1984). *Op. cit.* pp., 130-139. Baudrillard, J. (1989). De la seducción. Madrid: Cátedra. pp. 83-93.

⁹ Baudrillard, J. (1984) *Ibidem*.

¹⁰ Baudrillard, J. (1989) *Ibidem*.

¹¹ Baudrillard, J. (1991). *Op. cit.*, pp.183-185.

¹² Baudrillard, J. (1969). *Op. cit.*, pp. 1-10.

Se trata de una moral que se asocia a lo bello en el sentido de la decoración que se convierte en vía para que el objeto sea de uso cotidiano en el orden social de la producción y el consumo.

suponiendo que el atraso moral del hombre es respecto al avance de las técnicas, pero, en tanto signos, los objetos cuestionan ampliamente el concepto detrás de esa coincidencia, es decir la idea de la racionalidad en función de medios y fines.

Es una crítica fuerte e implica que hay una contradicción: el sistema de las técnicas se muestra independiente del orden de relaciones sociales que lo instaura. Pero Baudrillard anota que el progreso de la sociedad anota en un sentido que no es independiente sino interdependiente, y cada regresión o patología de la sociedad también se suscita en las técnicas, y no hay salida.

EL GRAN HAPPENING COLECTIVO: LOS OBJETOS FRÁGILES, LOS SUJETOS-SIGNOS

La clasificación de los sistemas de vínculo entre sujetos y objetos de consumo, a la manera de un gran mapa de objetos ordenados por significaciones, da como resultado un todo coherente con sentido interno, una estructura que se vuelve la tecnología social de reproducción e integración de la sociedad.

Se trata de una moral que se asocia a lo bello en el sentido de la decoración que se convierte en vía para que el objeto sea de uso cotidiano en el orden social de la producción y el consumo. Puede decirse que es un medio para hacer viable el orden social, pues con ello se crea una semántica donde el objeto es significativo y lo hace desde el punto de vista en que se crea una bella atmósfera caracterizada por las sensaciones de dominio y se controla puntualmente lo que ocurre.¹³

También este es un método que borra los orígenes, pues el único origen posible es el de la abstracción conceptual, el mundo se produce por un simulacro y ese discurso de lo bello recursa como origen al ambiente, como un despliegue de la lógica formal de la mercancía, cuyos objetos son parte de un sistema universal de signos.

Todo es síntesis abstracta y conceptual, eso es el ambiente, pero sus implicaciones son profundas porque esta desaparición del origen es al mismo tiempo la de la alteridad, pues simular al otro es la primera tarea; la segunda, salvarse de trabar relación con la naturaleza.

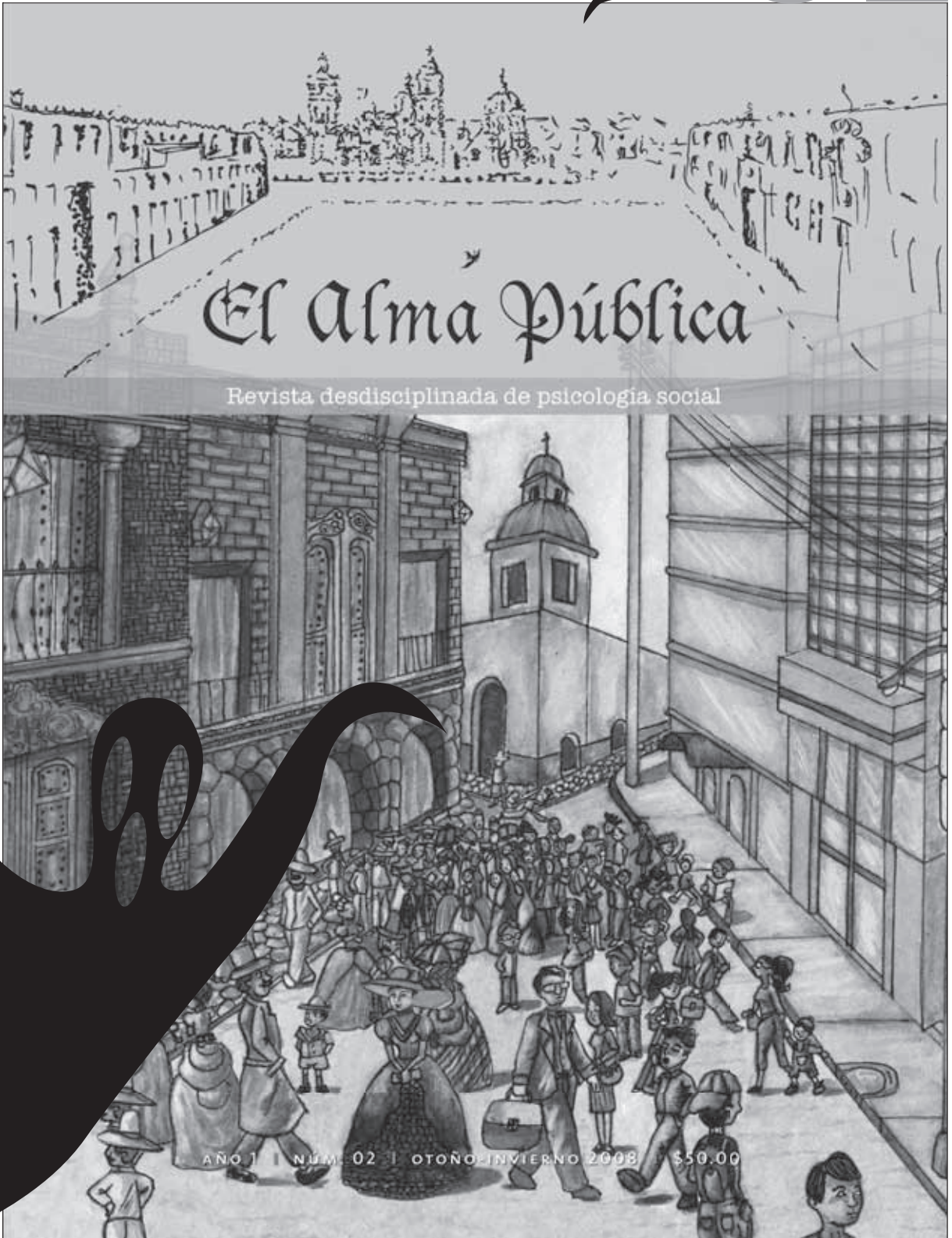
La arquitectura de la transparencia, donde reina el cristal y el acero coincide con la simulación del área verde exterior a la transparencia y que deja leer una victoria de la época del confort por encima de la temible naturaleza. Pero a la vez es un intercambio imposible porque cada objeto-signo supone que haya un espectador, donde el sujeto al ser la naturaleza misma también debe muy pronto ser un signo para expiar su naturaleza y comience a estar por todos lados.¹⁴

Pero esa ausencia de origen nos dice también que lo simbólico existe en la forma de una obsesión por el origen y por la autenticidad, sumado a la necesidad de tener una identidad y una realidad, cuando ni una ni la otra son algo, dado que solo hay simulación porque la realidad ya no es más.¹⁵

¹³ Baudrillard, J. (1969). *Op. cit.*, pp. 13-30, 39-73.

¹⁴ Baudrillard, J. (1969). *Ibidem*.

¹⁵ Baudrillard, J. (1969). *Op. cit.*, pp. 83-96.



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social

AÑO 1 | NÚM. 02 | OTOÑO-INVIerno 2008 | \$50.00

EL ALMA PÚBLICA

78

79

OTOÑO-INVIerno 2012

Un paralelo opuesto surge entre lo funcional pobre en significación y lo antiguo que no es funcional pero con excedente de significación, por eso mismo encarna el poder de lo natural, pero solo se transforma en un punto de referencia trascendente cuando entra en el juego del consumo y la moda.¹⁶

Lo que se entiende como un ciclo en moda nos habla de la caducidad y mortalidad que pone a los objetos al filo de la muerte casi desde su origen, al ser algo que se entrega a ese espectáculo y que pone a los sujetos en la lógica de ser supervivientes al consumirlos.

Son dos las condiciones que favorecen este régimen social: el consumo en la dimensión formal y el automatismo como ideal técnico de la sociedad. Estas, junto con la moda, delinean la forma de un antropomorfismo diferente donde los objetos ya no son portadores de la presencia humana, sino que portan su conciencia autónoma en términos de poder de control y dominio.¹⁷

Eso que es un antropomorfismo a lo cibernético rebasa a la funcionalidad y se va sobre la vía de lo superfluo llenando los objetos de elementos de confort, esteticidad, prestigio, que son suplementos que humanizan al objeto con la idea de que enriquezcan las relaciones humanas.

Pero el hecho es que eso jamás enriquece la vida humana, ni la cambia o mejora, solo remite a la espectacularidad que resta importancia a los avances técnicos y entrega a los objetos a la lógica del mercado. Baudrillard señala que nunca coincide el progreso de los artefactos con el mejoramiento de las relaciones sociales, incluso puede empeorarlas.¹⁸

Lo que es un hecho es que se trata de espíritu de fragilidad, y su afán por lo efímero — con su recursividad sobre satisfacción y decepción— oculta y tra-



ga el conflicto social y personal, el megaespectáculo de este mecanismo en el capitalismo.¹⁹

LA MODA Y EL AUTOMATISMO: CONSUMO COMO SOCIEDAD DE CONTROL

La posibilidad de este orden social implica premisas ideológicas que comandan este sistema de moda y automatismo en el sistema de los objetos. Baudrillard recuerda a Marcel Mauss aludiendo al *potlach* para identificar el funcionamiento de este orden social.

Las premisas ideológicas que propone son la personalización que democratiza el consumo produciendo series de objetos que son las copias de un

¹⁶ Baudrillard, J. (1969) *Ibidem*.

¹⁷ Baudrillard, J. (1969). *Op. cit.*, pp. 97-121 y 125-141.

¹⁸ Baudrillard, J. (1969). *Op. cit.*, pp. 141-152.

¹⁹ Baudrillard, J. (1969). *Ibidem*.

El crédito como forma de pago a su vez nos quita la idea de que hay que luchar por lo que queremos, de querer un patrimonio, del prestigio de tener una profesión.

modelo y el crédito que hipoteca el futuro para disfrutar en el presente.

La democratización del consumo no se ubica de ninguna manera en la lógica marxista, donde una clase social hegemónica posee los modelos y que el resto de las clases dominadas solo consumirían las copias en forma de series de inferior calidad.²⁰

En cambio, el objeto-modelo, al no reproducirse sino verse como repetición en serie, implica la evidencia de que cada objeto deberá preservarse como modelo y circular como serie, con eso se hace factible y legítimo un movimiento y una función continuos del sistema como rescatando a los sujetos-modelo, y debilitando y condenando a muerte a los objetos-serie.

Personalizar quiere decir “ir tras lo no esencial para que haya consumo desmedido”, es decir, hacer del objeto un pastiche de valores parasitarios que ocultan el valor del objeto técnico, que solo prevalece como modelo y desde donde ejerce la integración del sistema según esta lógica.

Es decir, se personaliza la conciencia, pues se deposita como control y capacidad de manejo en los objetos. Los modelos serán mecanismos de integración, toda vez que singularizan al usuario, dado este depósito de su conciencia en el objeto. Pero en la forma de la caducidad, hacen frágil la existencia de los productos, es el imperio de lo efímero.

Atrapar en el objeto la conciencia para singularizar a un sí mismo es la obsesión de este mundo de

objetos. Las diferencias resultan, de origen, una forma de don que crea el sistema. ¿Para qué? Para hacer al consumidor cómplice y víctima por el hecho de participar de esta lógica sin que nadie lo coaccione.²¹

SUPRESIÓN DEL OTRO Y EL *POTLACH* DE LA DEUDA IMPOSIBLE: POSITIVIDAD ABSOLUTA Y PUBLICITARIA

En la sociedad de consumo, democracia es dar acceso a los modelos en un juego de estatus que tiene reglas iguales para todo miembro de la comunidad, evitando el cambio estructural y las contradicciones o conflictos en aras de evitar la dialéctica social, crear el movimiento permanente de todo, generar la crisis interminable y, no obstante, tener la estabilidad más perfecta.

Esto solamente significa que el mal, la negatividad, la alteridad y la otredad han sido liquidados y puestos a remate como mercancías fuera de temporada, y con ello a locos, brujos, mujeres o niños. Como parece que queda la pura positividad, la única negatividad es la maravillosa caducidad sistemática de los objetos, lo efímero nos quita de encima el miedo de la contradicción y el caos.²²

El crédito como forma de pago a su vez nos quita la idea de que hay que luchar por lo que queremos, de querer un patrimonio, del prestigio de tener una profesión. La moral de antaño que rechazaba deudas porque implicaban la incapacidad de llevar ade-

²⁰ Baudrillard. J. (1969). *Op. cit.*, pp. 155-176.

²¹ Baudrillard. J. (1969). *Ibidem.*

²² Baudrillard. J. (1969). *Ibidem.*



lante la propia vida, de consolidarse comprando lo que con el esfuerzo y sacrificio se alcanza a tener y recompensar se sustituye por adquirir deudas y crédito y saber que hay futuro porque ya se debe.

¿Para qué? Para que esa sociedad del consumo, cifrada en deudas, genere la relación y los pagos saldados den la posibilidad de aumentar el crédito, una supraindividualidad que pone al dinero como visión del mundo, que prorroga un ritmo de existencia donde cada uno se entrega a la sociedad como fuerza de trabajo, hipotecando y esclavizando su futuro por el goce en el ahora.²³

Es el din don de los regalos, donde la relación de complicidad y exclusividad con el sistema se debe a que es imposible tener una relación con los productores. El buró de crédito es el clímax y la institución en la que uno puede saber si en realidad existe, a la

vez que estando en el sistema de ese modo jamás habrá una contradicción que aliente vivamente la crítica y la hostilidad directa, pura violencia *soft*.

Pero hace falta un mecanismo que socialice esta ideología, la publicidad lo cumple de la manera más detallada y perfecta porque es distribuidora de proyectos y ofertas de selección que responden a los deseos a la vez que inducen el deseo de reconocerse y recuperarse en los objetos y proyectos que presentan.

La publicidad socializa futilidades. La pura connotación y seducción de la imagen crea un mecenazgo artificial para criar al absurdo e infantil consumidor. La publicidad se ocupa, protectora y amorosamente, hasta el punto de la náusea, de añadir calor a lo inerte y frío de un objeto, de sensualizarlo, erotizarlo y orgasmizarlo hasta que nos ame perversamente.

En tanto que socialización es venta e integración en el consenso social para que a través de comprar y comprar mercancías nos liberemos de la represión

²³ Baudrillard, J. (1969). *Op. cit.*, pp. 177-185.

en el sentido corporal y psicológico, y con ello se constituya el mecanismo más sofisticado y novedoso de control y poder social: economizar la represión.

Dice Baudrillard que, dado que históricamente la integración moral y política en la sociedad ha exigido en momentos clave una cuota de acciones represivas explícitas por parte de los estados, economizar la represión quiere decir que mediante el consumo las personas interiorizan las normas, los valores y las instituciones de la sociedad de consumo, y con ello emerge la cero represión.²⁴

Pensar la alternativa a esto es una tematización que se puede pensar en relación con el lenguaje. Pero la publicidad, entendida como objeto, también implica que esta posibilidad se cierre, porque uno, solo, desde sí mismo, no tiene la precomprensión de un sistema estructurado de necesidades que recaiga en un sistema social más justo.

Solo se tiene la proliferación efervescente de la oferta y la demanda que hace fuerte y coherente al sistema de los objetos y que es como encantador en el sentido de que ahí todo es tan mecánico que parece increíble, es decir, todo es abundancia, pero una que suscita bostezos; hay algo en otro lado que reclama nuestra atención.

Prescindir del sujeto como movimiento histórico y social es hablar de los puros estatus, el desafío de las divas. Y donde los objetos no son sistemas de referencia que sustenten los códigos de reconocimiento, sino que el estatus se alimenta, per se, del sistema de los objetos. Por eso ya tenemos a unas divas de lujo a la manera de los zombies comedores de cerebros en el imaginario popular.

CONSUMO Y SISTEMA DE LOS OBJETOS: EL DESFILE DE LOS SIGNOS COMO SIMULACRO
La economía política ha fracasado: el consumo no puede ser abordado con sus métodos. El consumo

es la parte activista de las relaciones sociales en general e incluso es la precomprensión del mundo del “il y a”, del puro haber, nuestra condición de visión del mundo y modo en que estamos en el mundo.

También fracasa porque el consumo ya no es la pura satisfacción de necesidades o de exceder la capacidad productiva, sino un trabajo de manipulación sistemática de signos que tiene su sistema en que el objeto obtenga un valor en el sistema social para luego transformarse en un signo en el sistema, convertirse en un potencial de relaciones con otros objetos-signos.

De ese modo, consumir es hacer relaciones de este tipo como forma de integración y de individualización singularizada en el sistema. La fuerza humana convertida en mercancía puesta a la venta para el consumo en el ecomarxista se complementa en un más allá portentoso en Baudrillard, mercancía también es lo más íntimo de nuestras relaciones, cuando se transforma en un objeto signifiante. Me deberá perdonar la sociedad red y los usuarios de las redes sociales e incluso los dueños de ellas por esta frase, pero ¡viva, viva, ya tenemos redes sociales!²⁵

Si esto nos pone en la cara la evidencia de que la realidad ya no es sino un simulacro, y lo que pasa es que los signos son los que sostienen la realidad, como en el ejemplo de Baudrillard: un hombre obeso por el solo hecho de vestir ropa deportiva de marca se convierte en un auténtico deportista, pero es un sedentario.

Se habla mucho de la muerte del sujeto, pero lo cierto es que nada ha muerto, es un juego loco de ver si se puede acabar con la referencia o de ir de la referencia como modo de ser a una determinación como signos. Un juego de la sociedad. Lo que es en su ser, como el amor verdadero, necesitará siempre de los referentes que lo hacen existir; no obstante, siempre es. Y no al revés, que con un signo que no

²⁴ Baudrillard, J. (1969). *Op. cit.*, pp.186-222.

²⁵ Baudrillard, J. (1969). *Op. cit.*, pp. 223-229.



es ser comience a existir algo. No hay que confundir lo que es con lo que existe, y menos el signo como precedente de la existencia y de lo que es en su ser.²⁶

Mismo caso con lo del fin de la historia: parece que como ya nada tiene historia, ni las relaciones humanas, porque el intercambio simbólico es lo que primero sale volando con la idea de la simulación, y como ya entrados en gastos los objetos con ese tratamiento tampoco significan nada porque significan todo y están humanizados, podemos declarar que vivimos en un mundo de mentiras; la verdad que se produce socialmente mengua, se debilita.

Es la huelga de los acontecimientos, casi que no pueden existir y cuando vienen lo hacen enérgicamente y pronto se disipan. El periodismo lo expresa bien en su incapacidad de establecer la verdad, hablan de ella de antemano, agotada en su decirse, que cansa y que está antes de que el acontecimiento se realice, en tanto el consumidor de noticias debe rápidamente alejar su atención so pena de desaparecer junto con la verdad.

Ese paseo de modas a anuncios, modos de relacionarse, modos de vestir, comer o perfumarse constituye fragmentos multiculturales: comer a la argentina, perfumarse a la francesa, vivir en un loft estilo california, etcétera; fragmentos de fragmentos vistos en anteojeras, nadie se preocupa por el largo plazo o duración.

Todo es bastante porno. Eso de buscar y penetrar en el fondo de las cosas y de las personas hasta encontrar la verdad, tipo *talk show*, tipo la ciencia

²⁶ Baudrillard, J. (1969). *Ibidem*.

misma, tipo la profusión de imágenes, es sumamente ingenuo y pornográfico, solo se puede decir: ¡piedad!

¿Entonces qué queda? Para eliminar el peligro de que se produzca la revolución nos queda jamás experimentar el significado de las cosas, sino su idea; y eso es lo que es la regla de la sociedad de consumo.

Cuando la revolución se convierte en una de esas cosas: un producto de consumo, al que hay que consentir, perdonar e incluso exaltar porque no es más que su idea —la revolución siempre estará dispuesta a ser vendida como espectáculo diferido en el mercado de los medios de comunicación o en las camisetas de los viejos-nuevos fans— es claro, en ese mismo instante, que ya no hay que hacer la revolución sino solo dar signos de que ocurre o, en otras palabras, hay que ponerla en el anaquel junto a las otras mercancías.²⁷

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
 Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
 Baudrillard, J. (1984). *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama.
 Baudrillard, J. (1989). *De la seducción*. Madrid: Cátedra.
 Baudrillard, J. (1991). *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama.
 Baudrillard, J. (1996). *El crimen perfecto*. Barcelona: Anagrama.
 Baudrillard, J. (2001). *Le ludique et le policier*. París: Sens&Tonka éditeurs.

²⁷ Baudrillard, J. (2001). *Le ludique et le policier*. París: Sens&Tonka éditeurs.

Trabajando paralelamente nos encontramos estos días, dedicado a la tenacidad y capacidad de crear y experimentar el significado de las cosas, es decir, que el sistema ese que se describe aquí solo es una actitud muy posada de un espíritu de la sociedad que no va con nosotros.

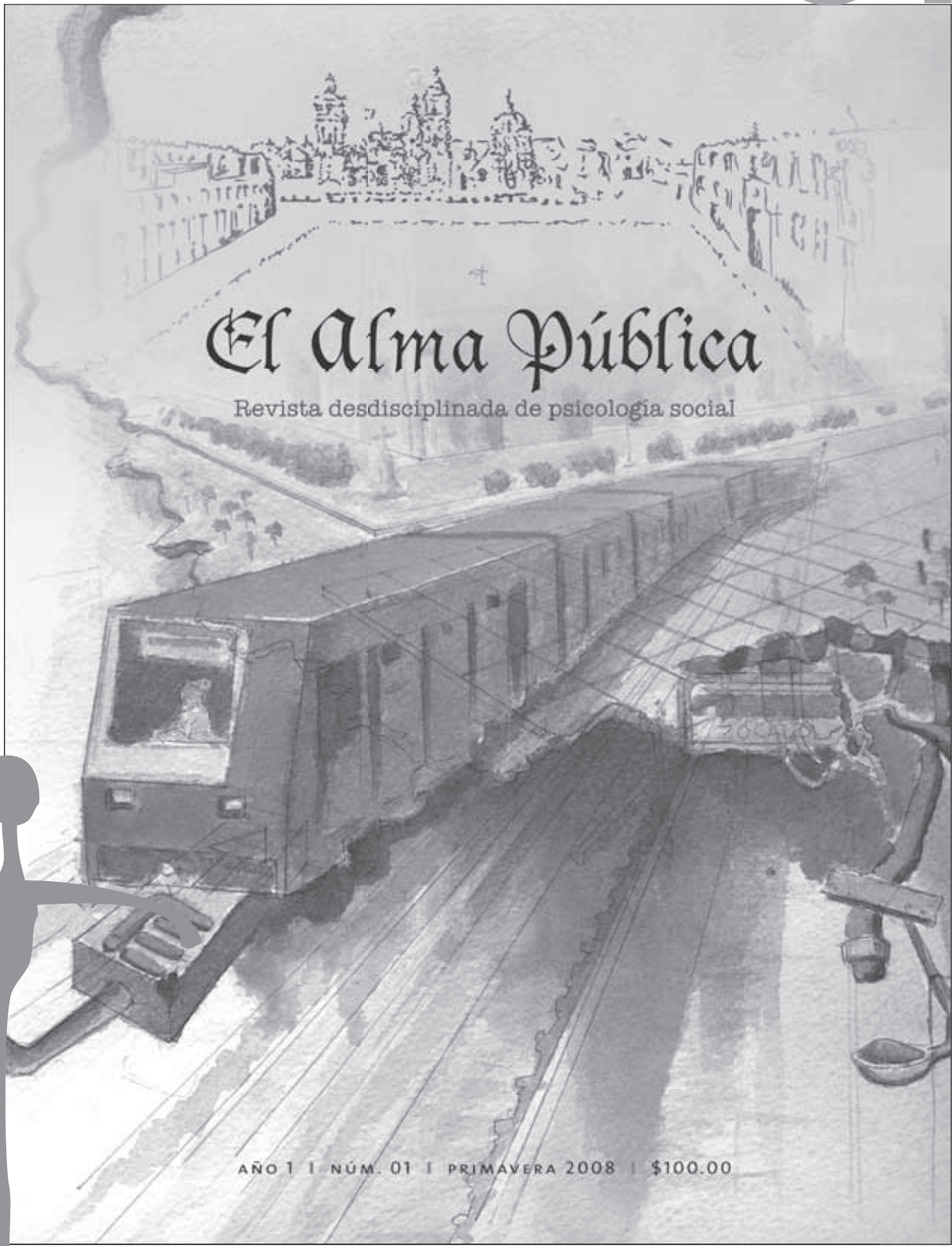


01

OTOÑO-INVERNO 2012

84 85

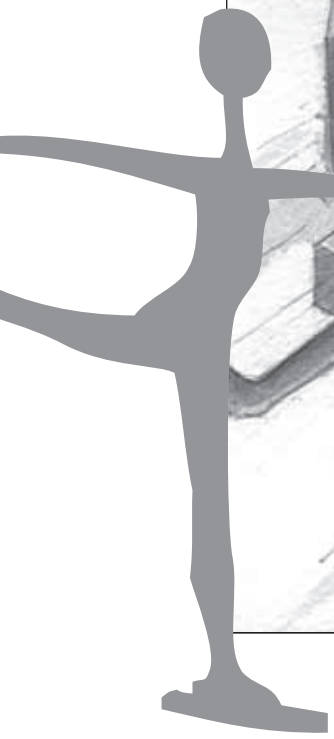
EL ALMA PÚBLICA



El Alma Pública

Revista desdisciplinada de psicología social

AÑO 1 | NÚM. 01 | PRIMAVERA 2008 | \$100.00



La sociedad de las escaleras

de Georges Perec



“escaleras” es como se le llama en España o Francia a la zona común de los edificios de departamentos, y que así como comprende patios y recibidores, igualmente incluye lo que sucede en ella, con sus memorias y habladurías. Georges Perec, en su inclassificable libro *La vida instrucciones de uso*, aparecido en francés en 1978 y traducido por Anagrama en 1988, describe habitantes, cosas y sucesos de uno de estos edificios en París.

Doce capítulos les dedica a las escaleras: el XLIX es uno de ellos, que reviste interés porque muestra una pequeña sociedad de ocho pisos cuya sustancia es, como en todas las sociedades, una imaginación materializada en lugares, costumbres y actos, así como una serie de objetos que no son reales por su materialidad sino por su significado. La cantidad de nombres propios que se mencionan son evidentemente los de los inquilinos pasados y presentes (Gratiolet, Hutting, Beaumont, etc.), que pueden ser obviados y que no deben perturbar la lectura, toda vez que lo que verdaderamente se está narrando en este pequeño capítulo es el alma anónima de una sociedad que se gesta en su zona pública.



Escaleras, 7

De Georges Perec¹

En lo más alto de la escalera.

A la derecha la puerta del piso que ocupaba Gaspard Winckler; a la izquierda la caja del ascensor; al fondo la puerta acristalada de la escalerita que sube a las habitaciones de servicio. Un cristal roto se ha sustituido con una página de *Detective*, en la que se puede leer: «Día y noche se relevaban cinco menores para satisfacer a la directora del camping», encima de una fotografía de la Interfecta, una mujer de unos cincuenta años, con un sombrero de flores y un abrigo blanco debajo del cual no sería incorrecto pensar que va del todo desnuda.

Al principio, las dos plantas de debajo del tejado sólo estaban ocupadas por la servidumbre. Los criados no tenían derecho a pasar por la escalera grande; debían entrar y salir por la puerta de servicio, al extremo izquierdo de la casa, y utilizar la escalera del mismo nombre que comunicaba, en cada planta, con las cocinas o los *offices* y, en las dos últimas, con dos largos pasillos que llevaban a las habitaciones y buhardillas. La puerta acristalada del final de la escalera grande sólo debía abrirse en los contadísimos casos en que un señor o una señora tenía

necesidad de ir a los cuartos de uno de los criados, para «echar un vistazo a sus trastos», por ejemplo, o sea para comprobar que no se llevaban alguna cucharita de plata o un par de palmatorias en caso de despido, o para llevarle a la vieja Victoire, que estaba moribunda, una tisana o la extremaunción.

Ya al final de la guerra del catorce empezó a hacerse más flexible aquella sacrosanta regla, que ni señores ni criados hubieran pensado nunca en transgredir, principalmente porque las habitaciones y buhardillas se reservaron cada vez menos para uso exclusivo del servicio. Dio el ejemplo el señor Hardy, un marsellés, negociante en aceite de oliva que vivía en el segundo izquierda, en el piso que habrían de ocupar más tarde los Appenzzell y después los Altamont.

Le alquiló una de sus habitaciones a Henri Fresnel: en cierto modo era éste un criado, ya que estaba de jefe de cocina en el restaurante que el señor Hardy acababa de abrir en París para demostrar lo frescos y buenos que eran sus productos (*A la Renommée de la Bouillabaisse*, calle de Richelieu 99, al lado del *Restaurant du Gran U*, que fue



¹ Perec, G.(1992) *La vida instrucciones de uso*, Anagrama, Barcelona, pp.260-266.

por aquel entonces lugar de reunión de políticos y periodistas), pero él -el señor Fresnel- no prestaba servicio en la casa y con la conciencia perfectamente tranquila bajó por la puerta acristalada y la escalera de los señores. El segundo fue Valène: el señor Colomb, un viejo estafalario, editor de almanaques especializados (*L'Amanach du Turfiste*, du Numismate du Mélomane, de *l'Ostréiculteur*, etc.), padre del trapequista Rodolphe, que triunfaba a la sazón en el Nouveau-Cirque, y amigo lejano de los padres de Valène, le alquiló por unos pocos francos -restituidos más de una vez en forma de encargo para algún almanaque- su habitación de servicio, que no le hacía ninguna falta, ya que Gervaise, su ama de llaves, llevaba muchos años durmiendo en una habitación de su piso del tercero derecha, debajo de los Echard. Y cuando, unos años después, aquella puerta acristalada, que sólo debía abrirse excepcionalmente, dejó pasar a diario al joven Bartlebooth, que subía al cuarto de Valène para su lección de acuarela, ya no fue posible fundamentar por más tiempo la pertenencia de alguien a una clase social determinada en su ubicación respecto de la misma, de igual modo que a la generación anterior se le había hecho imposible fundamentarla en nociones tan arraigadas como las de planta baja, entresuelo y principal.

En la actualidad, de las veinte habitaciones reservadas inicialmente para el servicio a este lado de la fachada y primitivamente numeradas con estarcidos verdes que iban del 11 al 30 (otros

veinte números, del 1 al 10 y del 31 al 40, corresponden a las habitaciones orientadas al patio, al otro lado del pasillo), sólo dos están ocupadas efectivamente por personas que trabajan en la casa: la número 13 que es la de Smautf, y la 26, donde duerme la pareja paraguayo-neerlandesa que está al servicio de Hutting; podría agregarse, si acaso, la 14, la habitación de Jane Sutton, que paga su alquiler haciendo faenas dos horas diarias en casa de los Rorschach, lo que, por otra parte, supone un precio excesivo para una habitación tan pequeña, y, en último término, la 15, donde vive la señora Orłowska, que a veces hace también algunas horas, por lo general fuera de la casa, salvo si se trata de los Louvet o los Marquiseaux, cuando sus traducciones de polaco o árabe en el *Bulletin signalétique du C.N.R.S.* no bastan para mantenerlos a ella y a su niño, Las restantes habitaciones y buhardillas ni siquiera pertenecen ya obligatoriamente a los propietarios de los pisos: el administrador compró varias y las alquiló como «habitaciones individuales», después de instalar el agua en ellas; otros, empezando, por Olivier Gratiolet, heredero de los antiguos dueños, juntaron dos o más entre sí, y hasta hubo quien, sin respetar el reglamento de la comunidad, se apropió de trozos de las «partes generales», a fuerza de argucias jurídicas y de propinas, como Hutting, que se quedó con los antiguos pasillos, cuando construyó su gran estudio.

La escalera de servicio ya casi sólo sirve para algunos repartidores y comerciantes, así como para los obreros

que hacen obras en la casa. El ascensor -cuando funciona- lo usa todo el mundo. Sin embargo, la puerta acristalada sigue siendo la marca discreta, pero terriblemente tenaz, de una diferencia. Aunque haya arriba gente mucho mas rica que abajo, ello no impide que, desde el punto de vista de los de abajo, esté situada en el sector de los inferiores: concretamente, si no se trata de criados, se trata de pobres, *de hijos (Jóvenes)* o de artistas para quienes la vida ha de desenvolverse necesariamente en el maro de esas habitaciones angostas, en las que no caben más que la cama, un armario empotrado y una alacena con confituras para los finales de mes. Nadie niega, por supuesto, que Hutting, pintor de fama internacional, sea mucho más rico que los Altamont, y también es cierto que a éstos los halaga invitar a Hutting, o que los invite él en la mansión que posee en Dordogne o en su casa de campo de Gattières, pero nunca dejarán pasar la ocasión de recordar que, en el siglo XVII pintores, escritores y músicos no eran más que criados especializados, como todavía en el XIX perfumistas, peluqueros, modistos y mesoneros, elevados actualmente no sólo a la fortuna, sino incluso a veces a la fama, y hasta se puede entender que el dueño de un restaurante llegue a convertirse, con su solo trabajo, en comerciante e incluso en industrial, pero los artistas nunca dejarán de estar sometidos a las necesidades burguesas.

Esta visión de las coas, expuesta magistralmente en 1879 por Edmond

About, que, en una obra titulada *El ABC del trabajador*, calculó, sin bromear, que cuando iba la Patti (1843-1919) a cantar al salón de un financiero, producía, abriendo la boca, el equivalente de cuarenta toneladas de hierro colado a cincuenta francos los mil kilos, esta visión de las cosas no es compartida con igual convicción por todos los vecinos de la casa. Según unos, sirve de pretexto para recriminaciones y envidias, manifestaciones de celos o desdenes; según otros forma parte de un folklore sin verdaderas consecuencias. Pero, en definitiva, para unos y otros, tanto para los de abajo como para los de arriba, funciona como hecho admitido; los Louvet, por ejemplo, dicen de los Plassaert «Se han arreglado unas habitaciones de servicio, pero no les han quedado mal»; los Plassaert, por su parte, se sienten obligados a recalcar la *gracia tan fantástica* sus tres pequeñas buhardillas y a añadir que les costaron una miseria y a insinuar que ellos no se pasan la vida en medio de tanto Luis XV de pacotilla como la vieja Moreau, lo cual es rigurosamente falso. Del mismo modo, poco mas o menos, repetirá Hutting, como disculpándose, que ya estaba harto de aquella especie de hangar de lujo que tenía en la puerta de Orléans y que soñaba con un estudio pequeño y tranquilo en un barrio silencioso; en cambio, el administrador, hablando de Morellet, dirá «Morellet» y, hablando de Cinoc o de Winckler, dirá «el señor Cinoc» o «el señor Winckler»; y si alguna vez la señora Marquiseaux coge el ascensor al mismo tiempo que

la señora Orłowska, quizá se le escape, a pesar suyo, un ademán que significa que el ascensor es suyo y que condesciende en compartir momentáneamente su uso con una señora que, al llegar a la sexta planta, tendrá que subir aún dos pisos andando.

En dos ocasiones se enfrentaron en conflicto abierto la gente de arriba y la de abajo: la primera, cuando Olivier Granolet pidió a los copropietarios que votaran por la prolongación de la alfombra hasta los pisos séptimo y octavo, al otro lado de la puerta acristalada. Lo apoyó el administrador, para el que la alfombra en la escalera eran cien francos más por mes y cuarto. Pero la mayoría de copropietarios, que declaraban legal la operación, exigían que fuera costeada por los propietarios de las dos últimas plantas exclusivamente, y no por la comunidad entera. Lo cual no le interesaba lo más mínimo al administrador, que hubiera tenido que pagar la alfombra casi él solo, y se las arregló para echar tierra al asunto.

La segunda vez fue por la repartición del correo. La actual portera, la señora Nochère, con ser una bellísima persona, está llena de prejuicios de clase, y la separación marcada por la famosa puerta acristalada no es ficticia, ni mucho menos, para ella: les sube las cartas a los que viven más acá de la puerta; los demás tienen que ir a buscárselas a la portería; éstas fueron las instrucciones que dio Juste Gratiolet a la señora Araña, y que transmitió ésta a la señora Claveau, la cual las transmitió a su vez a la señora Nochère.



Georges Perec (1938-1982).

Hutting y, con más virulencia aún, los Plassaert exigieron la derogación de aquella medida discriminatoria e infamante y la comunidad no tuvo más remedio que inclinarse, para no dar la impresión de sancionar una práctica heredada del siglo XIX. Pero la señora Nochère no quiso saber nada y, conminada por el administrador a llevar el correo a todos los pisos sin distinción, presentó un certificado médico, extendido por el propio doctor Dinteville, confirmando que el estado de sus piernas le impedía subir escaleras. El proceder de la señora Nochère, en este asunto, se debió sobre todo a su odio a los Plassaert y a Hutting; pues sube el correo hasta cuando no hay ascensor (lo cual ocurre con frecuencia) y es raro que pase un día sin visitar a la señora Orłowska, a Valène o a la señorita Crespi, aprovechando la ocasión para llevarles el correo.

Las consecuencias prácticas de todo esto son mínimas, excepto para la propia portera, que ya sabe que no podrá contar con buenos aguinaldos de Hutting y de los Plassaert. Es una de esas divisiones a partir de las cuales se organiza la vida de una escalera, una fuente de pequeñas tensiones, de microconflictos, de peleas; todo ello forma parte de las controversias, violentas a veces, que sacuden las reuniones de copropietarios, como las que surgen a propósito de las macetas de la señora Réol o de la motocicleta de David Marcia (¿tenía o no tenía derecho a guardarla en el cobertizo contiguo al patinillo de los cubos de la basura? Ya no se plantea el problema, pero para tratar de resolverlo, se consultó inútilmente con media docena de gestores por lo menos) o de la desastrosa afición a la música del retrasado mental que vive en el segundo derecha al fondo del patio y que, en ciertas épocas indeterminadas y durante períodos de duración imprevisible, sufriría síndrome de abstinencia si no oyera treinta y siete veces seguidas, de preferencia entre las doce de la noche y las tres de la madrugada, *Heili Heilo*, *Lili Marlène* y otras joyas de la música hitleriana.

Existen otras divisiones más discretas todavía, casi insospechables los antiguos y los nuevos, por ejemplo, cuya distribución depende de motivos imponderables: Rorschash, que compró sus pisos en 1960, es de los «antiguos», mientras que Berger, que llegó menos de un año más tarde, es de los «nuevos»; además Berger se instaló en seguida, mientras que Rorschash estuvo ha-

ciendo obras más de año y medio; o el bando Altamont y el bando Beaumont; o la actitud de la gente durante la última guerra; de los cuatro que quedan en la escalera y que tenían entonces la edad suficiente para tomar partido, sólo uno intervino activamente en la Resistencia, Olivier Gratiolet, que hizo funcionar una imprenta clandestina en su sótano y guardó durante casi un año debajo de la cama una ametralladora desmontada, americana, que había traído él mismo en piezas sueltas en un capazo de hacer la compra. Véra de Beaumont, en cambio, hacia alarde de sus opiniones pro-alemanas y en más de una ocasión se la vio acompañada de prusianos muy acicalados y de alta graduación; los otros dos, la señorita Crespi y Valène, fueron más bien indiferentes.

Todo esto compone una historia muy tranquila, con sus dramas de cacas perrunas y sus tragedias de cubos de la basura, la radio demasiado madrugadora de los Berger y su molinillo de café que despierta a la señora Réol, el carillón de Gratiolet del que no para de quejarse Hutting o los insomnios de Léon Marcia que soportan a duras penas los Louvet: durante horas y horas el anciano se pasea por su habitación, va a la cocina a coger un vaso de leche de la nevera o al cuarto de baño a mojarse la cara, o pone la radio y escucha muy bajo, pero demasiado fuerte para sus vecinos, emisiones chisporroteantes que llegan del fin del mundo.

En toda la historia de la casa ha habido pocos acontecimientos graves, aparte de los pequeños accidentes pro-

Los Danglars cenaban fuera; la estancia estaba vacía, pero en la chimenea ardía un fuego preparado por los criados.

vocados por los experimentos de Morellet y, mucho antes, en la Navidad de 1925, el incendio del gabinete de la señora Danglars, que es hoy en día el aposento en el que Bartlebooth reconstruye sus puzzles.

Los Danglars cenaban fuera; la estancia estaba vacía, pero en la chimenea ardía un fuego preparado por los criados. Se explicó el incendio suponiendo que saltó una chispa por encima de la gran pantalla rectangular de metal pintado que estaba puesta delante de la chimenea y fue a parar a un florero colocado sobre una mesa baja; por desgracia el florero estaba lleno de magníficas flores artificiales que se inflamaron en el acto: el fuego se extendió a la alfombra clavada al suelo y a la tela de Jouy² que tapizaba las paredes y que representaba una escena campestre y antigua: un fauno saltando, con un brazo en la cadera y el otro graciosamente curvado sobre la cabeza, unos corderos paciendo entre los cuales se hallaba una oveja oscura, segadora cortando hierba con una hoz.

Ardió todo, particularmente las mejores alhajas de la señora Danglars: uno de los 49 huevos de Pascua de Carl Fabergé, un huevo de cristal de roca que contenía una pirámide de rosas; cuando se abría el huevo, las rosas formaban un círculo en cuyo centro aparecía todo un grupo de aves cantoras.

Sólo se encontró una pulsera de perlas que el señor Danglars, le había

regalado a su esposa por su cumpleaños. Las había comprado en la subasta de uno de los descendientes de Madame de la Fayette, a quien se dice que se las había dado Enriqueta de Inglaterra. El estuche en el que estaban encerradas había resistido perfectamente el fuego, pero se habían vuelto todas negras.

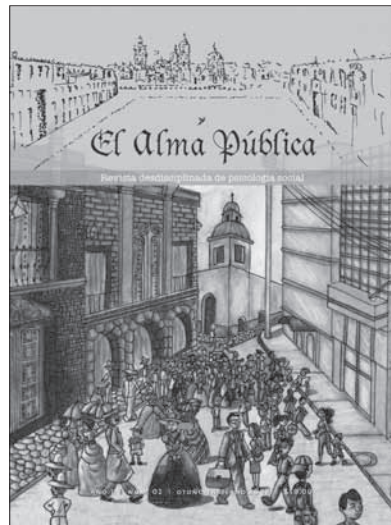
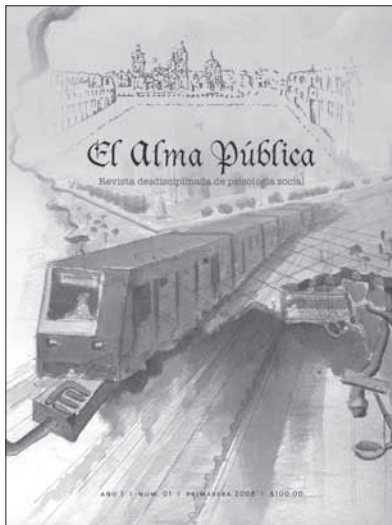
Medio piso de los Danglars quedó arrasado por el incendio. El resto de la casa no sufrió desperfecto alguno.

Valène anhelaba a veces cataclismos y tempestades, huracanes que arrastraran la casa entera como una brizna de paja y descubrieran a sus habitantes náufragos las maravillas infinitas del sistema solar; o una grieta invisible que, recorriendo el edificio de arriba abajo como un escalofrío, con un crujido hondo y prolongado, lo partiera en dos y lo hundiera lentamente en un vacío sin nombre; entonces lo invadirían hordas, monstruos de ojos glaucos, insectos gigantes con mandíbulas de acero, termitas ciegas, gruesos gusanos blancos de bocas insaciables: la madera se desmoronaría, la piedra se volvería arena, todo caería hecho polvo.

Pero no había nada de eso. Sólo aquellas disputas sórdidas por cuestiones de palanganas o de fregaderos. Y, detrás de aquella puerta cerrada para siempre, el tedio mórbido de aquella venganza lenta, aquel caso terrible de monomaniacos chochos repitiendo machaconamente sus historias fingidas y sus trampas miserables. 📖



² Véase nota de a página 30. (N. del T.)



El Alma Pública **El Alma Pública** El Alma Pública **El Alma Pública** El Alma Pública **El Alma Pública**



Revista **desdisciplinada** de psicología social



Suscripciones

El costo de la suscripción a *El Alma Pública* es de **\$230.00**, lo que te da derecho a recibir en tu domicilio (sólo en México) los dos ejemplares del año **(primavera-verano y otoño-invierno)**. Para suscribirte debes hacer el pago mediante alguna de las dos siguientes modalidades.

DEPÓSITO BANCARIO

Scotiabank
Sucursal 059 de México, D. F.
Cuenta: 00100119962
o

TRANSFERENCIA BANCARIA

Scotiabank
CLABE: 044180001001199620

Una vez hecho el pago, envía a elalmapublica@elalmapublica.net la siguiente información:

Nombre Completo

Dirección (Calle y número, Colonia, Delegación o Municipio, Código Postal, Entidad)

Dirección electrónica (para informarte sobre el envío)

Ficha de depósito digitalizada o aviso de transferencia bancaria



Colaboradores

Jahir Navalles Gómez. Profesor Asociado en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Iztapalapa.

José Eduardo Vázquez Hernández. Facultad de Psicología de la UNAM.

Elizabeth Selene Huerta Justo. Facultad de Psicología de la UNAM.

Mónica E. Ibarra Urquiza. Facultad de Psicología de la UNAM.

Abril González Romero. Facultad de Psicología de la UNAM.

René Chargoy Guajardo. Profesor en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Nisa Quetzalli Castro Soriano. Facultad de Psicología de la UNAM.

Nalivett Hurtado García. Facultad de Psicología de la UNAM.

Beatriz Hermosillo Martínez Negrete. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

María Urquiza Villanueva. Licenciada en Psicología por la Facultad de Psicología de la UNAM.

Carlos Arturo Rojas Rosales. Profesor de Asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y en la Facultad de Psicología de la UNAM. Doctor en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Sociología, por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Integrantes

DIRECTORA EDITORIAL

Angélica Bautista López. Profesora Titular en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Identidad y Cultura.

COMITÉ EDITORIAL

Salvador Arciga Bernal. Profesor Titular en el Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Psicología Política.

Claudette Dudet Lions. Profesora Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

Pablo Fernández Christlieb. Profesor Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinador del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

Ma. de la Luz Javiedes Romero. Profesora Titular en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea.

Gustavo Martínez Tejeda. Profesor Titular en la Licenciatura de Psicología Educativa de la Universidad Pedagógica Nacional. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Formación de Profesionales de la Educación.

Jahir Navalles Gómez. Profesor Asociado del Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Estudios Socioespaciales.

Rodolfo Suárez Molnar. Profesor Titular en el Departamento de Humanidades de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa. Integrante del Seminario de Psicología Colectiva Contemporánea. Cuerpo Académico Acción y Formas de Vida.





PARA CRÍTICAS, COMENTARIOS, SUGERENCIAS Y ADQUISICIÓN DE NÚMEROS ATRASADOS, FAVOR DE ESCRIBIR A elalmapublica@hotmail.com o elalmapublica@elalmapublica.net



DE VENTA EN LIBRERÍA GANDHI, MIGUEL ÁNGEL DE QUEVEDO

WWW.ELALMAPUBLICA.NET

REVISTA EL ALMA PUBLICA



7 151066 001551